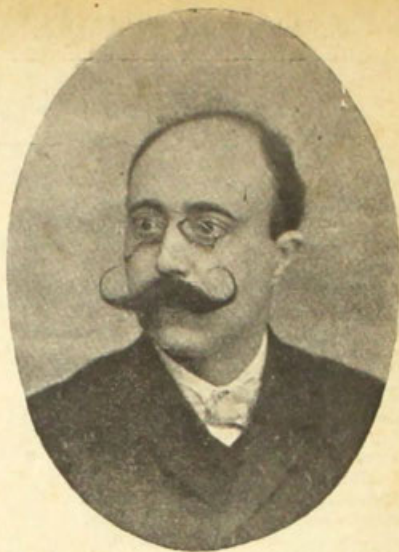


JOSÉ PRAT



Crónicas
demoledoras

CUATRO REALES

F. SEMPERE Y COMP.^ª EDITORES

Calle del Palomar, 10
VALENCIA

Olmo, 4 (Sucursal)
MADRID

Una peseta el tomo

- Alexis, Bonafour, Blasco Ibáñez.—Emilio Zola (su vida y sus obras).
 Alexis.—Las chicas del amigo Lefèvre.
 A. Hamon.—Determinismo y responsabilidad.
 A. Hamon.—Psicología del Militar profesional.
 A. Hamon.—Psicología del socialista-anarquista.
 Angel Guerra.—Literatos extranjeros.
 Bakounine.—Dios y el Estado.
 Bakounine.—Federalismo, Socialismo y Antiteologismo.
 Barón d' Holbach.—Moisés, Jesús y Mahoma.
 Bjærnstjerne Bjærnson.—El Rey.
 Blasco Ibáñez.—Arroz y tartana.
 Blasco Ibáñez.—Flor de Mayo.
 Blasco Ibáñez.—Cuentos valencianos.
 Blasco Ibáñez.—La condenada.
 Büchner.—Fuerza y materia.
 Büchner.—Luz y vida.
 Bueno (Manuel).—A ras de tierra.
 Comandante ***.—Así hablaba Zorrapastro.
 Conde Fabraquer.—La expulsión de los jesuitas.
 Chamfort.—Cuadros históricos de la Revolución Francesa.
 D' Annunzio.—Episcopo y Compañía.
 Darwin.—El origen del hombre.
 Darwin.—Mi viaje alrededor del mundo. 2 tomos.
 Darwin.—Origen de las especies. 3 t.
 Darwin.—Expresión de las emociones en el hombre y en los animales. 2 t.
 Daudet.—Cuentos amorosos y patrióticos.
 De la Torre.—Cuentos del Júcar.
 Diderot.—Obras filosóficas.
 Draper.—Conflictos entre la Religión y la Ciencia.
 Engels.—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado. 2 t.
 Faure.—El dolor universal. 2 tomos.
 Flaubert.—Por los campos y las playas.
 France (Anatolio).—La cortesana de Alejandría (Tais).
 Gautier (Judith).—Las crueldades del amor.
 Gautier (Tréfilo).—Un viaje por España.
- Garchine.—La guerra.
 George.—Progreso y miseria. 2 tomos.
 George.—Problemas sociales.
 Gómez Carrillo.—Desfile de visiones.
 Goncourt.—La ramera Elisa.
 Gorki.—Los ex-hombres.
 Gorki.—En la prisión.
 Grave.—La sociedad futura. 2 tomos.
 Grave.—La sociedad moribunda y la Anarquía.
 Guy de Maupassant.—El Horla.
 Guy de Maupassant.—La mancebía.
 Haggard.—El hijo de los boers.
 Haeckel.—Los enigmas del Universo. 2 tomos.
 Hugo (Victor).—El sueño del Papa.
 Ibsen.—La comedia del amor.—Los guerreros en Helgeland.
 Ibsen.—Emperador y Galileo.—Juliano Emperador. 2 tomos.
 Ibsen.—Los espectros.—Hedda Gabler.
 Inchafer (Jesuita).—La monarquía jesuítica.
 Ingegnieros.—La simulación en la lucha por la vida.
 Ingegnieros.—Italia en la vida, en la ciencia y en el arte.
 Kropotkine.—La conquista del pan.
 Kropotkine.—Palabras de un rebelde.
 Kropotkine.—Campos, fábricas y talleres.
 Kropotkine.—Las prisiones.
 Kropotkine.—El apoyo mutuo. Un factor de la evolución. 2 tomos.
 Laugel.—Los problemas de la Naturaleza.
 Laugel.—Los problemas del alma.
 Laugel.—Los problemas de la vida.
 López Ballesteros.—Junto a las máquimas.
 Lubbock.—La dicha de la vida.
 Mackay.—Los anarquistas.
 Mæterlinck.—El tesoro de los humildes.
 Malato.—Filosofía del anarquismo.
 Malato.—La gran huelga. 2 tomos.
 Marx (Carlos).—El capital.
 Matto de Turner (Clorinda).—Aves sin nido (novela peruana).
 Max Nordau.—El mal del siglo. 2 t.
 Max Nordau.—Las mentiras convencionales de la civilización. 2 tomos.
 Max Nordau.—Matrimonios morgansticos. 2 tomos.

AN 75

126

A mi amigo y compañero
 Sr. A. Hamon

con un apretón de manos

Lore' Prat

Barcelona y Mayo 1907.

CRÓNICAS DEMOLEDORAS

JOSÉ PRAT

CRÓNICAS DEMOLEDORAS



F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle del Palomar, 10
VALENCIA

Olmo, 4 (Sucursal)
MADRID

Int. Instituut
Soc. Geschiedenis
Keizersgracht 264
Amsterdam-C.

PRÓLOGO

El prologuista se presenta á sí mismo y presenta al propio tiempo á su amigo querido, casi hermano, el autor de CRÓNICAS DEMOLEDORAS. Sin personalidad literaria ni política, su única justificación ante el público es una obra de propaganda á la que han consagrado tiempo y energías robadas al diario descanso. Laborar sinceramente por un ideal, implica sacrificio de las pequeñas ó grandes ambiciones por las que tantos otros ponen á subasta pública honor, conciencia y corazón. El prologuista estima honrado y noble el firme empeño de conservar religiosamente—permítasele el adverbio á un incrédulo—esas que hoy se tienen por despreciables cosas. Y por estimarlo así, quiere hoy cooperar á la obra de redención, que á su cuenta suma millares de nombres desconocidos, obra siempre renovada en el seno de las multitudes, pujante siempre merced al esfuerzo constante de cuantos, antes que á la satisfacción de sus individuales anhelos, rinden culto al ideal de justicia, de libertad y de igualdad para todos.

El libro que se ofrece al lector no es, como su título lo indica, un trabajo doctrinal; es más bien una labor de crítica, el resultado de la lucha diaria contra los anacronismos y prejuicios de nuestro tiempo. Periodista batallador, ha cultivado Prat con preferencia este género de literatura; y sus artículos, limpios de eufemismos, son verdaderos golpes de piqueta asettados al vetusto edificio de las instituciones históricas. De su

mérito ó demérito juzgue el lector, que el que esto escribe no viene aquí á hacer el elogio del amigo, ni siquiera la crítica de su obra; viene sencillamente á poner su granito de arena en la ya montaña de las reivindicaciones sociales.

La oportunidad de recopilar los trabajos periodísticos que este libro encierra, tiene sobrada justificación. En la decadente nacionalidad española, todo parece extinguirse al presente: flacos de memoria, harto flacos de memoria, continuamos razonando, pensando, obrando y sintiendo como en los tiempos viejos, sin que la dura experiencia de ayer mismo nos mueva á cambiar de postura ni de ritmo. Ha pasado sobre nuestras cabezas un ciclón, y apenas nos hemos percatado de ello. Á la hora actual no hay para nosotros problema alguno de trascendencia que logre avivar las dormidas energías, que acelere la circulación de nuestra empobrecida sangre, que despierte del sopor intelectual á este pueblo sacudido por todos los vientos de la desdicha. Por grande que sea nuestro optimismo, no puede de momento sobrepujar las negruras de la realidad. Y cuando voces antes elocuentes, callan ahora; cuando plumas que hacían vibrar enérgicamente los sentimientos populares, se enmohecen arrinconadas; cuando todas las propagandas parecen haber claudicado en el circo de los escamoteadores políticos que emboaban al respetable público, ¿no es oportuno renovar los acentos de la lucha, reproducir las voces del combate por un ideal de humana emancipación y de humana justicia? Es preciso, no sólo oportuno, hacer pasar ante el pueblo, como en cinta cinematográfica, nuestras recientes desdichas, nuestros desaciertos, nuestras impotencias, nuestras vergüenzas nacionales y también nuestra cobarde sumisión individual á todas las imposiciones de los que nos guían ó mejor nos empujan por el plano inclinado de nuestra total ruina como colectividad.

Menester será emplear el fuego y el hierro para no morir por consunción. Una risible escaramuza política-religiosa parece agitar en los momentos presentes la opinión pública. Esa escaramuza es un juego indigno á que se entregan nuestros conspicuos, olvidados de que al hambriento no hay que ense-

ñarle el pan, ni entre guardias civiles, cuando no se le quiere dar. Si aquí quedara un poco de energía vital, un poco de coraje, no sería necesario forzar la máquina amañando actos públicos insinceros, á los que va la gente por rutina, sin calor ni amor. Se habla de radicalismos, y es menester declarar, con el representante de la más arcaica política, que esos radicalismos no parecen por parte alguna. Se habla de democracia, y hasta los partidos más avanzados han caído en vergonzosa oligarquía. De revolución, ¿quién habla?

Hasta la misma propaganda social, aquella que agitara los espíritus de modo que permitía entrever una próxima rehabilitación, nuevas costumbres públicas, exaltando las pasiones nobles y moviendo los cerebros y los corazones en el sentido del bien común, parece dormir ahora. No hay lucha, no hay vida. Los logreros de la política, los charlatanes de la sociología, los pedantes de la literatura, todos han conspirado á más y mejor por llevarnos á la ruina de lo poco bueno que en nosotros quedaba.

Así se ha querido y así se tiene. Al fragor del combate por las ideas, ha sucedido el ruin hormigueo de las personalidades. Mercachifles, que no propagandistas; arlequines, que no oradores; estetas ó eunucos, que no escritores; farsantes, que no políticos; mamarrachos, que no hombres; y detrás el rebaño, manso, manso, con algún que otro lobo que á lo mejor se lía á dentelladas con todo bicho viviente. El rebajamiento moral trae la brutalidad actuante. He ahí todo.

¡Felices los que pueden huir de esta pestilencia!

*
*
*

Hay una hermosa tarea para los hombres de corazón. Luchar cuando se es multitud, vale poca cosa; luchar en el aislamiento, aquí y allá, tendiendo la mano al compañero de armas, buscándose y encontrándose en el seno de la gran masa que dormita, eso ya es algo. Luchar y perseverar en la lucha ganando un día y otro terreno, conquistando cerebros y volun-

tades, levantando á los caídos, reanimando á los vacilantes, y formando, al fin, falange de combatientes, eso es ya mucho, es la inmediata victoria. Para regenerar á una colectividad que se disuelve, esa tarea se impone. Pocos ó muchos, que todos los que se sientan con ánimo hagan su camino, aunque haya que pisar abrojos y verter sangre y quebrantar huesos.

Frente á todos los pesimismoes de la realidad, hay que gritar los optimismos del porvenir. La renovación social es la gran obra que está llamando á los hombres de corazón. Muertos los ideales religiosos y muertos los ideales políticos, nos dejan la triste herencia del mercantilismo y el industrialismo generados en el escepticismo ambiente que se cubre con todas las caretas, toma todos los nombres y viste todas las túnicas. Y así, con la pujanza del santo negocio, pujantes parecen todavía las cosas muertas. Pero todas las farsas tocan á su fin, porque la conciencia pública, penetrada de la verdad, se llama á engaño, y al desaliento momentáneo producido por el espectáculo de la ruina, sucederá necesariamente el despertar de las energías, la exaltación de las nobles pasiones, esperanzados los corazones, iluminados los cerebros.

Todo el contenido social está agotado. Imposible una nueva fe, imposibles nuevos fanatismos. El pensamiento y la voluntad buscan en la razón y en la ciencia su guía y su camino. Las ideas hechas, las fórmulas cerradas, los dogmas imperativos, todos los absolutos han fracasado. Y en el interregno de este cambio formidable, de este salto enorme desde las oscuridades doctrinarias hasta las esplendideces de la luz que inunda los cerebros, andan las voluntades vacilantes y el entendimiento desorientado. Pero por encima de todas las dudas, de todas las vacilaciones, flota una verdad, una gran verdad, que será como el faro que guíe nuestros pasos, y es á saber: que hemos vivido como enemigos y queremos vivir como hermanos. La resultante será fatalmente la revolución en el sentido de los ideales nuevos; que una vez lanzada la humanidad por un camino, jamás retrocede.

¿Qué importa que por el momento no se acierte con la táctica

necesaria ni se formule la aspiración concreta de la multitud?

De la multiplicidad de opiniones brota una característica común indudable: libertad, toda la libertad posible; igualdad y justicia en el convivir solidario de todos los humanos. El más y el menos, las diversas direcciones de una misma idea, las tendencias distintas derivadas de distintos temperamentos y de puntos de vista varios, son precisamente la condicional obligada del desenvolvimiento de la común aspiración.

Y si cada uno actúa también de diverso modo, ¿qué es ello sino el resultado de la libertad más practicada que pregonada? Por encima de los viejos procedimientos, de los discursos, de las asambleas, de la palabra escrita en libro ó periódico, la propaganda por la conducta hace su camino. Son los hechos diseminados aquí y allá, los ejemplos esparcidos á los cuatro vientos, la repetición continua de las prácticas antirreligiosas, contrarias á toda política, negación de todo dogmatismo, de toda regla, de toda imposición, los que van labrando el surco donde la semilla germina y el fruto brotará un día. Es esta labor silenciosa, pertinaz, repetida siempre y en todas partes, la evolución en los hechos á cuyo término se hallará fatalmente el cambio radical que emancipará conciencias y personas, que renovará el mundo, que realizará, en fin, el ideal humano de todos los tiempos: bienestar y fraternidad.

Que no se engañen los partidos históricos: sus aspiraciones no encajan en el ambiente actual; sus coaliciones no son de ideas, son de intereses; sus luchas no son por el porvenir, son por el pasado. Mientras se divierten jugando al regionalismo, al civilismo, á la democracia, la reacción copa en redondo todo lo que queda aprovechable en el mundo burgués, y queriendo ó sin querer, al servicio del capitalismo están desde el anacrónico absolutista hasta el más radical republicano. Enfrente de todo esto hay una fuerza poderosa: el pueblo socialista y revolucionario, más ó menos socialista y más ó menos revolucionario, pero con una aspiración común y bien definida: la emancipación religiosa, social y económica de todos los hombres.

Al servicio de esta aspiración escribimos estas líneas y al servicio de esta aspiración han sido escritas también CRÓNICAS DEMOLEDORAS, sentidas y pensadas al compás de las vergüenzas é ignominias á que han conducido al país, unos por acción, otros por omisión, los militantes de la política y del capitalismo.

Demoler, eso hace el amigo Prat; demoler, eso es necesario que hagamos muchos. Para construir de nuevo, es preciso derribar antes con mano dura el vetusto caserón de las históricas instituciones.

RICARDO MELLA.

La sociedad de la muerte

«LA MUERTE.—León Choiret se suicidó de un tiro de revólver en la boca. La causa es debida á pérdida de dinero.—Enrique Gaspard, panadero, viudo, con cuatro hijos de menor edad, sin trabajo y falta de recursos, se ahorcó en su cuarto.—María Bourdín, costurera, abandonada por su amante, se ha suicidado.—Abandonada por su marido, Mélanie Joubert se arrojó desde lo alto de la columna de Julio, muriendo en el acto.—Florencia Deneux, abandonada por su marido y no pudiendo hallar trabajo, se asfixió con carbón en su cuarto en compañía de un hijo suyo de nueve años.

La muerte... la muerte... la muerte... Cualquiera creería escuchar la lectura del Código militar.»

(*Temps Nouveaux*, París, Noviembre, 98.)

Efectivamente. La sociedad actual, legado de nuestros bárbaros mayores, es una oda á la muerte. Respiramos el Nirvana á plenos pulmones. Pero no un Nirvana voluntario, deseado, solicitado, sino un Nirvana violento, materialmente provocado por causas ajenas á nuestro instinto de conservación. Desde que nacemos, aun antes de nacer, una gua-

daña social amenaza nuestra existencia de continuo, nos envuelve y nos traga un día, el menos esperado por la Naturaleza, después de una vida ficticia llena de privaciones y pesares.

Más bien que una oda á la muerte, la sociedad actual parece una Compañía de exterminio mutuo. Se mata el estómago, el corazón y el cerebro. Al niño, al joven y al viejo. Mata el sable, mata el hisopo, mata el Código, mata el oro, mata el amor, mata el taller y el campo, el mar y la mina, la Bolsa y el lupanar. Esta sociedad es un Saturno gigante devorando sus propios hijos. Nacemos ya anémicos de cuerpo y de espíritu. Anémicamente vivimos. Trunca nuestra existencia la desesperación ó la impotencia. Agonía de años para los resignados ó agonía de minutos para los que no quieren soportar el peso del infortunio, pero siempre agonía. Nos ahoga la miseria económica, la preocupación religiosa, la farsa autoritaria, el duelo colectivo de los campos de batalla. Nadie tiene asegurado el pan del día siguiente. Los más no saben al despertarse si el mendrugo diario tropezará con ellos. Es vida de casualidad y no de prevision razonada.

Presentemente, la palabra civilización es sinónima de revólver, progreso de pauperismo, ciencia de desbarajuste económico, libertad de mordaza, justicia de compra y venta, derecho de fuerza material, igualdad de desequilibrio, fraternidad de cafrería. La amistad anda con careta, el amor resulta un infierno de impurezas, la paternidad es malthusiana, la religión es un delirio, el ideal mora en el presidio.

Nos hacemos la ilusión de que vivimos, y el goce trae aparejado el salobre de su incierta duración. Nos creemos ilustrados, y razonamos zurda-

mente. Cultos, y nos mentimos mutuamente por interés, por avaricia, por hipocresía y por miedo. Bondadosos, y nos encerramos en la glacial indiferencia ante el ajeno infortunio.

El león no devora al león; el tigre no ataca al tigre; el buitre no da caza al buitre. El hombre sí. El hombre, ser llamado superior, ha rebasado los límites de la bestialidad y extermina á su semejante. Ni siquiera ve en él á un semejante. El hombre es un enemigo del hombre... ¿Se quiere más? Todo individuo acaba por ser, en esta roñosa sociedad egoísta, hasta enemigo de si mismo, y se suicida cuando, en su impotencia, no le es dable eliminar á los que le estrujan. El hombre solidario del hombre tiene que crearse aún.

Y, dígase lo que se quiera, este hombre nuevo no aparecerá si antes no se elimina este cúmulo de horrores haciendo desaparecer las causas que los engendran. La vida social tiene que tomar otro rumbo distinto del que le imprimió la ignorancia de los tiempos bárbaros aterrada por la maldad de algunos pocos individuos que le inculcaron la creencia en supuestas virtudes y prácticas sociales del todo contrarias á las leyes de la Naturaleza; virtudes y prácticas que sólo favorecían y favorecen á los astutos, á los malvados, á los egoístas, á los ambiciosos de mando y de riquezas.

Está el hombre actual divorciado de la Naturaleza. Hacia sus bondades, bellezas y verdades camina, es cierto; pero tan lentamente, oponiendo tan poca resistencia á los obstáculos de la maldad y del rutinarismo, que parece estacionado.

Y sin embargo, la Naturaleza nos ofrece constantemente el espectáculo de sus liberalidades. Madre eternamente fecunda, déjase arrancar sus preciados dones sin exhibir derechos de propiedad;

á todos por igual reparte el aire y la luz; no los sujeta al nacer á más ley que la razón. La Naturaleza no forja cadenas de ninguna especie.

Ella nos enseña á ser libres, y por la libertad buenos; sabios, y por la sabiduría fuertes; solidarios unos de otros, y por la solidaridad iguales ante un solo derecho, *el derecho á la vida integral*.

Y la presente sociedad sólo nos ofrece el derecho á la muerte violenta... ¡Menguada civilización la del hombre del siglo XIX!

El orden burgués

Viperinas lenguas andan por ahí diciendo que la autoridad es el desorden, el robo, el asesinato... en fin, la mar de cosas feas reñidas con la civilización, fealdades que libreme el Nazareno de los cristianos de creer en ellas; tan monstruosas é inverosímiles parecen á mi cándida condición de ciudadano respetuoso de la tradición y del legado de nuestros bárbaros mayores.

Fúndanse los malévolos dicharachos en que los Estados Unidos—nación que tiene su correspondiente autoridad—no han respetado las colonias propiedad de España—que tiene asimismo su correspondiente autoridad—y le ha birlado unos palmos de terreno que antes pertenecían á unos pobres salvajes que, mediante el látigo y unos latines, iban ya asemejándosenos y siendo tan civilizados y tan católicos como la madre que los descubrió. Yo no sé ver en todo esto robo alguno. Desde tiempo inmemorial, á esta clase de cambio de propietario se llama derecho de conquista, y á la tradición me atengo.

Susúrrase también que si el hecho se ha consumado es debido á que España, es decir, su monárquico gobierno, es de lo peorcito que darse puede: ignorante, despilfarrador, un fatuo que ha llevado

su pueblo á la guerra cual pudiera á un matadero... Tampoco sé ver en esta matanza asesinato alguno. Todos las naciones, es decir, todas las autoridades de las demás naciones, han pasado por lances parecidos, y ninguna ha dejado sentado en su Código que el hecho fuera criminal. Azares de la guerra se llama, simplemente, esta figura, y cuando el Código penal no la menta siquiera, conviene atenerse á la tradición. Hay que tener en cuenta, además, que muy otro es el gobierno del vencedor, lo cual no quita para que también haya conducido *su* pueblo á la guerra con toda su cuenta y razón. La cosa, en fuerza de ser vieja, parece lo más natural del mundo, y quien no se resigna es porque no quiere.

Y si del exterior pasamos al interior, ¡cuántas más fealdades no se dicen aún! Que el hambre aprieta en todas las provincias; que la prostitución femenina aumenta que es un gusto para viejos verdes y jóvenes gastados; que hay jueces que se venden, funcionarios públicos que arramblan una fortunita ó dos gracias al nepotismo y á la sinvergüenza; que hay maestro de escuela que mendiga y doce millones de analfabetos; que el pauperismo y la criminalidad aumentan cada día; que hay patriotas de mil quinientas pesetas, órdenes religiosas mendicantes con suntuosos palacios, y toreros con millones, y *estetos*, y... la mar también, tan sucia y tan fangosa como en Francia, pongo por ejemplo, ó como en Inglaterra, pongo por caso, lo cual significa que la culpa no es de la autoridad, sino de la maldad humana. Es cosa convenida.

Digan lo que quieran los mal intencionados, no es desorden todo esto. El Diccionario de la Academia lo llama de muy distinta manera, y sabido es que cuando los sabios lo aseguran, sabido se lo tendrán.

Tampoco puede llamarse desorden á las encontradas opiniones de unos cuantos caballeros que discursan de lo lindo con el laudable propósito de regenerar al país. Aunque éste nada saque en claro del chaparrón oratorio, maldita la falta que le hace. Con un poco de árnica en las molidas costillas estará en disposición de reanudar el baile patriótico. Deber de todo buen ciudadano es ser sufrido y obediente á la consigna, magüer lluevan chuzos de punta.

Item más, no puede llamarse desorden á que capitalistas, propietarios é industriales bullan y se agiten estos días ante la Pilarica para arreglar sus negocios, que, podrán no ser muy limpios en tiempo de paz, pero que ahora andan un poco maltrechos, gracias á haber fiado á las once mil vírgenes del santoral la suerte de sus intereses empeñados en la sangrienta contienda.

No; no es desorden todo este bullir y agitarse del mundo oficial y capitalista, ni este tejer y destejer proyectos y propósitos, ni estas idas y venidas de generales y obispos, ni las órdenes ni contraórdenes de la *Gaceta*, ni el mando y quiero de la censura, ni el galimatías del noticierismo, ni la confusión ministerial, ni nada de lo que produce vértigo á los que buscan orientarse. De la discusión es sabido que brota la luz... ó el rey de las húngaras... ó un nuevo varapalo extranjero.

Aquí, como en todas partes donde la autoridad vela, no pasa nada. Aparte unos millares de costillas rotas al eterno Juan Lanás, de unos centenares de fábricas y talleres cerrados, de unas impúberes que se prostituyen para poder comer, de unos campos sin cultivar y no por falta de brazos, de media docena de suicidios á diario, de otros tantos desahucios por falta de pago del alquiler, de unos

cuantos navajazos y otras pequeñeces por el estilo, la paz reina en Varsovia. Y ni siquiera corremos el peligro de que se turbe, gracias al bozal que nos ha regalado la autoridad para evitar que nos desgañitemos en balde.

Vivimos en el mejor de los mundos burgueses. Firma el ministerial la nómina á fin de mes. Van cobrando sus pagas los militares de profesión. Engorda el fraile que es una bendición de Dios. El capital embolsa sus rentas como antes ó poco menos. La propiedad es aún respetada... ¿Se quiere más? En la Ópera el frou-frou de la seda, el escote, las joyas brillantes, la música y el *bel canto*, invitan á las refinadas sensaciones del arte y á las aun más refinadas sensaciones del placer carnal. Lleva ó ventee, hay el coche pronto, el lacayo solícito, la estufa y el Champagne... La plaza de Toros se llena de bote en bote todos los domingos por la tarde, después de la misa... exactamente como antes, idénticamente como en todas partes donde hay toros, catedrales, teatros... y autoridad.

El mundo es así, mal que les pese á la media docena de descamisados que sueñan con la fraternidad universal, el bienestar económico universal, la libertad universalmente gozada, la igualdad y la justicia y el derecho á la vida universal, y cuantos universales inventar pueda el altruismo de gentes que piensan descabelladamente, porque... ó no comen ó tienen demasiado cerebro. Son lenguas víperinas empeñadas en desacreditar lo que no entienden. Locos dignos de la clínica de un Lombroso ó de la cuchilla de un Deibler; dos entes que arreglan el mal social á su modo, muy satisfechos de su elevada misión y muy pagados de su ciencia.

Sí; el mundo es así, tiene que ir así, para que no falle la imbécil profecía del que dicen que dijo

«siempre habrá pobres y ricos entre nosotros», y predicó la resignación ovejuna, el desprecio á la vida material, la mansedumbre del buey uncido á la carreta, la obediencia y sumisión del perro lamiendo la mano que lo azotó... Y cuando profecía semejante es tan universalmente aceptada como verdad económica, moral y social, es un absurdo achacar á la autoridad las malandanzas del pasado y del presente. La culpa la tiene la pícaro Naturaleza, que parece se empeñó en hacernos malos para solaz de unos cuantos caballeros particulares que han tomado sobre sus hombros la ardua tarea de dirigir el rebaño humano por el camino de la perfección... y del Nirvana.

Y á fe que el rebaño se porta como bueno y ellos se saldrán con la suya en todas partes si no cambian pronto los tiempos.

Las potencias revolucionarias (?)

Sea usted en su país hombre de acción, republicano, socialista ó libertario. Trate de amoldar el modo de obrar al modo de pensar, ó intente, con el pretexto que á usted le parezca más humanitario y progresivo, echarse al campo y provocar una revolución tras cuyo trastorno basar sus ideales de libertad y de justicia. Inténtelo, y ya verá lo que le pasa.

Amén de que el gobierno le roerá los zancajos con cuanta policía y soldados tenga más á mano, dispuesto á reventarlo contra la esquina de la legalidad, toda la gente de orden, todos los que tengan un centenar de pesetas que perder, ganadas en la varsovia paz; todos los que se benefician con el quietismo de la rutina; todos los que se asustan ante el simple ruido de un pistoletazo y se quedan tan frescos y tranquilotes ante la explosión del *grisou* asesino; todos los que predicán la calma... de los cementerios; todos los que enseñan resignación, todos los partidarios de la mansedumbre; en una palabra, todos los que van bien en el machito del privilegio, del agio, del ocio y de la usurpación, saldrán por ahí diciendo que es usted un pillo, un granuja que quiere despojarles, un perturbador del

orden social, un bandido sin freno, un descamisado ignorante, un ambicioso, un petrolero, un asesino y un canalla, al cual conviene exterminar por todos los medios y aun aventar sus cenizas si hubiese lugar. Y está bien. Ya que estamos en el mejor de los mundos *ordenados*, seamos por un momento gente de orden burgués. No prediquemos desde la oposición violencias ni trastornos. Seamos sensatos, mansotes, respetuosos, obedientes, tal como quiere la rutina... y el becerro de oro. No nos echemos al campo y contentémonos con ir en busca de la lógica á falta de cosa mejor. La lógica es también un arma, sólo que tiene la ventaja de no hacer ruido cuando quiere cazar á los desmemoriados.

Y como éstos abundan, son legión, bueno será refrescarles esta parte de la sesera cuyo funcionamiento tanto descuidan.

Hemos convenido que es de un *sans-culottisme* criminal turbar el orden legal del Estado en que uno nació; pero ¿qué me dicen ustedes de estos Estados europeos y americanos que, cuando ven al vecino enfrascado en ahogar la hidra revolucionaria en su propio país, *bajo cuerda* permiten á sus súbditos de la banca y del comercio—gente de orden siempre—prestar armas y dinero á los revolucionarios del país vecino, fomentando así el desorden? ¿Qué me dicen ustedes de estos «dicese» más ó menos *sotto voce* ó encubiertamente propalados, reveladores de que los Estados Unidos daban armas á los cubanos y filipinos, como en su día dijose de Inglaterra y Francia que las daban á Menelik para que reventara italianos, de Alemania á los howas y tonkineses para que obstaculizaran la colonización francesa en el Tonkin y en Madagascar, y ahora recientemente se susurra de Alemania é Inglaterra que hacen lo mismo con los carlistas de

España? ¿Qué me dicen, ustedes de este revolucionarismo... mercantil de la gente de orden de todos los países cuando se trata de casa ajena? ¿Qué me me dicen ustedes de esta gente que en su casa grita ¡al lobo! y de tal actúa en la del vecino? Confieso que, cuando tales *murmillos* oigo, me pierdo en el inmenso mar de la lógica burguesa, del propio modo que antes me perdí en el mar del orden burgués.

Será todo según el color del cristal con que se miran las cosas, como dijo el poeta; pero apuesto un «ogro revolucionario» contra un hombre de orden, seguro de no perderlo, á que mi lente es blanco y no de aumento y que aquí hay un bandidaje internacional digno de la horca.

Yo no diré que el Estado, *motu proprio*, de modo oficial favorezca el desorden; pero lo parece. Yo no diré que esta lógica de dos caras, las tenga; pero lo parece. Yo no diré que conducta tal sea la legitimación de cualquier desorden que en el interior pudieran provocar los revolucionarios; pero cualquiera lo creería. Yo no diré que esto sea una desfachatez inaudita de la gente de orden; pero se presta á suponerlo. Yo no diré que esto sea una canallada; pero si viviera en otro mundo donde no hubiera cárceles ni bayonetas, lo sostendría.

¿Y la moraleja? Pues esta. La de que el orden burgués no es tal en el interior de cualquier país, sino un modo como otro cualquiera para entorpecer el progreso de la libertad y de la justicia. La de que la burguesía saca raja siempre, tanto de la mansedumbre ovejuna de sus explotados como del revolucionarismo de los del vecino. La de que la moral gubernamental y la lógica de la gente de orden de todos los países no se puede coger ni con pinzas; tan sucia está la primera y quebradiza la

segunda. La de que en todas partes se engaña al pueblo, pintándole un día negro lo blanco y al siguiente blanco lo negro. La de que todo este cúmulo de enseñanzas oficiales es una Sierra Morena internacional. Y la de que el pueblo productor, el obrero, es un bendito en todas partes, al cual lo mismo se le despluma en casa al son de la gaita de un patriotismo ordenado, como se le desordena el patriotismo en casa del vecino para lo mismo. *Voilà tout.*

¿Vivimos?

He aquí una pregunta que me he formulado in-
finidad de veces, y á la cual mi razon ha respondido
siempre negativamente. Yo no sé, ni me importa
saberlo en este momento, la interpretación que se
haya dado á la palabra *vivir* en las edades pasadas;
pero en nuestro siglo del vapor, de la electricidad,
de la fotografia, del teléfono, del fonógrafo y de los
rayos X, cuatro quintas partes, y me quedo corto,
de habitantes de la tierra, vagan como *almas en
pena* sobre la superficie del globo, viajeros extraños
al vehículo que con velocidad sorprendente los
transporta de un punto á otro desconocidos en el
espacio.

La casi totalidad del género humano se ha ele-
vado poquisimos grados sobre la primitiva anima-
lidad. Si por vivir se entiende comer, vestirse, reir
á ratos, trabajar mucho y luego morir de viejos
ó de cualquiera otra cosa intempestiva, realmente
vivimos, y convengo en que así se ha vivido siem-
pre. De igual modo puede decirse que vive el caba-
llo, el buey, el carnero, el perro y otros animales
domésticos uncidos al carro de la esclavitud, con la
única diferencia de que éstos no rien y el rey de la
creación sí, aunque á tontas y á locas casi siempre.

Pero si por vivir ha de entenderse *saber*, saber

lo que somos, dónde estamos, de dónde venimos, lo
que hacemos y adónde vamos, ¡ah! en este caso,
en pleno siglo de las luces, ya no vivimos, vegeta-
mos y nada más.

Cubiertas apenas las más groseras y materia-
les necesidades, para la inmensa mayoría de los
hombres huelgan por completo la ciencia, las artes
y la filosofía. Se comprende que así sucediera á
nuestros antepasados remotos, que, excepción hecha
de un centenar de individuos que andaban indagando
el por qué de las cosas, tenían forzosamente
que vivir en el seno de todas las ignorancias. Pero
hoy que aquel ¿por qué? investigador tiene ya su
respuesta en múltiples afirmaciones científicas y
filosóficas, el desconocimiento de estas afirmaciones
por parte de la gran masa de humanos supone, de
hecho, un no-vivir, como antes de tropezar con este
caudal de adelantos con los cuales nos envanecemos
sin habérmolos explicado aún. No creo sea bastante
aprovecharse *materialmente* de estos adelantos y
del modo más automáticamente imaginable. El
hombre no ha de ser una simple caldera de vapor
extraña al combustible que la pone en movimiento.
La máquina humana tiene un cerebro y precisaría
que éste supiera en virtud de qué elementos funcio-
na.

De nada de esto se da cuenta la casi totalidad
del género humano. Este come, trabaja, se viste y
se muere exactamente como antes, con la única y
pequeñísima diferencia de que el centenar de hom-
bres de antaño á que hice alusión aumentó á un
millar. La proporción ha quedado limitada al redu-
cidísimo número de *privilegiados*; pero no guarda
relación alguna con la *posibilidad* efectiva de ex-
tender aquellos conocimientos á la mayoría de los
hombres.

Si esta posibilidad no existiera, si como antaño se creyera que el saber es nocivo—para las masas, se entiende,—yo no tendría motivo alguno para venir ahora con lamentaciones. Pero esta posibilidad existe, como existe la creencia de que es necesario instruirse, y sin embargo, el reducidísimo número de privilegiados del saber es proporcionalmente igual al de las edades pasadas. Y no se me objete que antaño las masas no sabían siquiera leer y escribir y hoy sí, porque esto significa tan sólo el resultado de una mínima parte de posibilidad aplicada; pero no es nunca toda la posibilidad en que nos hallamos de poder extender á la gran masa la suma de conocimientos humanos. No se puede dar el nombre de instruidos á pueblos que sólo han dejado de ser analfabetos.

Yo creo que el quid de la cosa no está en la posibilidad ó no posibilidad de extender á la gran masa la suma de saber adquirido, sino en saber si realmente se quiere ó no se quiere que todo el género humano se instruya. Tampoco se trata de saber si todos podemos ó no podemos ser sabios en todos los órdenes de conocimientos, sino en saber si se quiere ó no se quiere poner á la gran masa en condiciones de aprender la mayor suma posible de ellos.

Nadie niega actualmente, y al decir nadie hago caso omiso de la media docena de fanáticos del pasado que quisieran hacernos retroceder á la más primitiva ignorancia, la posibilidad y la necesidad de hacer extensivos á la gran masa el gran número de conocimientos adquiridos; como tampoco se niega la potencialidad de cada cerebro á su adquisición. Está ya esto fuera de toda discusión. ¿Por qué, pues, las cuatro quintas partes del género humano viven intelectualmente del modo más rudi-

mentario que darse puede en pleno siglo de las luces? ¿Por qué la casi totalidad de habitantes del planeta son extraños á todo lo que les rodea?

Preguntad, si no, al elemento trabajador de los países llamados «civilizados». Interrogad uno á uno á estos seres, desde la edad de diez años y más temprano aún, condenados á sepultarse en la mina, á agostarse en el taller, á asfixiarse en la fábrica, á apergaminarse en el terruño, á reumatizarse en el mar, á embrutecerse en la servidumbre; interrogadles sobre cualquier cosa que atañe á la ciencia ó á la filosofía, y veréis como sus ojos asombrados os revelarán toda su desnudez intelectual. A duras penas saben darse cuenta de para lo que sirve lo que sus infatigables manos producen. Hasta las palabras que expresan todo un orden de conocimientos ignoran en su mayoría. Buena parte de los que aprendieron á leer y á escribir se les borra de la memoria con el tiempo por la falta de ejercicio.

Interrogad, interrogad á estos seres que viven produciéndolo todo y mueren ignorándolo todo también, y podréis convencerlos ¡oh directores del rebaño humano! de que es una colosal mentira vuestra civilización moderna tan decantada por los que adrede toman el rábano por las hojas y sugestionan al público la creencia en una sabiduría colectiva que sólo es patrimonio de un reducidísimo número de privilegiados. No; no puede darse el nombre de civilizada á una colectividad de tal modo ignorante. Civilización debe ser sinónimo de instrucción y no de ignorancia. El «hoy sabemos muchas más cosas que antaño» con que á menudo nos envanecemos sin saber por qué, debiera trocarse por estotra afirmación, más ajustada á la realidad de las cosas: «Actualmente hay unos cuantos seres privilegiados

que saben muchas más cosas que sus antepasados, privilegiados también.»

¡El privilegio! He aquí el por qué, el causante de esta ignorancia, el gran *acaparador de todo*; he aquí el que no permite que vivamos intelectualmente, después de haber limitado la vida material de la gran masa á lo más preciso para que no muera y pueda continuar produciendo para él eximirse de producir. El es quien hace vegetar á cuatro quintas partes del género humano; quien las condena á comer insuficientemente, á vestirse de harapos, á trabajar penosamente de sol á sol y más tiempo aún, á morir prematuramente con la asfixia de la mina, la tisis de la fábrica, entre el engranaje de la máquina, y por toda recompensa á tan rudo esfuerzo cierra á cal y canto ¡egoísta secular! las puertas del templo del saber á las muchedumbres, condenadas á eterna servidumbre y á obscuridad eterna.

El necesita, para vivir su vida de parásito, de esta ignorancia, y por esto condena á los demás á la fatiga, que no deja lugar ni tiempo para la escuela. Toda nuestra organización social gira alrededor del mismo falso eje. *Todo* para unos pocos individuos, *nada* para la inmensa mayoría. Y esto no puede, no debe, no es justo que continúe así por más tiempo. Todos los hombres tienen un natural derecho al pan del cuerpo y al pan del espíritu. Restringir este derecho, limitarlo bajo uno ú otro pretexto, circunscribir su uso á determinados individuos, es atentar al derecho de los demás.

No se trata de hacer de cada individuo un sabio, ni siquiera una especialidad profesional, sino de generalizar la instrucción, hoy limitada para la gran masa de trabajadores á una simple escuela de párvulos ó poco menos. Se trata de que todo aquel

ó aquellos, la mayoría, estén en condiciones de aprender aquel algo ó aquel mucho que pueda asimilarse su cerebro. Que todo el mundo pueda aprender siquiera aquel poco de todo que hará del individuo, si no un sabio, por lo menos un hombre instruido, apto para discurrir sobre todo lo que le rodee y ejerza influjo sobre él. Se trata de que no haya nadie en adelante que pueda repetir lo que á diario se oye á millares de trabajadores: «¡si yo hubiera podido ir más tiempo á la escuela!» que, en lenguaje corriente, á la par que una maldición sorda contra el privilegio, significa que el trabajador *desea instruirse*, pero que ni sus padres ni él tienen los medios económicos para eximirse unas cuantas horas diarias del trabajo que absorbe toda su vida y les embrutece.

Gentes interesadas han hecho correr por ahí la especie de que si todos los hombres recibieran una instrucción superior ninguno querría dedicarse ya á un trabajo manual. Es este uno de tantos sofismas con que se pretende perpetuar la vida del privilegio y diferir el reinado de la justicia y del derecho. Esto sucede hoy en que el trabajo manual está mal retribuido y hasta es considerado degradante por los ambiciosos que buscan en los títulos profesionales un *modus vivendi* que les permita gozar de la vida y eximirse de una fatiga muscular. Pero elevad el trabajo manual á la categoría de *primera necesidad* indispensable á la vida en sociedad, dignificadlo con una instrucción más amplia de la que hoy se da al trabajador, poned á éste en condiciones de que no tenga el incierto mañana suspendido continuamente sobre su cabeza ó la de los suyos, haced un reparto más equitativo de la riqueza social, coronad esta equidad con la libertad más amplia, asegurad esta libertad con la libertad misma

y con el destronamiento de todas las tiranías y miserias, y se verá cómo el hombre no es tan suicida, como pretenden algunos, que vaya á privarse de lo que necesita su vida material, base indispensable para la vida intelectual, á la que aspira en vano en esta ciénaga á la que se ha dado el nombre de civilización, cuando en realidad sólo es un amasijo de excesivas holganzas y de excesivas fatigas.

Hagamos cesar estos extremos, equilibradlos hasta hallar aquel justo medio que permita al hombre el empleo de sus energías y actividades en las lides del trabajo manual y en las lides de la inteligencia, y veréis aparecer como por encanto la vida integral en el seno de la sociedad armonizada por la justicia del derecho y del interés común. Sólo á este precio el hombre dejará de ser una bestia de carga atado al carro del injusto privilegio. Sólo á este precio podrá ser un ser consciente, *una vida*, y no un autómatá al servicio de la maldad humana.

No nos estacionemos; marchemos

Ya que por aquí andan gentes empeñadas en buscar al dictador, al partido, al gobierno, nueve-cito, flamante, que saque á España de este callejón sin salida en el cual metiéronla los gobernantes pasados y presentes, ¿nos será lícito puntualizar las cosas y hacer una pregunta?

Dictador, partido ó gobierno, debe, ante todo, sintetizar una aspiración, un deseo ó una voluntad nacional. Conviene en esto todo el mundo. En España se han ensayado dictaduras, partidos y gobiernos de todo género. ¿Han encarnado, realizado aquella aspiración, deseo ó voluntad nacionales? Responda por nosotros la presente *débacle*. Después de ensayos mil estamos como estábamos, peor aún, pues antes existía un entusiasmo popular que elevaba al poder á los dictadores y á los partidos: hoy no; al entusiasmo, á la fe de las masas ha sucedido la indiferencia más significativa que darse puede.

¿Por qué este fracaso de los partidos y hombres de gobierno? Según mi modo de ver las cosas, consiste en que ningún hombre, ningún partido, ningún gobierno, podía ni puede sintetizar aquella aspiración, deseo ó voluntad nacional, y mucho menos realizarla.

Aspiración, deseo ó voluntad nacional pueden resumirse en una sola palabra: interés común. Si hasta el presente se han hecho tantos ensayos en política, si se ha podido elevar al poder á tantos hombres y partidos diferentes, es porque el entusiasmo y la fe populares han creído que realmente existía un interés común encarnado en tal ó cual partido, en tal ó cual determinada forma de gobierno que debía hacernos felices á todos.

El pueblo ha tomado siempre el rábano por las hojas, ha creído—porque así hubo interesados en hacérselo creer—que existía un interés común, cuando, en realidad, de lo único que se ha tratado, siempre que se ha cambiado de forma de gobierno, es de hacer prevalecer un interés de clase en detrimento de otro. Sin este engaño de que se ha hecho siempre víctima al pueblo, el gobierno, la autoridad no hubieran existido nunca.

Y esto que parece un absurdo tiene su explicación en lo siguiente:

Una nación se compone:

De una clase sacerdotal,

De una clase militar,

De otra clase en la que se agrupan hombres de Estado, diplomáticos, legistas, burocracia, etc.,

Una clase compuesta de capitalistas y propietarios, grandes ó pequeños,

Otra de industriales,

Otra de comerciantes (intermediarios de todo género),

Otra de agricultores,

Y, por último, la clase proletaria, la gran masa de pueblo que nada posee.

Cada una de estas clases tiene un interés propio bien definido; cada una trabaja constantemente en pro de su interés, sin importarle un bledo si lesiona

ó no á las otras. Cada clase tiene una marcada tendencia á dominar á las demás, y cada una ha trabajado siempre para encaramarse en el poder, porque ha sabido que desde allí se defienden y amparan mejor los materiales intereses que posee.

Desafío á los economistas políticos á que me presenten la *armonía* de estos diferentes intereses de clase. Están constantemente en abierta lucha, y el gobierno que ha querido legislarlos se ha encontrado más de una vez con que si beneficiaba á unos perjudicaba á otros; si favorecía á éste descontentaba á aquél. Tan contradictorios son estos intereses, que el interés común no asoma por parte alguna ni buscado con candil.

Estos intereses contradictorios hace años, siglos mejor dicho, que luchan entre si, tomando por palenque las espaldas de la clase proletaria, y por armas el sofisma de hacer creer al pueblo que hay un interés común en hacer esto, lo otro ó lo de más allá, elevar al poder á Fulano ó á Zutano, al partido A ó al partido B. El resultado ha sido que la felicidad y el bienestar de la gran masa no se ha visto ni lleva trazas de ser un hecho por el camino emprendido.

¿Dónde está, pues, en las desastrosas circunstancias actuales, el *interés común* que debiera mover á *todo* un pueblo é impulsarlo á estudiar el conflicto y hallar la solución? ¿Qué partido puede *armonizar* estos intereses diferentes sin lesionar el interés de cada uno de ellos? ¿Cómo puede ser posible el bienestar general si la sociedad actual se compone de clases diferentes en abierta lucha?

El bienestar general debe salir de un interés común. Que no hay en la sociedad actual un interés común, lo demuestra el hecho de que todo el mundo siente un malestar que es, realmente, general. Y

que este interés común no se hallará mientras subsistan estos diferentes intereses de clase, también es un hecho.

Estas clases diferentes pueden resumirse en tres. La de los poseedores de toda la riqueza social, la de los encargados de defender esta posesión (gobierno, curas y militares) y la de los que nada poseen.

¿Quién armonizará estos tres intereses, bien definidos, bien marcados, bien antagonicos, sin lesionar lo más mínimo el interés de los dos primeros? ¿Qué partido se atreverá á lesionarlos sin que se vea inmediatamente derribado del poder?

Repito lo que dije al principio. No hay partido alguno que pueda sintetizar este interés común (única cosa que pudiera sacarnos de este atolladero), porque no existe interés común alguno dentro del modo de ser de la actual sociedad.

Obsérvese que hablo de intereses económicos, lo único que está en juego en todos los conflictos, pasados y presentes. Si antiguamente el ideal religioso, el de unidad nacional, el de libertad política los había ocultado, en el presente no pueden disfrazarse de nuevo. El pueblo principia á ver claro, y es conveniente que vea más claro aún. Lo reclama el sufrimiento de toda una clase; la justicia además.

No se trata de buscar derechos escritos. Trátase de saber dónde se halla el pan que falta á muchos, el vestido cómodo y limpio, la habitación higiénica y confortable, la instrucción de que carece la gran masa. Es todo esto lo que se busca á través de todas las aspiraciones, deseos y voluntades nacionales. Y ¡pardiez! que ya es hora de que el pueblo se materialice en este sentido. Así no podrá engañarse con ilusiones.

Y todas estas necesarias é imprescindibles ma-

terialidades no se hallan, no nos las darán, no puede darnoslas ningún *hombre-genio*, ningún gobierno habido ó por haber. El bienestar general que se busca, y que sólo ellas representan, se hallará cuando se suprima el antagonismo de los diferentes intereses de clase que dejo á grandes rasgos apuntado; cuando con su supresión desaparezcan privilegios, monopolios y gentes improductivas; cuando al interés de unos pocos se anteponga el interés de todos; cuando, en una palabra, desaparezcan las clases sociales hoy existentes y se reemplacen por una sola: *la humanidad libre, trabajando libremente* y en vista de un *interés común*.

¿Es esto factible? Yo creo que sí, siempre y cuando lo quiera el pueblo, la gran masa productora, hoy esclava y víctima de aquellos encontrados intereses de clase. Falta indicar el modo de hacer factible este interés común. Bien quisiera yo trazar el camino; pero, dado el anormal presente estado de cosas, sólo es posible bosquejarlo en dos palabras: unión y voluntad popular.

Círculo de hierro

Dentro de las condiciones de la sociedad moderna, la producción bajo todas sus formas está dirigida, no para subvenir á las necesidades de los productores, sino únicamente para crear riqueza para el patrono capitalista.

RUSELL VALLACE.

El fenómeno (?) tiene tres mil pares de bemoles burgueses. Huelga forzosamente el obrero, porque al decir de los patronos, sus almacenes están llenos de productos á los que no se encuentra comprador. En épocas de crisis como la presente—y digamos de paso que para el obrero todo el año es crisis,—el obrero, en demanda de trabajo, oye continuamente la misma cantilena...

¡No se vende! ¿Quién ha de comprar este sobrante de mercancías que impide ú obstaculiza el trabajo productor? El consumidor, se dirá. El consumidor, ¿no es, acaso no lo forma en su mayor parte el obrero? Y si el obrero está parado, si el obrero no gana, si con el exiguo jornal percibido durante el tiempo que ha trabajado no ha podido consumir todo lo que ha producido, ¿cómo podrá ahora consumir el sobrante? Si este actual sobrante no puede agotarlo el obrero estando en huelga for-

zosa—y queda descartado el consumo á crédito, que es obstáculo para el consumo de mañana,—¿quién lo consumirá?

Demos por supuesto, á fin de facilitar una respuesta al que quisiera objetarnos, que el patrono, el propietario, el obrero no manual, el burgués, consuman las mercancías ahora sobrantes, incluso las fabricadas para el consumo del obrero manual; supongamos que es el capital quien consume más ó menos lentamente estas existencias sobrantes; é interin, ¿qué hará el obrero, morirse de hambre?

¿Qué diremos de esta organización capitalista del trabajo que remunera al trabajo tan insuficientemente, tan parcamente, que no tan sólo le obliga, mientras hace producir, á comer poco y vestir mal, es decir, á consumir poco, sino que le condena á morirse de hambre cuando precisamente por este poco consumo ha producido, según pretenden, demasiado?

¿Acaso esta producción sobrante no significa, no quiere decir forzosamente que se le ha dejado de abonar en jornales, en salarios, el valor de los productos ahora sobrantes? Si los salarios hubiesen sido más elevados, ¿no habría consumido más el obrero?

¡Oh! se me objetará; si los salarios hubiesen estado más elevados, también más elevado habría sido el precio de los productos en venta, y el resultado habría sido el mismo...

Cierto: dado el modo de ser de la organización capitalista del trabajo, hubiera sido así; pero tanto en aquel como en este caso, el hecho resultante significa que el valor que en el mercado tienen los productos en venta no guarda ninguna proporción equitativa con el valor que suman los salarios, es decir, con el esfuerzo que los produjo y lo que cues-

ta la primera materia; que el valor de estos productos en venta es arbitrario desde el momento que no están al alcance del esfuerzo productor de la mayoría de productores. De todos modos, significa que al obrero-productor se le paga dos lo que luego se vende al obrero consumidor en seis... y me quedo corto. ¿No hay aquí un robo?

Admitamos que esta desproporción, esta diferencia entre el valor de un producto al pagarlo al productor y al cobrarlo al consumidor, tenga que ser la ganancia reservada al capital. En este caso, ¿por qué, cuando se ha producido, como actualmente, demasiado, el capital puede ir consumiendo cómodamente el sobrante y el salario, ó sea el trabajador, no? Si capital y salario, si capitalista y obrero se quiere que sean factores con el mismo derecho á producir, ¿por qué en un momento determinado el trabajo se queda sin poder consumir y el capital no? ¿No habrá aquí un privilegio reservado al capital?

La crisis actual, se ha dicho y escrito, se debe á la falta de mercados en el extranjero, á la competencia que á nuestra producción hacen las demás naciones, al alza de las primeras materias, á las huelgas, etc.

Todos estos factores no explican la causa capital de la crisis; aparte de que todos sabemos cómo se producen ciertas alzas—la del carbón, ¿no ha sido hija del acaparamiento, según evidenció *Le Matin*?—que las competencias entre fabricantes, como afirmó el gobierno, no se hacen sacrificando al capital, sino al asalariado; que la competencia del extranjero, lo mismo que la pérdida de los mercados, no se debe á incapacidad obrera, puesto que el capital es quien se reserva la dirección y división del trabajo—y la ejecución es sólo cuestión de apren-

dizaje,—y que las huelgas de ningún modo pueden contribuir á producir sobrantes.

El hecho principal es el siguiente: No se produce más porque no se consume, y no se consume porque no se produce. Hay exceso de productos. El obrero se muere de hambre. El capital, no. En este dilema, el único que realmente pierde es el obrero. Su vida es lo único que peligrá. ¿Dónde está, pues, garantizado el derecho á la vida, siquiera sea á la vida más parca, en esta organización capitalista del trabajo?

Gracias á la maquinaria, la fuerza productora ha aumentado diez veces en quince ó veinte años, es decir, que con menos brazos se produce aún diez veces más que antes. La población no ha ido en aumento tan aprisa como esta producción. La máquina ha permitido al capital realizar ganancias fabulosas con menos gasto de salarios, pero el obrero no ha beneficiado de esta mayor fuerza productora. La monopolización de la tierra ha des poblado los campos, arrojando á las calles de las ciudades millares de desocupados que han contribuído á la baja de los salarios. El progreso mecánico ha traído un aumento de pauperismo por un lado, de otro un acrecentamiento de capitales. ¿Por qué esto?

Sencillamente, porque todo el progreso ha beneficiado *únicamente* al capital, dueño de todo: tierra, primeras materias, maquinaria y brazos. Lo que en un tiempo fué creado para que sirviera de signo de cambio entre el productor y el consumidor, gradualmente se fué erigiendo en dueño de las riquezas y medios de producirlas. ¡Alabemos la religión, la política, y sobre todo la fuerza, que hicieron el escamoteo! Alabémosles... y murámonos de hambre los que no hemos podido ó no hemos querido ser tan

osados para convertirnos en azotes del género humano.

Yo someto los anteriores interrogantes á los economistas que andan buscando tres pies al gato queriendo explicarse las causas de las crisis económicas, prescindiendo precisamente de la única que las produce: el privilegio que tiene el capital, gracias al susodicho escamoteo, de librarse de todas las fatigas del trabajo muscular, de fijar los salarios y el valor á los productos en venta, reservándose la parte del león, pagando uno, dos, tres ó cuatro, es lo mismo, al productor, lo que luego venderá á cinco, diez, quince ó veinte al consumidor, es decir, á la mayoría de productores.

Todo el quid de la cuestión está en este privilegio, en este robo. Alambíquese, quintaesénciese, rebúsquese, désele las vueltas que se quiera, no hay otro. Acháquense las crisis á lo que se quiera, siempre se va á parar á lo mismo: no hay más leyes económicas que la arbitrariedad y la avaricia capitalista. Los *trusts* son un ejemplo. Devánese los sesos la miopía de los economistas; por encima de todas sus divagaciones queda el hecho monstruoso condenatorio de la presente organización capitalista del trabajo: *no se produce más porque no se consume, y no se consume porque no se produce*. He aquí lo que nos ofrece la ciencia económica burguesa. Un círculo de hierro. Un pueblo que se muere de hambre.

Limar esta aspereza, redondear aquella angulosidad, suavizar la dureza de más allá... promesas de cándidos que todo lo fian á la caridad después de haber fabricado los pobres. La esperanza, la angulosidad y la dureza vuelven, si no persisten, á vueltas de todos los cataplasmas.

Vuelven, sí; vuelven siempre las crisis porque

subsiste la persistencia de un producto que se ha erigido en dueño de todos los demás: el signo de cambio, el oro.

El oro, que es un producto como otro cualquiera, como el hierro; el oro, que sin el esfuerzo productor del minero y del ingeniero no habría salido de las profundidades de la tierra, se ha adueñado de las riquezas creadas por el esfuerzo humano.

¡Ah! El escamoteo viene de lejos. Arranca desde el día en que unos cuantos brutos se entregaron al bandidaje y valiéndose de la superioridad de sus puños principiaron á acapararlo. Los orígenes del capital están en el bandidaje primitivo. El primer despojo consumado, otros hombres se sucedieron que aliándose con los brutos sancionaron el despojo, á cambio de una parte en el botín, predicando muy religiosamente al pueblo la conformidad y la resignación ante aquel despojo á mano armada. El militar y el sacerdote actuales son los descendientes directos de aquellos primitivos brutos. Puesto ya en marcha el carro del privilegio, la cosa fué marchando por sí sola. Todas las legislaciones más tarde creadas por otros pretendientes á la ociosidad no han hecho más que consolidar aquel despojo. Y así vemos como hasta nuestros días militar, clero y legisladores son los más firmes defensores del bandido que andando el tiempo se transformó en señor Capital.

Yo quisiera que me dijeran los defensores del capital—del capital, que es posterior al trabajo—por qué, en virtud de qué le conceden (si no es con la esperanza de ser algún día ellos los capitalistas) este privilegio sobre los demás productos. Yo quisiera que me dijeran los que afirman la necesidad del capital, que aseguran que sin él la producción no es posible, de qué se viste y nutre el hom-

bre. No se viste ni se alimenta seguramente con oro; se viste y alimenta con productos que, aunque el oro, aunque el capital desapareciera de improviso de la tierra, no dejaría de producirlos el esfuerzo de los obreros.

Yo no he visto en ninguna parte que el oro, por sí solo, produzca los demás productos necesarios al hombre. En cambio, hay ejemplos de que el hombre, sin oro, sin capital, vive tan guapamente arrancando á la tierra lo que le hace falta para atender á sus necesidades.

Arrojad á una isla en condiciones de habitabilidad á un millar de hombres completamente desnudos, desprovistos de todo, y aislados del resto de la tierra. No temáis que perezcan. A vueltas de algún tiempo, riquezas habrán producido. Brazos é instinto é inteligencia tendrán para proveer á su subsistencia desde los primeros días. Para nada necesitarán al señor Capital.

Haced el mismo experimento con todo el capital de la tierra y giradle una visita al cabo de cien años. Es muy posible que la acción del calor, de las lluvias, etc., lo hayan convertido en papilla para alimento de nuestros economistas á la vainilla.

Es el trabajo, únicamente el trabajo, quien crea las riquezas. ¿Por qué, pues, es el capital y no el trabajo el dueño de las riquezas? Sin la fuerza del chafarote, monsieur Capital tendría el valor de la nada. La pretendida necesidad del capital y del trabajo, aunados, para producir, ya vemos como sólo produce la miseria del trabajador, mientras el capital resiste perfectamente todas las crisis.

¡La imprescindibilidad del capital! Granuja quien tal sustente é imbécil quien tal cosa cree.

La presente crisis económica es la misma de siempre, la de todas las demás épocas, con mayor

ó menor grado agudo. Su causa está en el hecho de que toda la organización del trabajo gira alrededor de un falso eje: la propiedad privada, el monopolio de las riquezas, su acaparación, efectuada por una minoría. Todos los demás factores de las crisis ó son derivados ó auxiliares de este secular robo.

Círculo vicioso

Sería muy curioso poder seguir paso á paso la evolución de la filantropía burguesa y poder hacer su historia. Tal vez hallaríamos que no hay tales carneros, que en lo que hemos dado en llamar así no hay más que miedo, ningún espíritu de justicia y mucho menos de amor al prójimo. Es demasiado grande y evidente el egoísmo de las clases ricas de todos los países y de todos los tiempos para que yo me entusiasme con sus presuntas larguezas y me quede boquiabierto al son de los bombos y platillos con que se nos pregonan.

¿Descontentadizo? Sea. Pero vengamos á cuentas y discurremos un poco, que acaso resulte que hay más altruismo en el descontento que en la caridad, hasta cuando se convierte en derecho. Suele ser aquél el látigo que doma el humano egoísmo. Sin él, Santa Rutina, patrona de todos los conservadurismos, nos tendría aún bastante lejos del Progreso. Entremos en materia.

No hablemos de las ya lejanísimas revueltas de los esclavos, ni de las cruentas luchas que tuvieron que sostener, ni de los torrentes de sangre vertida, para demostrar que á las clases llamadas directoras les repugna el espíritu de justicia cuando éste

viene patrocinando una innovación que choca con sus privilegios, y que únicamente transigen cuando á la fuerza ahorcan.

Hablemos de cosas y proyectos más recientes, mejor, de nuestros días, que nada perderemos con escudriñarlos todo, y relativos á la tan manoseada cuestión obrera, aunque desde la Internacional acá no hagamos otra cosa sin ídem de provecho.

Al cabo de los años mil se acuerda la burguesía, y aun no toda, una parte de burguesía de Francia, y aun empujada por la fuerte corriente socialista que hay en aquella nación, se acuerda, repito, de que... hay obreros que comen mal, visten peor, se cobijan detestablemente y envejecen en la miseria. Ha precisado un siglo de agitación obrera, de demanda continua, hasta de exigencia rayana en la amenaza, para que las clases pudientes hicieran memoria.

Ya es conseguir algo, pero también demuestra que el egoísmo, la inepeía, y mejor la mala fe de estas clases, no sé por qué llamadas directoras, es más fuerte que su pretendido amor al prójimo, y que haríamos mal los obreros fiando nuestra emancipación integral única y exclusivamente á las clarividencias y buena voluntad burguesa. Conocemos frutales que hay que azotarles para que caigan sus frutos.

Mr. Fallières, el nuevo presidente de la República francesa, ha dicho: «Pronto tendremos que tratar en la Cámara de diputados lo del retiro de obreros de ciudad y agrícolas, para demostrar que si antes se dijo que Francia es bastante rica para pagarse su gloria, también es bastante justa para evitar que los que con su trabajo contribuyen á su grandeza y prosperidad material, pasen con privaciones y angustias las últimas horas de su vida. Ha

desaparecido la hora de los privilegios y hay que hacer que los rentistas contribuyan también á las cargas públicas por medio del impuesto progresivo.»

Es una bella tirada, tal vez dicha con la mejor intención del mundo, pero que me suena á hueco.

En primer lugar, es la explícita confesión de lo que anteriormente llevo dicho. Hay en Europa un socialismo que da fuertes aldabonazos á la puerta del privilegio, y los moradores de este palacio se van dando cuenta de que si no abren pronto las puertas podrían éstas ceder violentamente á aquel empuje.

Pero como el orgullo de clase directora les coquillea aún demasiado por el cuerpo, la confesión no va más lejos y su corolario queda oculto. Y el corolario es este: «No nos ha dado la gana de pensar más pronto en los obreros; primero queríamos enriquecernos con estas migajas que hoy reconocemos os pertenecen en justicia hace tiempo.» Es decir, que ahora pretenden pasar por filántropos los que antes no supieron ó no quisieron ser justos. Y francamente, yo me siento robado, y de aquí no me apea nadie.

No hace mucho tiempo fué de moda entre la burguesía lo de las «casas para obreros». Se decía así, como pudiera decirse «pocilgas para perros», ó «establos para bueyes», etc. Un puñado de descontentos protestamos en Europa de que se nos equiparara á las bestias, diciendo á grandes gritos que no nos contentábamos con menos de «palacios para hombres», y la moda pasó, la burla á la humana dignidad no llegó á cristalizar. No perdimos gran cosa, si hemos de juzgar por la muestra de tales casuchos que aun queda en un rincón del Ensanche de Barcelona.

Pero si la moda aquella pasó, no así el anodino

reformismo que la inspiraba. Se conoce que el socialismo no ha llamado aún bastante fuerte. Ahora se dice el «retiro de obreros», algo de limosna para los pobrecitos viejos. Es la nueva moda inventada por la caridad burguesa.

Yo no sé en cuánto consistirá ese retiro y qué trabas y formulismos se impondrán para cobrarlo tarde y mal, pero se me antoja que estará en desacuerdo con aquello de que ha desaparecido el privilegio.

¿Subirá la cuantía de este retiro á un franco, dos, más? Me da lo mismo. Mientras haya un proletariado que no pueda *ahorrar directamente* sobre su salario esta miseria que á su vejez concede la burguesía, y el concedérsela significa ya elocuentemente que no puede ahorrarla, y á su lado, una clase social—la de los rentistas de todo género—que pueda cómodamente enriquecerse, el privilegio no habrá desaparecido y la Francia que proyecta esta medida no será justa, como se pretende; primero, porque esta caridad encubierta no es la suprema justicia que dignifica, y segundo, porque la diferencia de clases subsiste, y donde no hay igualdad de condiciones no hay tampoco justicia, ó no hay lógica en este mundo.

Además, si no era justo el modo de convivencia social que ahora se pretende reformar, ¿dónde está la pretendida sabiduría de las clases directoras y con qué derecho se nos obligó á respetarlo? Valiente estupidez me resulta la ley de la mayoría en cuyo nombre se ha venido gratificando con años y años de cárcel la previsión de los que hace tiempo venimos protestando de que tengamos que vivir malamente en una sociedad de poseedores de lo que los obreros hemos producido. Se me antoja que aun nos queda cárcel por roer.

Otra cosa. No veo yo la tostada de que tenga que darse al obrero para su vejez, sacándolo de un impuesto progresivo sobre la renta, lo que directamente debiera dársele mediante un aumento en los salarios, y, bien entendido, sin que este aumento repercutiera en el precio de los artículos de primera necesidad elevándolos. ¿Por qué el trabajo de arrebatarse con la derecha lo que luego haya de dársele con la izquierda mano? ¿Será para que agradezcamos la largueza de las clases poseedoras? ¡Pero si no nos dan más que lo que ellas mismas confiesan que es nuestro y bien nuestro! Las palabras de Mr. Fallières son bien terminantes.

Pero el juego está visto. Un aumento en los salarios que permitiera al obrero ahorrar directamente para su vejez, sin la tutoría esta del Estado, tal vez diera por resultado hacer más factible, más posible la resistencia obrera contra la explotación capitalista. Se pretende continuar teniéndolo sujeto por medio de la miseria, hija de los salarios bajos, «salarios de hambre», como dicen nuestros camaradas franceses. La miseria, que no un relativo bienestar, es el mejor factor de sumisión y de obediencia. Por este lado la reformita tiene todas las trazas de un anzuelo electoral para pescar bobalicones. A la igualdad no vamos. Tiene, además, otro aspecto: que el obrero no es libre de disponer á su antojo de *todo* el producto de su trabajo. La libertad sale malparada. El obrero quedará siendo obrero explotado, con ó sin vejez asegurada, pues no le será dable, al que pudiere antojársele, si en vez de darle un retiro se le diera en aumento de salarios, ahorrar para hacer luego fructificar sus ahorros tal como hace la burguesía. No es que yo lamente que no pueda hacerlo; no creo que la salvación del obrero consista en volverse patrono.

Hago notar, simplemente, el espíritu de tutoría de la reforma, que sin esta tutoría, de ser efectiva aquella libertad con los salarios más altos, podría tener otras utilidades, tanto ó más primordiales como la de asegurar la vejez, por ejemplo: procurarse una mayor instrucción y hacerla extensiva á los hijos; evitar que la mujer tuviera que trabajar todo el día fuera de su casa, abandonando las atenciones del hogar; procurarse vacaciones cuando la fatiga extrema ó el comienzo de enfermedades adquiridas en el taller lo reclaman; en fin, hacer más próspera la vida durante la juventud, sin perjuicio de atender á la vejez, etc.

¿Acaso se pretende evitar la posible disipación del obrero? El mal no sería mucho ni para todos. Peor la burguesía, que disipa lo que no es suyo, lo que saca del haber obrero. Esta tutoría no deja al hombre responsable de sus actos; le reglamenta la vida, aquella vida que quisiéramos completa y libre, vivida según la interna ley. El burgués hace de su capa un sayo, el obrero no puede.

Bueno, se me dirá; á pesar de estos peros, confiesa que, al fin y al cabo, este retiro del obrero es ya una restitución... No lo veo tan liso y claro. Hay un refrán que dice: «¿Jesuita y se ahorca? Su cuenta le tiene.»

Por de pronto, convendría saber qué dirán los rentistas cuando se les proponga el impuesto progresivo. El retiro del obrero—que no alcanzará á todos—en una nación como Francia no es moco de pavo. Supone algunas millonadas. Bien va que haya un «espíritu público» que obligue á los gobiernos á plantear estos problemas á la burguesía—en Francia tenía que ser, aquí los gobiernos no plantean problemas: les arman un proceso;—pero ¿no burarán la ley cuando la hayan aceptado? Mi escama

es fundada. Ya hemos visto que podían ahorrarse esta filantrópica molestia con elevar simplemente los salarios del obrero. ¿Que se lo impide, decís, la rigurosa é inflexible ley de la oferta y la demanda? Llamen los economistas á otra puerta. Infundio de lo más infundioso. Un *trust* cualquiera hace bajar los salarios al nivel *que quieren* los patronos, ó pone el precio de las mercancías á la altura que *se les antoja* á los vendedores. Es un senador francés, Mr. Clemenceau, quien nos ha enseñado la mentira de la inflexibilidad de la tal leyecita.

Vuelvo á mi escama y pregunto: ¿Qué consecuencias puede traer el impuesto progresivo sobre la renta? ¿No hará bajar los salarios, encarecer los artículos de primera necesidad, subir el precio de los alquileres ó el de los arriendos de las tierras, etcétera? Porque yo no soy tan cándido que vaya á creer que estas millonadas que precisarán para pagar el retiro á los obreros, y que significan una merma en el caudal de riqueza de la burguesía, deje contentos á los rentistas. Estos se resarcirán de un modo ó de otro, directo ó indirecto: no querrán que la ley les ponga un límite á su deseo de enriquecerse más de lo que lo estén presente-mente.

¿Que no? Se dan ejemplos. Oigamos lo que nos dijeron sobre un impuesto análogo los mismos economistas burgueses:

«Ives Guyot permanece fiel al sistema que sostiene hace años. Un impuesto del 10 por 100 sobre la propiedad edificada situada en los municipios que tienen consumos, ha de ser la principal tasa que sustituya á éstos. Los propietarios dicen que estarán arruinados. ¿Por qué? ¿Porque pagarán directamente, porque sabrán con exactitud la suma que pagan, porque podrán darse cuenta de *la re-*

percusión que establecerán sobre los inquilinos? Entonces, ¿serán los inquilinos los paganos?» «Ciertamente—responde Guyot,—pagarán; *como siempre, son los consumidores quienes pagan en último término.*» (*Journal des Economistes.*)

Y si ha de ser así, ¿á qué quedará reducida la reforma de estos republicanos sedicentes socialistas? Simplemente, á hacer que se hace. Una deda-da de miel gubernamental para reforzar en las cándidas multitudes su confianza de creyentes en la providencia Estado, un mero contentar á la opinión pública extraviada por el reformismo de los socialistas á la violeta, pero la de hiel se reserva darla luego la burguesía echando prácticamente por los suelos todas las bellas teorías que se forjan los que, no sabiendo ó no queriendo ir directa y resueltamente á la socialización de *todos* los medios de producción y á la supresión del Estado defensor del privilegio, hacen parada y fonda en el círculo vicioso del reformismo.

Queda siempre en pie el problema capital que origina todos los conflictos: hay una clase que disfruta el privilegio de poseer toda la riqueza social, y otra clase, la más numerosa, que no posee nada y está á merced de aquélla, á pesar de todas las soluciones que se imaginen, fuera de lo que apunto á la consideración del lector, porque quien tiene la posesión de las cosas dispone del gobierno y de la vida de las personas.

That is the question, y no otra.

Fracaso de la regeneración

Dejemos por un momento aparte—y no porque sea cosa secundaria—discutir si la regeneración de este dormido país debe efectuarla tal ó cual determinado partido, en uno ú otro sentido; si la reforma, política ó social, debe alcanzar la línea intermedia A ó la extrema Z. No siendo posible, *ni admisible*, una inteligenciación de tan encontradas opiniones como se disputan la dirección social, la regeneración ha de intentarla, en el terreno práctico, aquella opinión ó corriente de opinión que más haya trabajado la colectividad, pues ésta, por sí sola, espontáneamente, es muy dudoso que despierte del profundo sueño de los desengaños sufridos.

Hace ya muchos meses que se habla de la *necesidad* de regenerar este país; pero no veo á ningún partido político que haya puesto manos á la obra. Media docena de artículos en los periódicos, cuatro discursos de otros tantos hombres públicos en sus respectivos círculos políticos, y un anodino Mensaje de una más anodina Asamblea, no es cosa para despertar á un pueblo y lanzarlo nuevamente á la lucha por el derecho—hollado,—la justicia—escarnecida—y la vida—atropellada.—Nadie se ha toma-

do á empeño el llevar á cabo tales ó cuales iniciativas lanzadas al azar de lo que salga. ¿Por qué?

Porque ni los que las lanzaron, ni el reducidísimo número de individuos que las oyeron tienen la fe y la voluntad necesaria para llevarlas á la masa.

Acaso también porque tampoco creen en su virtualidad. Todos los que han escrito ó discurseado sobre el particular, en un momento de entusiasmo ó clarividencia, no han pasado de la categoría de *voceras*. Ninguno se ha sentido apóstol, siquiera de su particular opinión. Y como las ideas no triunfan solas, sino que necesitan quien las propague ó inicie, quien las lleve á la masa, la masa ni se ha enterado apenas, ni mucho menos entusiasmado.

En un país donde hay once millones de analfabetos, ¿cómo pueden arraigar las ideas, los planes, etcétera, de media docena de escritores-periodistas? En un país donde los círculos políticos sirven para jugar al dominó ó á otros peores juegos, ¿cómo pueden despertar entusiasmo los discursos de cuatro hombres públicos, si pronunciados éstos y escritos aquéllos, sus autores vuelven á encerrarse en sus casitas? ¿qué mínimo efecto siquiera pueden causar en un país de durmientes, cuya apatía no se siente rudamente sacudida por ningún *espíritu de proselitismo*?

¡El espíritu de proselitismo!... He aquí el factor principalísimo... principalísimo y olvidado por todos los que se han sentido regeneradores durante unos minutos.

El país está molido, quebrantado, maltrecho, y duerme, cierto. ¿Pero es sólo el país quien duerme? La apatía del país, ¿no será mejor la apatía de las contadas inteligencias políticas? La falta de entusiasmo de la masa, ¿no será la falta de entusiasmo

de los que ven ó creen ver claro? La ausencia de fe de la colectividad española, ¿no será mejor la falta de fe en la propia opinión de los mismos que la emiten?

¿Quién se ha sentido apóstol? ¿Qué escritor ú orador se ha puesto en contacto directo con la masa que no lee ni escucha, *forzándola* á leer ó á escuchar, á los que no saben leer? ¿Cuál ha sido la agrupación política, por pequeña que sea, que haya llevado su bandera nueva ó remendada á la calle, al campo, al taller, al café ó á la taberna, á todas partes donde hay multitud susceptible de parar atención ante el atrevimiento del apóstol, de entusiasmarse con el calor de la convicción de los partidarios de una idea ó de una iniciativa? ¿Quién ha osado salvar esta inmensa distancia como representa este divorcio de la ignorancia y de la inteligencia? ¿Quién ha intentado siquiera los preliminares necesarios, sinceros y altruistas, que el entrevistado éxito reclama? Yo no he visto ningún partido ó agrupación política en el ejercicio de tan necesario apostolado.

¡Que no se puede! ¡Que las circunstancias atan las voluntades!... Es como si la tripulación de un buque se excusara de trabajar porque el temporal arrecia de firme...

En esta carencia de espíritu de proselitismo de los prohombres de *todos* los partidos políticos es donde reside, á mi juicio, el obstáculo en el cual se estrella la regeneración política de este país. Y no es únicamente un obstáculo; significa también el fracaso de muchas aspiraciones democráticas y el derrumbe de todo un sistema social falsamente basado. Es todo un mundo que va para viejo y cuya virilidad mengua más cada día que transcurre. Y en mayor ó menor grado este, llamémosle fenómeno

del decrecimiento de la virilidad, se observa en otros países.

No hay apóstoles porque éstos sólo se hallan en los ideales nuevos cuando los viejos están camino de la fosa. He aquí por qué la regeneración política de este país no se hace ni se hará mientras no se cambie completamente de ideal. No son instituciones políticas lo que urge remendar; no es tal ó cual mezquina reformita lo que puede ser bandera de amplios pliegues; no son las ideas viejas, gastadas aquí ó en ensayo allá, las que pueden crear el espíritu de proselitismo—signo de virilidad, de juventud, de lozanía, de fuerza, de belleza, de bondad—que ha de despertar á las masas, dormidas á consecuencia precisamente de las luchas mezquinas y raquíticas de una política que ningún bienestar material ni felicidad les ha reportado.

Desengáñense los contados regeneradores de última hora. Predican en el vacío de su propio fracaso. Luchen cuanto quieran—y se está observando la poca labor suya,—no lograrán tener lo que es característica necesaria para el triunfo de ideales é iniciativas. Los que nos ofrecen se han gastado. El espíritu de proselitismo está en la negación del presente sistema económico-político-religioso. La *regeneración* política no se hará; pero la EMANCI-PACIÓN político-económica tarde ó temprano será un hecho, por obstáculos que oponga el presente estado de cosas.

De la charca

De la charca parlamentaria llegaron estos días hasta el pueblo aires de protección y amparo. *Su* Dios se lo pague á los graves padres de la patria, pues el proletariado maldito lo que debe agradecer semejantes desvelos de las ranas del Congreso.

Tratábase de fijar en las tablas de la ley el modo en que de hoy en adelante han de trabajar la mujer y el niño, dos seres que no debieran trabajar y que hoy trabajan para mantener en la ociosidad el parasitismo de senadores, diputados, militares, curas, empleados, toda la improductividad de las clases elevadas, con su consiguiente séquito de matachines uniformados y disciplinados que les defienden y guardan las espaldas.

El altruismo de las ranas del Parlamento, despertado á última hora por los porrazos con que amenaza la cuestión social, me haría el efecto del altruismo del ladrón, si no fuera el altruismo del miedo. Es altruismo á lo Juan de Robres; mucho hospital y mucho crear antes los pobres.

Porque dígaseme una cosa, antes de calificarme de exigente y mal educado, como es probable que me califiquen *in mente* muchos de los que aun

creen y fingen creer en la eficacia de la ley para curar las explotaciones patronales, ó siquiera suavizarlas.

El exceso de fatiga que se trata de ahorrar á la mujer y al niño, y aun al obrero, ¿es exigencia de las necesidades humanas no satisfechas, ó es hijo de la avaricia de las clases poseedoras?

Mejor planteado: ¿Faltan productos que satisfagan aquellas necesidades para que se tenga que echar mano de la fuerza muscular de la mujer y del niño?

En el supuesto de que no se produjere lo suficiente para todos, ¿cómo explicarían los economistas de barriga llena la huelga forzosa de millares y millares de brazos masculinos que sólo trabajar desean, como estos andaluces y tantos que vagan por las calles de las grandes ciudades, y no lo logran nunca?

No; la mujer y el niño no trabajan porque el hombre-obrero escasee; éste no huelga tampoco porque no se pueda ó no se deba trabajar más. Ambos trabajan ó huelgan porque la organización capitalista del trabajo pone un límite á la producción para mantener el minimum del salario y evitar la baja del precio en la venta de los productos. Indícalo si no el hecho de que los almacenes están atestados de géneros precisamente cuando el obrero se queda en el arroyo y en cueros ó poco menos, es decir, cuando aun quedan necesidades que satisfacer, y por lo tanto debiera trabajarse más. Si se hiciera trabajar más en estos momentos; el precio de venta bajaría de hecho. Se necesita la miseria de millares de obreros para mantener el tanto por ciento de la ganancia. Se necesita echar la mujer y el niño contra el hombre para que el patrono pueda obtener del obrero los productos al más bajo

precio posible. El capital, para acrecentarse, necesita comprar barato y vender caro.

Y la mujer y el niño se prestan más fácilmente á la explotación patronal. Pero como esto crea un estado de miseria siempre creciente, y este estado de miseria es peligroso ó puede serlo algún día, de ahí la necesidad del engranaje político que valiéndose de la fuerza ó de la farsa, del plomo ó de la ley, castiga al que osa rebelarse contra este monstruoso estado de cosas ó trata de engañarle con ilusiones de arreglo futuro para que no se rebele.

Y he ahí por qué digo que el obrero nada debe agradecer á este embustero altruismo de las ranas de la charca. Precisamente la ley, todas las leyes, las que se vayan inventando, esta última misma, sirven siempre y servirán para favorecer el capital.

Como ayer con la antigua reglamentación del trabajo, el patrono burlará lo mismo las actuales leyes. La ley es impotente para evitar que del hogar donde hay miseria salga la mujer y el niño á ofrecerse á trabajar á bajo precio. Aun en el supuesto de que no se burlara, que la mujer y el niño no se ofrecieran, como el capital no querrá ver mermadas sus ganancias, pues el hecho de tener que emplear hombres donde antes trabajaban mujeres y niños significa mayor coste de los productos, por ser más elevado el salario del hombre; la ley no podrá impedir ó que el patrono rebaje el salario del hombre ó aumente el precio de venta de los productos, con lo cual se habrá logrado la misma miseria en los hogares obreros. Es un círculo vicioso que no rompe ley alguna.

Con estos arreglos y componendas de la legislación del trabajo sólo se logra una cosa: distraer al proletariado inconsciente del verdadero objetivo que debiera perseguir, emanciparse del capitalis-

mo, suprimir el intermediario entre el productor y el consumidor. Mientras se acostumbra al obrero á esperar todo de la eficacia de la ley, la explotación sigue su curso como si tal cosa. Y *tutti-contenti*, los cándidos de abajo y los granujas de arriba.

Y no se me venga siquiera con el distinguo de que algo sale ganando el obrero con estas protecciones del Estado. Si algo ganase, es siempre poco comparado con lo mucho que se le roba y lo mucho malo que por sí mismo podría evitar si sus energías no las embotara el charloteo de los habitantes de la charca nacional.

De la charca nos viene el vaho de la agonía, la esperanza que no se realiza jamás, el ejemplo de la gandulería, el falso brillo de la fatuidad, el oropel con que se cubre la cara, la estupidez elevada á sabiduría, la hipocresía que extiende su podre, la avaricia con narizotas de caridad... la muerte, en suma, la muerte de lo más sano de una nación.

Hay un medio para que el proletariado pueda evitar la explotación de que es objeto y víctima, y este medio debe emplearlo prescindiendo de los sacamuelas que se revuelcan como cerdos en las inmundicias del Parlamento, y de los ambiciosos distribuidores de promesas que no han de cumplirse y que á la charca quieren ir á hundir sus hocicos.

Que el obrero se asocie, con ó sin el beneplácito de la ley, que se haga fuerte y se encastille dentro de sus sociedades de resistencia federadas y trate con el patrono de potencia á potencia, siendo con él cada día más exigente, minando su avaricia y sus ganancias con la fuerza de la huelga, cuanto más general posible mejor, ó con la fuerza de sus puños si hubiere necesidad. Cuanto más prescinda de la protección del intermediario Estado, cuando

más exigente sea, sin ningún género de consideración, á nada ni á nadie, más se le temerá y estará en camino de emanciparse totalmente.

No le importe un bledo perjudicar los intereses del capital, desequilibrar el actual modo de producción. Mejor. Que se desequilibre todo es lo que hace falta. Así, con el hábito de la lucha se hará fuerte el proletariado, se acostumbrará á esperar todo de sí mismo, é irá viendo prácticamente cómo se puede prescindir del capital y del patrono para vivir la vida de seres racionales y no de brutos esclavos como hoy.

Y lo irá viendo, porque no hay peligro de que por exigencia obrera más ó menos se paralice la producción. La necesidad de vivir es muy imperiosa, y ya se darán cuenta los poseedores, los privilegiados y los satisfechos, de que, de grado ó por fuerza, acorralados cada día más, si ellos no ceden y se empeñan en poner obstáculos á un cambio radical en el modo de producir, el cambio lo efectuará el proletariado expropiándolos, tomando posesión de la riqueza pública, medios de producirla, etcétera, y mandando al cuerno á tanto parásito como nos devora.

Intervención perniciosa

La ingerencia del Estado en los conflictos entre patronos y obreros es altamente perjudicial, tanto para el presente como para el porvenir del proletariado.

Del propio modo que el Estado, haciendo intervenir el juez de modo obligatorio en los conflictos de individuo á individuo, fué anulando el derecho de la acción activa y directa de la colectividad, que es á quien más le incumbe restablecer—y restablecía antiguamente—la armonía entre sus miembros, y arrinconó el primitivo principio moral de «compensación» al lesionado sustituyéndolo por la idea de «venganza» obligatoria, legalizada, que nos trajo el cristianismo y el derecho romano y creó esta máquina llamada *Justicia*, cuyo funcionamiento aporta más daños que males repara, dejando á los individuos sumidos en continua tutoría moral, del mismo modo actualmente el Estado va, solapadamente unas veces, abiertamente otras, preparándose para crear un nuevo organismo que años á venir escamoteará, si le dejamos, el verdadero sentido del conflicto patrono-obrero y pondrá de nuevo á este último en manos de una máquina-

ria que le dificultará todos sus movimientos de rebeldía y lo someterá á nuevos tutores.

Ahora que el obrero principia á rebelarse contra el *patrono-capitalista* porque comienza á comprender que el capital es un monopolio y un robo la propiedad privada, es conveniente hacerle comprender asimismo que del propio modo que el *patrono-moral*, el «juez», lo deja atado de pies y manos en poder del capital; cualquier nueva ingerencia del Estado en los conflictos entre el capital y el trabajo tiende á crear una nueva maquinaria, un nuevo patrono que igualmente lo dejaria entregado á discreción del capital.

En otros países de gobiernos más linceos que en el nuestro, ya ha ido surgiendo y tomando cuerpo la idea del arbitraje obligatorio ejercido por los funcionarios del Estado. En España no hemos pasado de la intervención de los gobernadores civiles, limitada á escuchar á patronos y obreros y aconsejarles la transigencia para evitarse el trabajo de deshacer lo agudo de los conflictos á sablazos, cuando no lo adelantan con sus intemperancias, como de ello pueden ser testigos Coruña, Sevilla y Cádiz.

Enemigos acérrimos como somos de la pasividad individual que deja á los pueblos á merced de todas las granujerías de los avispados, creemos sinceramente que el proletariado no debe fiar ni su mejora como clase ni el porvenir social de la humanidad á nuevas tutorías que pueden anular su despertada actividad actual.

No son los conflictos entre patronos y obreros asunto que debe dejarse á la discreción del primer gobernador civil que, voluntariamente ú obligado bajo cuerda por su gobierno, se le ocurra intervenir.

Negamos al Estado la pretendida imparcialidad de que alardea en estos casos y del propio modo que negamos al juez el derecho de hacer justicia vengativa en nombre de la sociedad, negamos al Estado cualquier derecho que pretenda tener á intervenir en aquellos conflictos. Se lo negamos porque el Estado ha dado repetidas pruebas de que sabe ponerse gozosamente del lado de los patronos, suministrándoles, como en Cádiz con la huelga de los panaderos, soldados para sustituir á los huelguistas, anulando de este modo la intervención del público, que influiría en pro ó en contra de la huelga. Se lo negamos, porque su intervención atrofia la voluntad y la acción de los individuos, sin cuya atrofia se irían capacitando para resolver por sí mismos todos los conflictos.

El Estado, engendro bastardo del cristianismo y del bárbaro derecho romano, es, como ha dicho muy bien el publicista Alfredo Calderón, un instrumento de muerte, cuando no de inmoralidad. Confiarle los asuntos públicos, es matar la iniciativa individual y la espontaneidad de la acción pública.

Y cuando la crítica demoledora de todos los sinceros revolucionarios concurre para quitarle atribuciones y darlas á la iniciativa privada; cuando todo el mundo inteligente va reconociendo que está llamado á desaparecer porque no es órgano de progreso alguno, permitirle que intervenga directamente en los conflictos entre patronos y obreros es exponerse á darle prestigios que no tiene y locura encargarle tutorías de que ya estamos hartos.

*
* *

No son los conflictos entre patronos y obreros asunto baladí que se *solucione* con arreglos transitorios. Crea quien quiera que se restablece la armonía entre el capital y el trabajo cada vez que una huelga termina con una transacción por ambas partes litigantes.

La huelga es simplemente—aun ignorando su alcance muchos obreros—el preludio de una revolución que ha de transformar por completo el modo de ser de la presente convivencia social. La armonía sólo se restablecerá cuando desaparezcan la propiedad privada, el monopolio, el privilegio, sus diversos guardianes y defensores legales; cuando en su lugar los hombres, todos los hombres, sean á la vez productores y consumidores y hayan desaparecido los intermediarios.

De aquí á entonces, las huelgas irán en aumento, se harán crónicas, tanto más rápidas y eficaces cuanto más claro vean los trabajadores que en la *solidaridad* hallan una fuerza que les permite poner una traba al *creciente* egoísmo de sus patronos.

Si la ya actualmente poderosa arma de la huelga solamente tendiera á poner un freno á este crecido egoísmo ó recabar simplemente una mejora, el conflicto no presentaría tantas dificultades. Los patronos concederían fácilmente á sus esclavos cualquier reclamación que éstos les hicieran, seguros de indemnizarse al venderles los productos; quitarían al obrero como consumidor lo que le habrían otorgado como productor.

Pero intuitiva ó conscientemente, patronos y obreros se van dando cuenta de que la huelga es ó será á la postre la terminación del mundo del privilegio, y de ahí la resistencia de ambas partes.

De ahí también que el Estado, defensor del pri-

vilegio, intervenga en los conflictos y llame al despacho de sus funcionarios á las partes litigantes, prometiéndoles imparcialidad y justicia, cuando en realidad sólo le mueve un deseo: retardar la revolución social, creando si es necesario el órgano oficial que haga imposible su advenimiento.

No faltarán *promesas* de justicia y de imparcialidad, que andando el tiempo se convertirían en *precedentes* que darían lugar más tarde á *obligaciones legales* que luego no sabríamos cómo romper. No faltaría el *reglamento* que anula toda espontaneidad é iniciativa en la lucha hasta matarla. No faltaría *ley que ordena* cómo ha de solventarse el litigio, qué actitud *deben* tomar las partes litigantes, qué *obediencia* ha de prestarse al *fallo* del nuevo código. Y no faltaría en seguida la maquinaria que, como pasa con la llamada Justicia, tritura y ata al proletariado, con su cohorte de *prohibiciones y castigos*.

Sería esto la muerte de la huelga como medio revolucionario para conseguir aquel objetivo emancipador que persigue el obrero.

Y que á esto se tiende embozadamente, no nos cabe duda. ¿Acaso no rueda por ahí un proyecto de reglamentación de huelgas? ¿No corre ya como válida la creencia—creencia que nadie se toma el trabajo de analizar y pulverizar—de que el Estado es el llamado—llamado, ¿por quién? ¿por cuál de ambos intereses en pugna?—á intervenir en estos conflictos? ¿No vemos con qué solicitud se prestan los gobernadores civiles á ejercer de mediadores y árbitros?

Y cuando el número de huelgas vaya en aumento, ¿no surgirá, lógicamente entonces, la idea de crear una *oficina oficial de arbitraje*—la institución nueva—que dirima las contiendas, con el pre-

texto de que los gobernadores civiles no pueden atender á tantos conflictos?

Téngase en cuenta que todo tiene en este mundo su principio, su punto de partida, que puede *parecer* muy sensato en sus comienzos, pero que se desvirtúa siempre más tarde, hasta que el uso y la costumbre que se va formando lenta y gradualmente acaba sustituyendo la primitiva acción directa de los interesados por la maléfica del mediador oficial.

Nosotros vemos en este probable mediador un peligro para la causa del trabajo y lo denunciarnos al proletariado.

La que hoy es mediador voluntariamente ofrecido y aceptado, puede convertirse en mediador obligatorio, impuesto, cuyos fallos, plazcan ó no, serian inapelables de hecho, si no de derecho. Y entonces la lucha tendría que duplicarse, dirigirse de un lado contra el patrono-capitalista y de otro contra el patrono-mediador, y nos perderíamos otra vez en el laberinto de á quién primero deberíamos combatir. El Estado habría triunfado dividiendo nuestros esfuerzos, y habría triunfado tanto más cuanto poseería una nueva institución coercitiva, defensora del privilegio, de los patronos, institución que, como la llamada Justicia, funcionaría en daño nuestro. Hay que evitar á todo trance que esto suceda, que se cree el nuevo organismo matador de iniciativas individuales.

*
* *

Los conflictos entre patronos y obreros, mientras no los solucione totalmente la Revolución en el sentido que dejamos expuesto, pueden y deben dirimirse fuera de la influencia del Estado.

Se nos dirá: «El arbitraje se impone y los mediadores, sean cuales fueren, tenderán siempre á crear aquel organismo...»

Distingamos. No es lo mismo un mediador *solicitado* por las partes litigantes, que un mediador *impuesto* por la ley. La acción del primero queda sin efecto en cuanto quiera una de las partes; la del segundo, por su carácter de forzosa, perdura y es además coercitiva.

El nuevo organismo coercitivo surgiría con la mediación del Estado el día en que abdicáramos la libertad de elegir el mediador confiándola de derecho al Estado ó dejando que éste nos lo impusiera.

Y de esto se trata: de no abdicar nuestra libertad en este asunto, de no permitir que bajo ningún pretexto se nos arrebatase el derecho de elegir á quien queramos por árbitro de estas contiendas, de que nadie nos lo imponga, ya que el uso y costumbre presentes se bastan y sobran sin necesidad de crear nuevas leyes.

Haciendo *constante uso* de esta libertad de elegir el mediador, podremos en todo momento y lugar *variar* de electo cuando nos plazca, y el temible y posible organismo oficial no podrá formarse.

Arbitraje, jurados mixtos, ya que los imponga la necesidad del momento, que sean por lo menos obra de las partes litigantes y no hilos que pueda manejar á su antojo el Estado.

Acudir el obrero á la mediación del Estado, á semejanza de lo que hacen los patronos, es dar pie para que el Estado le ponga el dogal al cuello; es demostrar que aun no sabe que el Estado es enemigo del proletariado y que no sabemos prescindir de su tutela. Otras entidades hay más competentes que cualquiera autoridad y menos susceptibles de dejarse influir por el interés de la burguesía.

Se nos objetará aún: «En cualquier conflicto, las entidades obreras no pueden eximirse de acudir al llamamiento de las autoridades locales...»

De acuerdo; pero ya que no pueden evitarlo, comprendan una buena vez que cuando las autoridades las llaman es con su cuenta y razón y que la cortesía no ha de significar forzosamente aceptación de mediador oficial y renuncia de derecho natural.

De caer en todas las añagazas y redes que nos tienda el enemigo so capa de benevolencia, tolerancia, imparcialidad y justicia, estamos expuestos á convertirnos nuevamente en esclavos de su voluntad.

Y si renunciamos á la nuestra ahora que principiamos á comprender que «la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los mismos trabajadores», demostraríamos que aun no hemos salido de tutoría y justificaríamos cualquier intrusión legal en daño de nuestra presente mejora y en perjuicio de nuestra emancipación futura.

Aire puro

«ROLUND.—*Vous! Mille pardons, mademoiselle; mais quel voulez-vous faire dans notre société?*

MLLE. LONA.—*Lui donner de l'air, monsieur le pasteur.»*

(Ibsen, *Les soutiens de la société*, acto I, escena XVII.)

Regeneración, reconstitución, renovación, transformación, purificación, reforma de esta española patria corrompida por siglos de dominio religioso y de farsa política... Palabras, palabras y palabras; nada más que palabras. La verdadera se la ha descuidado todo el mundo en el tintero ó en el buche, sin duda por ser demasiado violenta y atrevida.

Falta aire, mucho aire, aciclonado, que barra recio, hondo; que arranque de cuajo las hierbas ponzoñosas que, gracias á las complacencias de unos, á los embustes de otros, á las cobardías del charlatanismo y á la apatía de muchos, arraigaron en el corazón y en el cerebro de la gran masa, dificultándole la vista de los ideales, sumiéndola en la obscuridad de todas las ignorancias y en el indiferentismo de todas las muertas creencias.

Falta aire, mucho aire, aire de ideal que llegue á lo más hondo del cerebro y del corazón purificán-

dolos, saneándolos. He aquí una labor que no se ha efectuado aún. El pueblo no sabe; apenas si siente, á duras penas si intuye. Nuestros talentazos de salón no le han dado más que palabras. Palabras buenas tan sólo para encumbrar á tal pillo, elevar á tal granuja, favorecer á los astutos, á los mañosos y á los egoístas. Nombres tan sólo y no ideales concretos y comprendidos.

Se han pasado años en una lucha mezquina y repugnante, únicamente encaminada á la conquista del poder, esperándolo todo de la buena voluntad ó de la buena fe de determinados hombres y no de la verdad y bondad de las ideas. Y ha sucedido que mientras todos iban pregonando: «Soy partidario de Fulano, Zutano ó Mengano», los menganos, zutanos y fulanos iban corrompiéndose en el ambiente de la vanidad estúpida infantada por el aplauso irreflexivo, en las tentaciones seductoras del solapado enemigo, en las ambiciones del personal y próximo triunfo... mientras las ideas quedaban arrinconadas, como cosa secundaria, suplantadas por la ineficaz papeleta de los comicios. Todo el afán de los que hoy lamentan la indiferencia pública iba dirigido á sumar votos y no conciencias.

Y por esto falta aire, mucho aire que barra á los hombres-bantera, les anule su personalidad de mandones y los sitúe de nuevo en el verdadero y natural sitio que no debían haber abandonado: en el sitio de hombres útiles y no necesarios.

Basta de nombres, basta de hombres. Ideas, ideas é ideas, siempre ideas. Que es lo que no se ha dado nunca al pueblo. He aquí la labor descuidada por los prohombres de todos los partidos políticos. Todo lo que sea moverse nuevamente dentro de este círculo vicioso de la confianza popular puesta en tales ó cuales hombres, traerá inevitable-

mente, forzosamente, un nuevo y ficticio entusiasmo, una nueva é ineficaz lucha, un nuevo encumbramiento de tahures, un nuevo hacer ver que se hace algo, una desilusión más y tiempo perdido. La historia se repite cuando el hombre es tan necio de perseverar en el uso de los viejos moldes de la vida social, echándoles remiendos, cuando lo razonable sería romperlos en mil pedazos. Los odres viejos echarán siempre á perder el vino nuevo.

Falta aire, mucho aire, aire de ideal que barra las reformitas, los amaños y componendas, las transigencias con el pasado, los arreglos de ocasión, los barnices que tapan la carcama, los fetiches nuevecitos, las gentes que se ofrecen de nuevo, con la modestia en los labios y la ambición en los ojos. Nada del pasado, apenas el recuerdo... y ya es demasiado.

Y á los que digan y repitan la imposibilidad de desprendernos de él por completo, de romper en absoluto con él, y ofrezcan el lazo de unión de un presente acomodaticio para preparar ¡quién sabe cómo! el porvenir, yo les respondo que se queden ellos con esta labor de pigmeos, que vayan ellos á pasos cortos, que luchen ellos por un presente mezquino.

La labor que debe hacer la gente nueva de los amplios ideales, la que atrevidamente se encamina *verso la parte donde si leva il sole*, sin esperanza de recompensa alguna, es la labor fructífera de preparar la vida de las generaciones futuras, azotando con ráfagas de ideas el rostro de todos los presentes embustes religiosos, políticos y económicos que dificultan el advenimiento de todas las libertades naturales y sus consiguientes felicidades. Es la vida de nuestros hijos la que lo reclama, con urgencia suma, si no queremos legarles el mismo

semillero de inmundicias en que nos ahogamos nosotros. ¡Infanticida todo aquel que descuide labor tan razonable!

Basta de paliativos, basta de hombres-remiendos, basta de ñoñerías, basta de transigencias. Nuevos ideales, aire, mucho aire, aire puro, venido de la virgen selva. Que cada desinterés sea una brisa, cada voluntad inquebrantable una ráfaga, cada convicción un huracán. Es así como se purifican las atmósferas de los detritus que acumuló el pasado. Hay que orear esta sociedad entera, no una parte de ella, como pretenden los acomodaticios de una regeneración-feto.

Dogmatismos de mercader

Todo se vuelve *tabou* en manos de la burguesía. Sagrada la religión, sagrada la monarquía, sagrada la autoridad, sagrada la propiedad, sagrada la patria, sagrada la nación, sagrado el ejército, sagrada la ley, sagrada la magistratura, sagrado el matrimonio, sagrado el cementerio, sagrados hasta los trajes de los profesionales de determinadas instituciones: todo *tabou*, inviolable todo.

Pero tienen de bueno «los grandes principios» de los maoris de Europa, que nos dispensan de vivir cerebralmente. Artículo de fe y ya está dicho todo. El espíritu crítico tiene que detenerse ante estos *tabou*s, so pena de que quiera correr el riesgo de que le apabullen.

Investigad si la rana tiene pelo; cuadrad el círculo si se os antoja; buscad la piedra filosofal ó el elixir de larga vida; contad los granos de arena que el mar cubre si vuestra paciencia de creyentes es inagotable: todo, todo os será permitido menos meteros, ¡qué digo meterse! ni acercarse siquiera á los lindes de lo consagrado *tabou*.

No pongáis vuestras osadas manos ó la irreverente crítica de vuestras plumas sobre «los grandes principios» de todos los tiempos, porque éstos os es-

trangularán. Tan solidarios son los *taboús* cuando del vulgo se trata.

Los grandes «principios» lo son todo. La vida, nada. No es *taboú*. Puede destrozarse en los campos de batalla, pulverizarse ó asfixiarse en el fondo de la mina, mutilarse entre los engranajes de la máquina, envenenarse en los lupanares, deformarse sobre el surco, aplastarse en la cantera, desnaturalizarse en aulas, embrutecerse en el circo ó en la taberna, aterirse en la intemperie, cohibirse en el hogar, apuñalearse en el matrimonio, esmirriarse en la infancia, olvidar la en la vejez, esclavizarla en el trabajo, nirvanizarse en la sociedad... cosa de poca monta. Con tal de que se respeten «los grandes principios» declarados *taboú* por la burguesía, la vida de los miseros maoris puede reventar en cualquier esquina donde meen los perros vagabundos.

¿El secreto de estos *taboús*? ¿El lado oculto de los «grandes principios»?

Cuando San Pablo, recién convertido al cristianismo, fué á predicarlo á los habitantes de la ciudad de Efeso, no fué flojo el tolle que levantó. Entonces también «los grandes principios» quisieron cerrarle el paso. Por poco lo lapidan como más tarde al diácono Esteban.

¿Y quiénes eran los que, invocando los «grandes principios» y el «orden social», querían matar el espíritu crítico de los primeros cristianos?

Para los historiadores que en el cristianismo no han visto más que una *revolución moral*, bueno será enseñarles, con la mismísima autoridad de las actas de los Apóstoles, que aquélla tenía, como en nuestros tiempos, su lado económico, nada desdeñable, pues que entrañaba una saludable reacción del trabajo libre aplastado bajo el peso del trabajo de

los esclavos, que ya no dejaba campo á la actividad de aquél.

El platero Demetrius fabricaba pequeños templos de plata de la Diana de Efeso, que se veneraba en casi toda el Asia. ¿Cómo iba á escuchar estoicamente las predicaciones de los que no querían dioses helénicos? De ningún modo. Su comercio se hubiera arruinado. Congregó, pues, á todos los que de aquel comercio vivían, que eran muchos, y juntos concitaron las iras del populacho sobre San Pablo, haciendo creer á la multitud que la gran diosa corría peligro en su templo.

El caso del platero Demetrius de Efeso tiene el mérito de revelarnos el secreto de los *taboús* de de todos los tiempos. Sin el culto á Diana, abur templos de la diosa, abur sacerdotes, abur lucrativos sacrificios, abur plateros, abur mercaderes... El «orden social» se desquiciaba.

Verdad es que más tarde, cuando no pudieron atajar por la violencia los progresos del cristianismo, los nuevos Demetrius se pusieron á fabricar estatuillas de la Madre de Dios. Los grandes principios quedaron arrinconados, pero los que á su sombra viven tan guapamente se apresuraron asimismo á levantar nuevos *taboús*, que les llenaron las arcas.

Trescientos años después, ya en pleno cristianismo, nuestro *taboú*, cristiano esta vez, pero digno *pendant* del pagano. Antojósele á Nestorius, patriarca de Constantinopla, pretender que la Virgen María era *Madre de Cristo* y no *Madre de Dios*. Los plateros de Efeso, que fabricaban y hacían gran comercio de estatuillas de esta última, pusieron el grito en el cielo. De aquí que se originara un cisma, y que, concilio tras concilio, el patriarca Cirilo de Alejandría hiciera condenar por la corte de

Teodosius al patriarca Nestorius. Los plateros de Efeso, locos de alegría por su triunfo, le besaban las manos. Su dinero les había costado. El mismo sobrino de Cirilo fué á llevarlo á la corte de Teodosius.

La burguesía hizo una revolución contra los *taboús* del feudalismo. Ganó la partida; pero ¿qué ha puesto en su lugar? Los *taboús* que dejó enumerados al principio. La historia se repite. La hipocresía de los *beati posidenti* de todos los tiempos es siempre la misma. De Demetrius hipócritas, invocadores de los grandes principios cuando la innovación les puede lesionar ó anular sus particulares intereses, continúa lleno el mundo. Si las nuevas ideas no les desbarataran el negocio, cambiarían de dioses como de camisa, porque para ellos lo esencial es sus particulares ganancias, vivir á la sombra de cualquier *taboú*. El interés general puede esperar y fastidiarse.

Por esto, cuando por ahí oigo decir que la religión corre peligro, me río socarronamente, porque sé que lo único que verdaderamente pelagra son los intereses materiales creados á su sombra, y que aprovechan á unos cuantos privilegiados.

Y asimismo me río cuando me dicen que hay que salvar á todo trance nuestro desordenado actual orden de cosas, ó la monarquía, ó la república, ó la patria, ó la propiedad, etc., etc.

Y me río, porque pienso que á mí, *maorí de tercera*, sin diez céntimos en el bolsillo, todos esos grandes principios no me hacen vivir, antes me quitan la vida, de golpe ó lentamente, mientras orondos y satisfechos veo pasear por esas calles á los variados Demetrius que de buena gana me lapidarian—ahora se contentan con llamar metafísica al hambre de los sin-trabajo—porque les digo,

nuevo bárbaro que no sé cubrir mi franca y ruda crítica con las flores de la retórica ó con los eufemismos de castrado, que su dogmatismo es tan ridículo y chabacano como egoísta y antisocial el particular interés que lo inspira.

Dioses para la canalla

«Yo—agrega el señor Azcárate—no quiero secularizar la sociedad porque entiendo que la religión es eterna, pero sí quiero secularizar el Estado.»

Congreso.—*Publicidad*, 18 de Febrero.

De todas las farsas utilizadas por la maldad humana para tener sujetos á los pueblos en la esclavitud económica, ninguna tan odiosa y repugnante como la farsa religiosa.

Repugnante, porque todos los dioses, y por consiguiente todas las religiones, por su dogmatismo, son atentatorias al desarrollo de la humana inteligencia, trabas puestas á la razón para que no se emancipe de la primitiva ignorancia, perpetuadoras de todas las bajezas y servidumbres morales, obstáculos al progreso material.

Odiosa, por lo que tiene de hipócrita en los que las predicán y de servilismo en los que las acatan sin creer en ellas. Reinado del embuste, es una serie de mentiras sociales que de él se derivan y que es necesario atacar de frente.

Y la mentira social de más funestos resultados

es esta falsa religiosidad de los individuos y de las multitudes que en la práctica de la vida diaria se portan como religiosos sinceros.

Pocos, muy pocos son los individuos que tienen el valor de afirmar franca y altamente sus creencias antirreligiosas. En el pueblo, como en las clases alta y media, no se cree ya en Dios, en su mayoría al menos; pero la hipocresía va á misa, y los sacerdotes son los primeros en bendecir y acoger á los hipócritas. ¿Por qué?

Por la cuenta económica que les tiene á unos y otros. Abajo, en el pueblo, porque el sambenito de antirreligiosidad podría acarrearle la pérdida del trabajo en el taller, en la fábrica, en la mina, etc., y la cobardía, que no es el instinto de conservación, como pudiera suponer alguno, no se resigna al sacrificio material y moral que implica la defensa de una verdad sinceramente sentida y noblemente sustentada á la faz del embuste y del error.

Arriba, en la burguesía alta y media, porque considera la religión como un freno puesto al natural apetito de las miserables multitudes, fatalmente despertado con la constante contemplación del boato y riqueza por dichas clases desplegado, y como la religión, todas las religiones, predicán constantemente la sumisión al estado de desigualdad económica, el respeto á los privilegiados del nacimiento y el acatamiento á los mandatos de los que usufructuando el poder dirigen los destinos humanos por el camino de la perpetuación de todas las servidumbres morales y económicas, de ahí se sigue que tengan que dar el ejemplo de una creencia tanto más lejana de su cerebro cuantos más medios han tenido para convencerse teóricamente de su error de origen, ya que no de su, para ellos, utilidad.

Crean unos en Dios y en la religión porque creen en su gaveta. Crean otros en él y acatan los ritos impuestos por sus ministros porque sin esta falsa creencia corre peligro el pucherete de garbanzos.

Los dioses se van, se han ido, mejor dicho; pero el edificio económico-político que cimentaron continúa subsistente, y á falta de creencias que lo robustezcan basta con la hipocresía religiosa que lo apuntale para que no se desmorone aplastando á los que detentan la riqueza pública.

Pero si es perdonable que el estado de miseria de las masas apechugue con esta hipocresía religiosa, no lo es de ningún modo el timo que pretenden darnos con su religiosidad las clases alta y media. Y menos perdonable es aún la falsa religiosidad de los que llamándose republicanos y demócratas, hijos de una Revolución que á latigazos arrojó á Dios de sus altares, se empeñan un día tras otro en predicar al pueblo lo que no sienten ni creen, pero que puede serles útil para el mañana político que se van preparando, exacta continuación del que nos hacen disfrutar los monárquicos liberales y conservadores.

Y yo digo á unos y á otros, monárquicos y republicanos, incluso á los propagandistas de la libertad de conciencia que quieren secularizar el Estado, como si esto fuese el non plus ultra del anticlericalismo, que mientras no se haga una cruda guerra á los sacerdotes de todas las religiones, imposibilitándoles de vivir como parásitos, á expensas de los creyentes, el clericalismo será el dueño de vidas y haciendas como antaño, y la sociedad estará continuamente expuesta á caer bajo sus patatas.

No basta dejar de ser juguete del error y no contribuir á su sostén; cuando el error ajeno repor-

ta perjuicios de orden económico y moral á todos, hay que atajarle el paso.

Un parásito es parásito siempre y para todos. Si en el árbol de la producción el parasitismo religioso ataca y chupa la savia siquiera de media docena de ramas con consentimiento de éstas, el fruto que es común á todos estará disminuido para todos.

Libre ha de ser el hombre para predicar sinceramente lo que le parezca y libre para aceptar ó rechazar de otras predicaciones lo que juzgue verdadero ó falso; pero de ningún modo ha de dar esta libertad privilegio á los primeros para vivir sin trabajar. ¿Qué objetaríamos á los que siendo víctimas del timo de los perdigones nos salieran con que se conforman con ser timados? Pues esto es lo que significa la secularización del Estado. Un privilegio á unos cuantos granujas para que exploten la candidez de los religiosos y se eximan del trabajo que produce.

Si en una nación hay quinientos mil sacerdotes y éstos viven de lo que les dé la religiosidad de sus adeptos, por muy libres que se pretenda considerarles para obrar así, no por eso el antirreligioso dejará de ser robado grandemente. Son quinientas mil fuerzas improductivas, que, de producir también, reportarían á la nación un mayor capital de riqueza del que producirá la nación menos quinientos mil individuos. Y una colectividad es tanto más rica cuantos menos seres improductivos contenga.

¿A título, pues, de qué pretenden los partidarios de la secularización del Estado, que yo, individuo con derecho á mi parte correspondiente de riqueza máxima posible que pueda producirse, me conforme con una parte correspondiente de riqueza mínima que de aquel modo se produce? ¿Es que se

creo que, aun dentro del antagonismo de intereses de esta actual sociedad de explotados y explotadores, no hay una especie de solidaridad con el mal ó el bien ajeno, con el ajeno bienestar ó miseria, para que los que no profesamos idea religiosa alguna podamos prescindir del todo de los males que al vecino borricote le acarrea la explotación religiosa?

No es el propio error y la propia ignorancia lo que únicamente acarréanos desdichas; es también el error y la ignorancia de los demás lo que nos perjudica, en mayor ó menor grado.

Y si al error é ignorancia de los religiosos se agrega la improductividad de quinientos mil individuos, ayúdenme ustedes á sentir los perjuicios de orden moral y económico que caen de plano sobre la cabeza de la colectividad entera. Para estos resultados, maldito lo que hace falta el ateísmo de nuestros demócratas.

Verdad es también que esto es lo que menos les importa. Lo esencial es dar dioses á la canalla, dioses que la sujeten al carro de todas las esclavitudes, que la embrutezcan en la creencia de la necesidad del amo patronal, del amo militar, del amo político. Y como la religión es base donde se fundan estas dependencias, de ahí que aun los más ateos, pero ateos deseosos de ser algún día dioses de carne y hueso, lancen á los cuatro vientos la necesidad de la religión y entonen alabanzas al freno puesto á las multitudes.

No saben ni quieren desprenderse nunca de la lepra autoritaria que se nos come. Variando de forma, según los tiempos, subsiste la lepra.

Dios, *autoridad* del sacerdote. Monarquía, *autoridad* del monarca y de sus favoritos. República, *autoridad* de sus ministros. Socialismo de Estado,

autoridad de los que lo representen. Capitalismo, *autoridad* del patrono. Autoridad, y siempre autoridad. Metamorfosis secular para ir continuamente encubriendo el escamoteo de la riqueza que debiera ser de todos, y gracias á estas farsas no lo es. Siempre dioses para la canalla. Enseñándole el cielo con la diestra mientras la izquierda maniobra en su bolsillo, aligerándolo...

Los fabricantes de dioses son la peor de las calamidades públicas.

Pero estamos sobre aviso los que no queremos dioses de ningún género y no cejaremos hasta arrancarles esta aureola de divinidad con que se presentan para mejor explotar á los pueblos.

Todos ciegos

Al señor marqués de Mariana

Santa Lucía. Gran parada del humano dolor. En la calle del Obispo se han sumado la superstición religiosa y la miseria para producir el espectáculo de la enfermedad andando. Otro año, si aun es alcalde nuestro alcalde, dese una vueltecita por allí, y á serle posible, hágase acompañar por todos los Juan de Robres de España. Tiene que ver en ello *esto* de la caridad.

Mientras los familiares del descendiente de Pedro bullen é intrigan por las antecámaras del vetusto palacio, abajo, en la calle, expone al frío sus harapos y sus enfermedades la miseria. Dos interminables filas de mendigos, en las aceras, de extremo á extremo de la calle. Hay de todo, pero los ciegos abundan, aquellos pobres ciegos que no logró jamás curar la milagrosa santa. Tullidos de ambas piernas, tumbados como fardos restregados por el barro de los muelles, recién *desembarcados* de sus cuchitriles. Mancos y cojos exhibiendo amoratados muñones, pareciendo que amenazan... y no al cielo. Una mujer con un nauseabundo cáncer en la cara,

enseñando unos dientes amarillos, unos dientes de calavera, pegados á unas encías inverosímiles. Otra vendiendo *zaragozanos* con un esmirriado chiquillo en brazos, cuya cara, llena de pústulas y mucosidades, recuerda los horrores de la sífilis que lo engendró. Un ciego, tumbado en la acera, tiene á su lado un verdadero altar; una imagen de Santa Lucía, iluminada por una candelilla torcida, con dos ajados ramos de flores metidos en dos sucios vasos sin agua, sobre un pañuelo de indefinible color, con unas cuantas perras de las más chicas. Otro, parecido á un exvoto adosado al muro de la Basilica, con un cartelón colgado sobre el pecho, cuenta sus miserias, mudamente, al público. Y viejos y viejas, de todas edades y colores y provincias, tendiendo las manos, implorando lo que no viene, lo que aunque viniera no les curaría, porque la caridad es impotente. Un Lourdes, un verdadero Lourdes en pequeño, demasiado grande para la pobre sensibilidad humana; un Lourdes con su Virgen de palo, su capilla resplandeciente de luces y sedas y exvotos, sus sacerdotes ahitos, riéndose en su fuero interno, semejantes á los augures romanos cuando se encontraban por las calles, de la estupidez del vulgo; con su comercio de cirios y su feria de belenes y su vaho de miseria moral y material.

Y allí un público que se estruja en la angosta calle, por entre aquella interminable fila de dolor y de pringosidad quejumbrosa, un público sin arresos, acostumbrado ya al espectáculo, indiferente casi, sonriendo, como esta señorita que reparte centimitos á los pobres más viejos, zarandeada por los lazarillos que tratan de arrimarla á sus amos, con cien manos pegadas á sus vestidos, mientras su mamá, temerosa, la empuja suavemente por la espalda y trata de meterla en los claustros de la Ca-

tedral para librarla de los apretujones del hambre. Un hombre, un obrero, con su compañera al lado, comenta y hace sus reflexiones. «Los pobres deberían ser mantenidos por sus respectivas regiones; cosa de poner un impuesto á los «capitalistas». El infeliz ignora que éstos endosarian el impuesto á la clase obrera, como si se tratara de unos vulgares consumos; tanto monta pagar directa como indirectamente, siempre es pagar. Un cura, arrebuado en su manto talar, culebrea, con cara hosca, en busca de una puerta donde refugiarse. Unos niños, amaratada la embobada cara, compran un niño Jesús de barro cocido, tan grande como la Virgen madre que tiene al lado y los corderitos montados en patas de alambre...

Se intentará todo lo que se quiera, pero yo desafío á quien sea á que cure esta doble enfermedad, moral y física, con todas las panaceas de la filantropía, sin poner la osada mano en la entraña del problema; esta propiedad privada, tan santa, tan caritativa... y tan corruptora. Eugenio Simón, el publicista autor de la *Cité française*, lo ha dicho: «Nada más infame que este derecho de propiedad; mata al hombre; más que matarlo, lo desmoraliza y degrada. Con él se explican estos ejércitos permanentes, estos presidios, estas cárceles; como la injusticia no puede ser consagrada sino por la arbitrariedad, se crean otras injusticias. Así se explican, en fin, esta miseria del mayor número, el abandono de la debilidad, es decir, de la mujer, del niño y del viejo.»

Vuelvo á repetirlo. La caridad es impotente, ha hecho fiasco después de diez y nueve siglos de reinado. Ni alivia ni cura. Porque la fuente continúa manando, regularmente, eternamente, para vergüenza de esta tan decantada «previsión» humana.

Si; así se explica que tengan que cerrarse los asilos de la golfería de Madrid, adeudando cuatro mil pesetas de pan y no sé cuántas de alquiler, mientras la otra golfería, la alta, no carece de una millonada con que pagar el lujo de la barragenería.

Yo podría citar aquí, para ilustración del señor marqués de Marianao, de qué modo «se fabrica» esta miseria—es cosa que haré algún día,—amon-tonando informes y estudios demostrativos de cómo los salarios insuficientes, los trabajos efectuados en condiciones antihigiénicas—ejemplos, las minas de azufre y mercurio, la fabricación del fósforo, etcétera,—los accidentes del trabajo ocasionados por la incuria ó la avaricia patronal, y mil otros, van formando gradual y lentamente, todos los días, á cada minuto que pasa, este ejército, siempre renovado, jamás extinguido, de la miseria proletaria, al lado de una clase social cada día más rica, que en sus manos privilegiadas concentra cada vez más esta enorme riqueza social por el trabajo de las plebes producida, provocando el fenómeno que cita Enrique George: el aumento de miseria con el aumento del progreso.

Y no hablemos, porque nos llevaría demasiado lejos, de esta miseria moral é intelectual, producto de la material; de esta religiosidad que hace esclavos resignados con su suerte; de esta ceguera intelectual, arriba, abajo, en medio, empeñada en seguir por los viejos carriles del privilegio, de la desigualdad y de la arbitrariedad imperantes.

No; no hablemos de eso ahora. Mi objeto es decir á los filántropos... con el dinero ajeno, cuánto se equivocan en sus esmirriados cálculos caritativos si creen que lacería tanta tiene remedio no restañando la fuente de donde mana. En vano darán

vueltas, como ardillas, por el círculo vicioso de la caridad. La propiedad privada estará aquí, perenne, fabricando pordioseros, fabricando hambre y harapos, guñapos y muecas de dolor, desmintiendo con «los hechos» todos sus planes, fraguados en los *boudoirs* de la sensiblería dorada y danzados en las kermeses regadas con champagne.

Esto, y no otro, es lo que trae aquello. Mientras la burguesía acapara la riqueza social, el proletariado acapara la miseria, transmitiéndose respectivamente, de padres á hijos, esta desigual herencia.

Ciegos arriba, no viéndolo; ciegos abajo, soporándolo.

Y las distancias no se estrechan, antes se ensanchan, ciegamente caminando á una hecatombe, tan fatal, tan inevitable ya, como el mismo juego de los encontrados intereses que la provocan, no previstos por la pretendida *sabiduría* de los que se arrojan la dirección del humano rebaño.

Lo que perdemos

La guerre est déclarée; il faut aller se battre.
 ¡Qu'importe contre qui! L'honneur dit de combattre
 parce que ton voisin, le Russe ou l'Allemand,
 ne doit pas être prêt et que c'est la moment.
 Ceci, c'est le secret de ceux qui te dirigent.
 Ton passé glorieux et ta vaillance obligent.
 Pauvre chair à canon, toi le déshérité,
 tu n'as d'autre recours contre l'autorité
 de celui qu'un hasard a fait naître ton maître,
 que de toujours gémir sans rien laisser paraître
 et rester dans le rang.»

(*Luttes stériles*, Gabriel de la Salle, París, 1892.)

Como al azar lanzada, sin comentarios, así friamente, ha circulado estos días por la prensa una noticia. Cuestión de números, una brutalidad matemáticamente elocuente. La guerra ha costado á España unos tres mil millones de pesetas, y la repatriación de tropas va á costar unos cincuenta millones.

Yo no sé de números, pero tantísimo cero me aturde. El cálculo me revienta, pero tantas millonadas gastadas inútilmente han tenido esta vez la propiedad de sacarme de mis casillas y ponerme furioso contra la humana animalidad que diezma la especie en el exclusivo beneficio de rentistas, propietarios, políticos de oficio, curas y militares de profesión.

Porque, seamos claros. Únicamente esta *élite* del privilegio sale ganando cuando el dios Marte concede la victoria á una nación. Dígase lo que se quiera, en toda lucha hay una cuestión económica, y aun perdiendo, la miseria no asomará sus narices en las moradas del privilegio. Podrá éste no ganar nada de lo que se proponía; pero, por regla general, tampoco pierde nada. El Estado garantiza renta y capital á los que le prestaron dinero. El industrial y el comerciante saldrán del paso encareciendo el valor de los productos al consumidor. El propietario doblará el precio del alquiler de sus fincas. El político continuará firmando la nómina tan tranquilo. El militar cobrará sus pagas más ó menos puntualmente, pero las cobrará. El clero no ha dejado de cobrarlas nunca.

El proletario del campo y de la ciudad, he aquí el último mono para pagar los platos rotos de una derrota nacional. La susodicha *élite* se reserva el derecho de ensanchar la bolsa cuando el pueblo le gane la partida.

Sólo una revolución podría volver la oración por pasiva; pero el coco no asoma, por ahora, y nuestros buenos burgueses se quedarán tan tranquilos, contándonos en público lo que han perdido... de lo que se proponían ganar y gozando en privado, algunos pocos, de lo que aun salen ganando con la derrota.

Aquello que nos cuentan los economistas de lo que en las *débacles* nacionales todas las clases sociales salen perdiendo, es bueno para responderles que es muy cierto; pero á tan largo plazo, que cuando los que tienen algo que perder se arruinen, el proletariado ya se habrá muerto de hambre diez veces. Nunca, por desgracia, pues con el propio sufrimiento sentirían el de los demás, se ha dado

el caso de que presenciemos el espectáculo de capitalistas y propietarios yendo en masa por las calles pidiendo limosna, como les sucede actualmente á los obreros. Es esta una injusticia de la que debemos dar gracias á los defensores sistemáticos é interesados del Estado y de la propiedad, tal como hoy están constituidos.

Pero no ahondemos en el por qué son así ó asá estas injusticias, y volvamos á la noticia. La testarudez de todos los que pueden y quieren nos ha hecho despilfarrar unas millonadas. El amor que nos tiene nuestro prójimo nos ha dado contra una esquina en la guerra y ha puesto en ridículo el «amaos los unos á los otros» que se atribuye al Cristo de protestantes y católicos. Desde hoy, y desde mucho tiempo atrás también, podremos decir que el Nazareno, en su reforma moral del mundo, no vió la impracticabilidad de sus doctrinas esparcidas en un ambiente de intereses contradictorios.

Y ¿no hemos perdido nada más? Cuentan las crónicas que en el campo de batalla ó en los hospitales han quedado tendidos, por todo lo bajo, unos cien mil hombres. Pero esto es lo de menos. Una vida humana ni es una peseta, ni es un buque, ni siquiera es un fusil, un simple machete que cueste dinero. La vida humana sólo cuesta mil quinientas pesetas cuando se trata de evitarle las molestias del cuartel. Fuera de este terreno es una unidad despreciable.

Aquí solemos contar con cifras y no con sentimientos. La patria, es decir, *el gobierno*, dice: «Necesito tantos millones, tantos soldados.» Y no consulta más, porque sabe «que muy pocas guerras habría, si antes de emprenderlas se consultase de buena fe á los que en ella han de perder la vida». Esto no sé quién lo ha dicho, pero es verdad. Una

verdad que deberían tener en cuenta, pero que no la tendrán, estos que ahora se propongan efectuar el desarme de las naciones.

Esta pérdida de cien mil vidas hay que doblarlas, por lo menos. La nación pierde con ellas el trabajo que hubieran podido efectuar en tiempo de paz, mas un decrecimiento de la población. ¡Y nuestra raza se ha pasado los siglos en esta labor destructora de la especie! Hemos sido un pueblo guerrero por excelencia; pero para fomentar la raza, tras cada guerra sólo han quedado gentes decrepitas.

Hurgando, hurgando, acaso consista en esto el decaimiento de todas nuestras energías directoras y de las iniciativas populares. Téngase muy en cuenta que la guerra mata y el trabajo vivifica.

Si á mi no me reventaran los números haría un cálculo de lo que significa la pérdida de estos cien mil hombres y la decrepitud de los que han quedado, dinero perdido aparte. La guerra no solamente mata individuos; extermina también algún que otro Fulton en germen, acaso un Darwin revolucionario en ciencias, tal vez alguna que otra innovación artística... ¡Quién sabe! No todos los grandes hombres han salido de las clases que tienen mil quinientas pesetas para librarse de una degollina. La guerra no ayuda á la selección natural, porque mata lo más sano y vigoroso. La guerra únicamente ayuda al malthusianismo de los satisfechos. Con que éstos se queden solos en el banquete de la vida, es lo que les basta.

Pero no ahondemos tampoco en esto. Se tildarían estas líneas de lirismo trasnochado, y tengo (?) miedo al ridículo. Por encima de todas estas consideraciones, que nos darían materia para varios volúmenes, si otros más expertos no los hubie-

sen ya escrito, flota aún algo más grave. Queda el hecho, brutal, terrible, feroz, de que el deber patrio ahoga el sentimiento de la maternidad.

Que este sentimiento existe; que es una cosa muy natural; que está refido con la guerra, pues es inherente al instinto de conservación de la especie, y que no debiera ahogarse, lo demuestra el hecho mismo de que las clases privilegiadas se reservan el derecho económico de prescindir de la contribución de sangre mediante unas pesetillas. Las madres pobres tienen este derecho escrito; pero como no tienen los cuartos, es lo mismo que si no lo tuvieran. También todos tenemos derecho á la vida, pero no nos dejan. Es siempre la misma injusticia, consecuencia de una desigualdad económica cuyas raíces están en lo que dejo apuntado más arriba.

En Esparta las mujeres mandaban á sus propios hijos á la guerra. Hemos convenido que aquello era una atrofia del sentimiento materno; pero, con ó sin esta atrofia, aquellas mujeres obraban libremente dentro de lo que creían ser justo. Esta libertad de las madres espartanas no la tienen nuestras mujeres de casi todas las naciones europeas. Quieran ó no, es decir, á la fuerza—y en esto se conoce que aun no sabemos lo que la palabra *libertad* significa,—la ley les arrebató sus hijos, sin consultarlas. Llorarán de dolor ó de rabia; pero su sentimiento es pasivo, la voluntad que interviene y obra para aprobar ó negarse no existe para nada. Y ¿qué es un ser sin voluntad propia? Y allí donde existe el servicio militar obligatorio, ¿qué igualdad ante la ley es esta que no permite el uso de la libertad? El derecho escrito ha tenido la propiedad de convertir á la igualdad y á la libertad en dos cosas antagónicas. Verdad es que los fabricantes de leyes

no consultan á la Naturaleza, sino al interés de clase, y éste anda siempre reñido con aquélla.

Yo no he visto nada más monstruoso que esta ley que dice á la mujer: «Venga tu hijo en el momento que pudiera ser tu sostén y apoyo. Yo haré de él lo que quiera, un número, si se me antoja. Lo haré matar, si así cuadra á los intereses de la clase que represento. No tienes derecho sobre él aun cuando la ley no lo haya declarado mayor de edad, y, por consiguiente, la autoridad paternal debiera estar vigente aún. Si te lo devuelvo, te lo devolveré estropeado de cuerpo, con el hábito del trabajo anulado, viciado su espíritu, convertido en un autómeta. No llores, no gimas. Te pondrias en ridículo ante el deber patrio, que reclama los sacrificios de todos... menos de los que tienen mil quinientas pesetas. No protestes, porque soy el más fuerte y te pondré una mordaza. Si tu corazón sangra, si tu mente reconoce que es una injusticia, no te rebeles, no hagas como la bestia cuando le arrebatan sus cachorros, que los defiende con uñas y dientes de la rapacidad del cazador, porque te mandaré á presidio ó te haré fusilar. No tienes ningún derecho, ninguno, ninguno. Ni tu opinión necesito para saber si la guerra es justa ó injusta, si obro bien ó mal aceptándola ó declarándola. Prescindo hasta de tu consentimiento forzoso. Lloro en silencio y déjame en paz.»

¿Dónde está aquí el sentimiento de la maternidad influyendo en los actos de una colectividad, ya que para ejercer esta influencia le concede derecho la Naturaleza? ¿Dónde está el ser humano, dónde la libertad? La mujer queda convertida, de hecho, en algo inferior á la bestia.

Y cuando los sistemas económico-políticos con que nos rigen hacen descender á la mujer á este

grado de inferioridad bestial, no solamente los pueblos pierden en sus luchas hombres y dinero, sino que hasta se les ha hecho perder la vergüenza y el sentido común, que de consuno mandan se respete la dignidad humana y se la ponga por encima de todos los intereses habidos ó por haber.

Leyendas, rutinarios y absurdos

Si la tradición no miente—porque es dama viejísima que ha perdido la memoria y la verdad muchas veces,—hace la friolera de unos cuantos siglos que nació un *hombre*, según Renán; el *Hijo de Dios*, si hemos de atenernos á la grey católica; *nadie*, según los razonables, que todo quieren verlo á través del prisma de los documentos vivos comprobatorios.

Hombre, Dios ó mito, el caso es que de él derivaron enseñanzas, doctrinas y más tarde dogmas. Lo cierto es que se propagaron é impusieron á casi la mitad de habitantes de este planeta y regularon la vida social, de modo directo durante muchos años, y de modo indirecto buena parte de nuestros tiempos.

Sea el cristianismo idea original, nueva, de un hombre, ó sea desenvolvimiento lógico de anteriores ideas, lo evidente es que su influjo ha reportado á la humanidad más daños que beneficios. Reforma puramente moral, el cristianismo llevaba ya en su seno al nacer el dogmatismo católico. El cristianismo es una antinomia.

No niego la buena fe de los primeros cristianos. Admiro el valor de sus mártires. Me descubro ante

la titánica lucha que sostuvieron, solos y desarmados, con los poderosos de su época. Mientras fueron partido de oposición eran superiores á los demás mortales; pero al triunfar oficialmente con Constantino—creo que era Constantino, pero por si la memoria me hiciera el flaco servicio de hacerme andar equivocado, diré que tanto monta él como otro, el hecho es lo esencial,—anularon de golpe y porrazo toda la rebeldía y desviaron el progreso que la idea cristiana hubiera podido hacer andando los tiempos. Las ideas se purifican y progresan mientras se mantienen aisladas del poder; pero una vez son poder envejece en seguida y muere pronto la parte buena que contener pudieran, y en cambio toma alientos y vida su lado malo. Y el cristianismo, como toda obra humana, tenía su lado bueno y su lado malo, lo que podía dar vida y lo que podía dar muerte, lo que hubiera podido ser útil á la totalidad de los seres humanos y lo que sólo beneficiaba á unos cuantos.

El catolicismo, que ha quemado millares de herejes—sin tener en cuenta que el primitivo cristianismo era también una herejía,—que ha despanzurado á medio mundo para hacer respetar é imponer la cruz—la cruz del hombre que se dejó arrebatar la vida para no predicar la matanza,—que ha excomulgado á media humanidad—sin querer acordarse de las catacumbas,—este catolicismo intolerante, inconsecuente, fanático y despótico, ¿qué es lo que enseñó del cristianismo á los hombres? Nada más que lo que podía beneficiar á unos cuantos, únicamente lo que podía perpetuar todas las viejas esclavitudes y á su sombra medrar los directores del rebaño humano, pasados y presentes. El triunfo de los cristianos fué el triunfo de la maldad humana, no del cristianismo ó de su lado bueno...

No triunfó la tolerancia, ni el espíritu [de justicia, ni la bondad, ni la fraternidad, ni la igualdad. Triunfó la mansedumbre, la humildad y la resignación. Tres palancas distintas y un solo embuste verdadero, con el cual ha venido perpetuándose la desigualdad económica, la tiranía de la fuerza material, el desprecio del derecho colectivo y el escarnio de toda justicia.

Este rutinarismo de la masa irreflexiva que se alegra ó llora á plazo fijo porque así la habituaron, este rutinarismo de los que no quieren ahondar en las cosas ó ideas, hoy festeja turronelescamente, imbecilmente, su propia esclavitud y miseria, su baja moral ante el látigo del señor que le zurra el cuero, su ignorancia ante el sofisma de los astutos y malvados que la despellejan, sus cobardías de todo género ante los atrevimientos, de todo género también, de los que todo lo pueden porque adrede todo de antemano lo falsearon.

De la mansedumbre, la resignación y la humildad cristianas hizo el catolicismo tres virtudes... cuando sólo son tres llagas sociales que diezman continuamente la especie. Casi muertó el catolicismo ante los ataques de reformistas y liberales, subsisten, sin embargo, estas tres *virtudes* trasladadas á las leyes civiles.

¡La leyenda de la humildad!... Yo no he visto nada tan bajo, tan cobarde, tan abyecto como esta humillación del misero ante las arrogancias de la soberbia pagana de los que tienen la ridícula pretensión de dirigir el rebaño humano...

¡La leyenda de la mansedumbre!... Yo no he visto nada tan bajo, tan cobarde, tan abyecto como esta mansedumbre del abofeteado pueblo que aun presenta el otro carrillo.

¡La leyenda de la resignación!... Yo no he visto

nada tan embrutecedor, tan estúpido, tan antinatural como esta resignación ovejana del despojado eterno que no reivindica sus derechos todos á la vida material, moral é intelectual...

Virtudes de muerte y de inmoralidad, ellas no elevan el hombre á la categoría de ser pensante; lo rebajan al nivel del bruto; peor aún, pues hay brutos que vagan libres y contentos por las selvas, y el hombre no es libre ni es feliz en estas necrópolis que llaman ciudades.

«Cree en Dios, en la otra vida, en sus goces—predica el religioso;—déjate guiar por mis consejos, y en justo pago de mis servicios, ¡oh pueblo sumiso y obediente! aliméntame y visteme.»

«La autoridad es de origen divino—dice el monarca;—soy su representante en la tierra y debéis prestarme obediencia; en cambio de mis servicios visteme, cálzame y deja que me harte.»

«Respetad la ley—dice el legislador,—porque es la expresión de la justicia, y conformaos con vuestra condición de siervos. Pero yo debo estar exento de ella porque soy superior á vosotros.»

«Sed religiosos, respetad las leyes, trabajad resignados, y el trabajo será el pago de vuestros desvelos. Pero yo cobro la renta.» He aquí el propietario, el capitalista.

Y el magistrado: «Al que no obedezca todo esto, que tiene su origen en tan alta esfera ultraterrenal, le echaré encima el policía, el soldado, para hacerle entrar en razón, cuando no dejaré que se pudra en la cárcel.»

He aquí los resultados de aquellas leyendas. He aquí cómo la soberbia, la avaricia y la holgazanería se apoyan mutuamente basando sus privilegios en la educación de estas tres virtudes de muerte. De muerte para la mayoría de los hombres. He

aquí lo que forzosamente debía matar al cristianismo, resucitar todos los paganismos, todas las idolatrías, todos los dogmas, producir los autos de fe, las barrabasadas de la ley y perpetuar todas las miserias antiguas con un barniz de civilización falsa y roñosa. No podía suceder diferentemente desde el momento en que el cristianismo se atrofió en el poder y dejó de purificarse y perfeccionarse con la constancia en la rebeldía.

Hora sería ya de que acabáramos con esta leyenda; de que la humildad se volviera arrogante, que la mansedumbre tomara la ofensiva, que la resignación se hiciera reivindicadora. Hora sería ya de que el rebelde ángel caído se levantara de nuevo del fango en que lo sumió la humildad y la resignación, y diera un recio puntapié al tradicional pesebre de Judea, morada de la plebe irredimida, del que no salió gran cosa de bueno... mulos y bueyes, símbolos de la servidumbre y nada más. La lógica de Satán nos dará acaso el bienestar y la felicidad que no nos ha dado el cristianismo...

Espejos y espejismos

He de decirlo, ¡caray! porque si no soltaba lo que hace días me bailotea en la punta de la lengua, de fijo reventaba. No ha de detenerme, además, la consideración de que mis particulares puntos de vista y opiniones poquísimo pueden interesar á la generalidad de las gentes. Siempre es útil saber lo que piensa el vecino de al lado, magüer sea éste el último de los barrenderos. Allí donde los *ilustres* hombres públicos marran á menudo, la opinión de un ciudadano que se propone ser libre debe ser escuchada, ya que no atendida por la santa rutina que fia la nacional salvación á los melonares encumbrados por la astucia á los más elevados puestos de la dirección de la cosa pública y *sólo* en ellos cree vinculada la sabiduría, como si ésta fuese exclusiva propiedad de unos pocos. Tampoco debe detenerme el miedo á borrar de la creencia popular sus últimas ilusiones en instituciones no ensayadas en la patria de tantos cides como la han zarandeado. Amargue ó no la verdad, lo cierto es que yo no tengo de ello la culpa, y que tal como la siento y veo debo presentarla. Tonto, architontísimo es callar para no sentar plaza de nota discordante. Recordando á un dramaturgo diré que cuando las verdades son admitidas por todo el mundo se han vuelto

ya viejas y es cuando precisamente urge renovarlas para no caer en el estacionamiento. Y dicho esto á manera de introito, vamos al asunto y llámeme quienquiera arrogante ó atrevido, que á mí me importa un comino.

Haya caído España por una ú otra causa, pues son varios los pareceres, lo cierto es que su caída es un hecho consumado y que la casi totalidad de españoles buscan en otros horizontes más nuevos, más flamantes, ó supuestos tales, la salvación del país. Y está bien. Pero conviene examinar si lo que parece nuevo y salvador eslo realmente y si es lógico adoptarlo. Conviene saber si es espejo ante el cual debemos mirarnos, ó espejismo engañoso.

España ha quedado aplastada por una raza y una institución. La anglosajona y la República federal. De ahí el fenómeno de que muchos aconsejen educarnos á lo inglés y regirnos á lo federal, sin duda por aquello de que «del enemigo el consejo». Me parece aventurado.

Veamos antes lo que hay detrás de estos dos espejos, no sea que tomemos el rábano por las hojas. ¿De qué se trata cuando se habla de la regeneración de España? ¿De reconstruir el bienestar económico de una clase, algo quebrantado por la paliza norteamericana, ó de hacer la felicidad de todos los españoles? Mejor dicho: ¿hay que mirar la cuestión desde un punto de vista particular ó desde el punto de vista general? Si lo primero, aciertan los que del enemigo toman el consejo; si lo segundo, engañan nuevamente al pueblo.

La raza anglosajona, como la raza latina, es un compuesto de riqueza y miseria, ó séase una desigualdad. En ninguna parte he visto millonarios tan colosales y en tanto número como en Inglate-

rra y en los Estados Unidos. Sus respectivas clases poseedoras y directoras son realmente superiores á la nuestra. Pero también no es menos cierto que el proletariado inglés, americano y español sufren idénticas privaciones económicas. La miseria no es patrimonio de una raza, lo es de todas. La miseria es internacional. Monarquía inglesa y República federal son igualmente cómplices de esta injusticia. Es sabido que en ambos países apenas existe la clase media. La excesiva riqueza y la excesiva miseria—lo reconoce todo el mundo—son las únicas soberanas. ¿Es este el objetivo de los que á última hora vienen pregonando, para que España lo imite, la superioridad de la raza anglosajona? Pueden romper el espejo. Los hijos del pueblo principiamos á darnos cuenta de que este objetivo, puramente particular, de clase, sólo nos interesa para combatirlo á muerte. Si las migajas sobrantes de la mesa burguesa anglosajona son un poco—y tan poco—más numerosas que las de la mesa burguesa de la raza latina, quédense con ellas los regeneradores. No vale el esfuerzo que para atraparlas tendría que desplegar el pueblo. Materializo la cuestión y la reduzco á este extremo, porque sin el pan del cuerpo, base primordial, los pueblos no serán nunca nada, moral é intelectualmente. Y al que me diga ó sostenga que para la regeneración de España es esta una cuestión secundaria y que lo primero que urge renovar es la dirección social, maltrecha por el rutinarismo ó la ineptia, le diré que su parecer es de un oportunismo repugnante que choca abiertamente con el espíritu de justicia y fraternidad modernas, que nos llevan como de la mano á pensar antes en el bienestar económico y progreso moral é intelectual de la gran masa, que en el de unos pocos caballeros particulares que

hace ya demasiados siglos que explotan la credulidad de los pueblos.

Mirada la cuestión desde este punto de vista, yo no sé ver la superioridad de la raza anglosajona. Veo solamente la superioridad de una burguesía sobre otra, y nada más. Heme codeado lo suficiente con la miseria inglesa, americana, francesa, italiana ó española para saber á qué atenerme, y no he de ir á buscar en teorías de gabinete comfortable y cómodo lo que los hechos desmienten en todos los países.

No hay razas superiores ni razas inferiores. Potencialmente son todas iguales. Son los regímenes económicos y políticos lo que las hunde y las eleva alternativamente. Y el que actualmente el régimen económico-político norteamericano haya aplastado á la España oficial, no quiere decir de ningún modo que el pueblo deba tomarlo por guía y norte. Que la burguesía lo preconice, santo y bueno; pero el pueblo no tiene ningún interés en ello, si no quiere correr la suerte del pueblo anglosajón, tan brutalmente atropellado y explotado en América como en el Norte de Europa.

Y este resultado que, analizando bien las cosas desde el punto de vista del interés común, se observa detrás del espejo de la pretendida superioridad de una raza que se nos ofrece como ejemplo, se observa asimismo detrás del espejo de la institución política americana. A trueque de que se me echen encima todos los republicanos españoles, he de decirlo, ¡qué diablo! no se me comerán. Además, seriales un poco indigesto, porque otros se encargarian luego de repetir lo que se me ocurre á propósito de las excelencias de esta República modelo con que se nos ha atronado los oídos para poder derribar este liberalismo vergonzante de nues-

tros monárquicos, los cuales también yo tengo atragantados.

La República norteamericana ha dejado de ser modelo desde el momento en que ha caído en la conquista como cualquier vulgar y rapaz monarquía europea. Ha atropellado el derecho—véanse opiniones en *Le Temps*, *Le Soleil*, Mme. Ratazzi, monsieur Taylor y otros,—ha mentido humanitarismo para arramblar con Puerto Rico y Filipinas, y es muy dudoso que reconozca la independencia de los cubanos. Por de pronto, y según opinión del almirante Sampson, tendrá á Cuba en sus garras durante quince meses... y los que convengan, pues no la soltará tan fácilmente como se cree. El apetito viene comiendo. Y del mismo modo que el militarismo está acabando con la República unitaria francesa, acabará con la federal americana. Conquista y colonización suponen ejército poderoso. Ejército poderoso supone clase militar. Clase militar supone entronizamiento de la fuerza material. Y el uso de la fuerza material es por si solo capaz de pervertir las demás instituciones de un país, porque es corrosivo, contagioso y las expone á caer en el más despótico autoritarismo que darse pueda. Y el camino está en su mitad andado, pese á todas las buenas intenciones de esta corriente de opinión antianexionista americana, ahogada por el entusiasmo de la fácil victoria y de la ganancia. Ni este buen sentido de los antianexionistas americanos ha querido tener en cuenta el gobierno norteamericano, el cual ha zapado de lo lindo para reducirlo á la impotencia. ¿No dice esto nada? ¿Acaso no significa que el federalismo á base de autoridad es siempre opresión y tiranía, como dijo un conocido y respetable hombre público español?

Y si el espectáculo que está dando el gobierno

francés, rehacio al clamoreo público en el asunto Dreyfus, es capaz de asquear el estómago de los sinceros republicanos, ¿qué me dicen ustedes de la fórmula de gobierno norteamericana que atropella el derecho, promete apoyo á los que luchan por su independencia y se lo promete por interés y se resarce como cualquier vulgar comerciante, quedándose con países á *cuyos pueblos no ha consultado siquiera?* Si yo fuese federal, confieso que á estas horas me habría desilusionado semejante atentado á la libertad. Régimen político que de modo tal se desacredita, que de tal modo pervierte el sentido común político de su pueblo, está destinado á hundirse un día á los ojos del mismo pueblo que lo sancionó creyendo ó fiando en su teórica pureza. Y no es que yo me asombre de semejantes resultados. De antemano los tengo previstos siempre y cuando me ofrezcan ideales á base de autoritarismo, privilegio y propiedad privada.

¿Y esto es esta superioridad anglosajona, burguesa; es este régimen político, burgués también, lo que ofrecen al pueblo español los redentores? (No quiero hablar de los redentores de sacristía, porque éstos no son progresistas: son cangrejos.) ¿Vamos á continuar la tradición, dejando que hoy unos y mañana otros, de un modo A ó de un modo B, continúen arrebatando á los pueblos la libertad y el bienestar que de derecho natural les corresponde? ¿Es progreso para un pueblo el simple cambio de postura... burguesa? ¿No ha de sustituir nunca el interés común al interés de clase? ¿Hemos de correr eternamente detrás de una mayor cantidad de migajas desprendidas de la mesa del privilegio y nunca para sentarnos *todos* en la mesa, como seres libres é iguales, y disfrutar del festín que Natura ofrece? ¿Qué extraña lógica es esta que nos ofrece

para España, como cosa nueva, regímenes económico-políticos que en otros países el uso desacredita y mata? ¿Qué galimatías es este? Si los *malos* republicanos imposibilitan la República en España; si los *malos* republicanos prostituyen la unitaria República francesa; si los *malos* republicanos pervierten el buen sentido del pueblo de la República federal en América, de idéntico modo que los otros *malos* de la monarquía lo han pervertido todo, ¿vamos á dejar que el mundo sea siempre de ellos? Esta misma maldad de los hombres públicos de todos los regímenes, ¿no ha de enseñarnos que el mal no está en los hombres precisamente, sino en el principio mismo de autoridad puesta al servicio de los intereses de una sola clase? ¿Pero somos pazguatos ó seres razonables? ¿No nos corregiremos nunca?

Bien está la regeneración; pero ya que tiene que hacerse, hagámosla de modo y manera que de hoy en adelante se restablezca el derecho natural y él aporte á *todos* el bienestar económico y la felicidad que de modo tan negativo nos ofrecen los regímenes políticos ensayados en otros países.

No nos hagamos más ilusiones.

Impotencia gubernamental

Si el hábito de ver siempre una misma cosa no nos hiciera familiarizarnos con ella hasta el extremo de considerarla absolutamente necesaria, imprescindible para nuestra vida; si en lugar de ser la estúpida rutina fuera la constante observación lo que determinara nuestros actos, muchas creencias, hoy arraigadísimas, irían á parar, arrojadas por nuestra propia voluntad, al cesto del olvido.

Creencia general es la de que el agente gobierno es factor, é importantísimo, del progreso material, moral é intelectual de los pueblos, y que sin el gobierno el equilibrio de los intereses de las diferentes clases sociales se rompería. Nada más falso.

Cuando un gobierno, sea cual fuere y en donde fuere, se decide á hacer práctica una verdad de orden científico, jurídico, filosófico ó sociológico, es que la inmensa marea de la opinión pública, séase el país, ha subido tanto que está próxima á derrumbarlo, y el instinto de conservación le aconseja transigir. Hable por nos el hecho elocuente de la implantación del Jurado, del servicio militar obligatorio, del sufragio universal, y recientemente en Francia el significativo asunto Dreyfus. El agente gobierno no inicia reformas, no plantea

problemas, no traza nuevos rumbos á la vida social; se limita, y aun muy á regañadientes, á ir á remolque de las aspiraciones de su respectivo pueblo. El gobierno es el *statu quo* en todas partes...

¿Y por qué? ¿Cómo explicar el fenómeno de que el gobierno, compuesto de la *élite* intelectual de la nación, vaya siempre á remolque de las aspiraciones de los gobernados, en lugar de adelantarse á ellas, lugar que parece asignarle su mayor intelectualidad?

En el seno de cada diverso sistema político hay una fuerte minoría cuyas aspiraciones traspasan el grado de cultura general. ¿Por qué el gobierno, *élite* intelectual, brutaliza estas minorías más intelectuales, que, en el mero hecho de serlo, parece debieran ser más afines con dicha *élite* gubernamental? ¿Querrá esto decir que los gobernantes, en todas partes, están muy por debajo de la intelectualidad de estas minorías?

Yo no lo creo, no puedo caer en la vulgaridad de creerlo. Esta contradicción tiene sus causas en otra parte muy distinta que en una diferenciación intelectual. Yo no puedo creer que los actuales gobernantes ingleses, italianos, alemanes, belgas, austriacos, españoles y portugueses posean un cerebro, individual ó colectivamente, rehacio á concebir la justicia y la verdad que encierran las aspiraciones republicanas ó socialistas de la minoría rebelde de sus respectivos países. Yo no puedo creer que el cerebro de los gobernantes franceses, suizos, norteamericanos y argentinos no pueda concebir un mayor grado de democracia, el radicalismo demócrata ó socialista que lucha casi en vano en dichos países. Son gente para cuyos cerebros no hay obstáculos como los que al pueblo ofrece el dogmatismo de la enseñanza oficial, los

carriles de lo que quiere, manda y ordena la autoridad, la rutina y la carencia de medios económicos. Tienen libre acceso á todos los órdenes de conocimientos humanos. No pueden alegar ignorancia los Sagasta, los de Rudini, los Faure, los Gladstone, los Bismarck, los Mitre, los Roca, etcétera, como puede alegarla el vulgo. Son gente familiarizada con los libros, autores muchos de ellos mismos; que han compulsado, estudiado, y aun algunos rechazado, antiguos y propios errores y sustentado verdades de orden jurídico, científico y filosófico que sólo en sus libros han quedado, como muestra del grado de cultura á que llegaron sus autores, aunque no las hayan inscrito en sus programas políticos. Y aun se da el caso de que muchos de los actuales gobernantes hayan sido en su juventud aquello mismo que en política hoy combaten á muerte. Podríamos citarlos uno á uno en cada país. Excepción hecha de Gladstone y algunos pocos más que valientemente hicieron progresar su programa político, la mayoría de ellos volviéronse la casaca ó se estacionaron, no por reacción ó estacionamiento cerebral, sino por otros motivos muy distintos.

¿Dónde hallar, pues, la explicación del hecho real, evidente, de un gobierno, de unos gobernantes, que, sin poder alegar ignorancia, se portan en el ejercicio de su cargo como el más ignorante de sus gobernados? ¿Cómo explicar el hecho de que gentes intelectuales persigan y castiguen como delitos en sus respectivos países las aspiraciones de una minoría fuertemente intelectual que se ha hecho cargo de la necesidad de implantar reformas que responden á una verdad de orden científico, jurídico ó sociológico, generalmente aceptada y á veces practicada en otros países vecinos?

Yo creo que esta conducta reaccionaria del gobierno obedece en todas partes á la impotencia en que se encuentra para vencer los obstáculos de orden económico que le oponen los intereses creados á la sombra de instituciones y sistemas políticos.

Todo sistema político, llámese éste absolutismo del zar ruso ó despótico del sultán turco, monarquía inglesa, italiana, española ó República unitaria francesa, Confederación helvética ó imperialismo alemán, se sostiene gracias al apoyo de las diferentes clases poseedoras de la riqueza nacional y de los funcionarios civiles, militares ó religiosos. Estas clases tienen un interés económico en mantener el *statu quo* político de su nación, ya que el *statu quo* es el acrecentamiento de sus riquezas ó simplemente su mantenimiento. Cualquier reforma político-económica que se intente y que las afecte—y las afecta casi siempre—encontrará una ruda resistencia de su parte, porque ante todo y sobre todo, estas diversas clases privilegiadas y sabias ó ignorantes, anteponen su interés económico á todos los adelantos científicos, jurídicos, filosóficos ó sociológicos que tiendan, en mayor ó menor grado, á menoscabar sus intereses de clase en beneficio de la entera colectividad.

No les hable nadie del interés público, si éste está reñido con sus particulares intereses. No escucharán. Su bolsillo está siempre abierto; pero su mente y corazón constantemente cerrados á todo lamento público, á toda necesidad general. No invoquéis el patriotismo, el deber, el humanitarismo, porque se rebelarán contra el asalto de las aspiraciones populares y amenazarán con derrumbar al gobierno que tenga la debilidad de insinuar siquiera la necesidad de transigir con el clamoreo públi-

co. Y como no hay ninguna de las instituciones nacionales que de antemano no haya sido moldeada en bien de su interés de clase, cualquier ataque las hallará dispuestas á la intransigencia más feroz, porque de su intransigencia depende la vida ó muerte de su bolsillo.

¿Y qué hará el gobierno? Ceder, ceder siempre ante este interés, porque también es el suyo. Con-temporizar, demorar, dar largas al asunto, prometer y no cumplir, hasta que la crisis entre los intereses creados y las aspiraciones populares llega á su período más agudo, y entonces ¡ah! entonces ya se encargará á la bayoneta que meta en cintura, si puede, las eternas quejas y aspiraciones populares.

Vendrá ó no vendrá el diluvio, el acabóse; pero el gobierno ha cumplido la misión á que lo tienen destinado los intereses creados. Los ha defendido hasta el último momento y defendido también los suyos. Guardián celoso de ellos, se hundirá ó triunfará con ellos también. He aquí lo que la santa rutina nos presenta como factor de progreso. La *élite* intelectual de un país, el gobierno, para ser libre de medrar en tiempos normales, tiene que ser el esclavo de los intereses creados en tiempos de reforma. He aquí como las verdades de orden científico, jurídico ó sociológico, reconocidas en otros países é *in mente* por los gobernantes de uno determinado, quedan por largo tiempo arrinconadas, hasta que una sacudida popular, á veces sangrienta, las saca del rincón del olvido en el cual metiólas el interés particular ó de clase, el egoísmo y la cobardía de unos cuantos caballeros particulares. ¡Magnífico edificio social! ¡Gran maquinaria esta! ¡Alabemos el nulo poder gubernamental cuando se trata del bien público; poder que sólo se afirma

cuando las bayonetas relucen al sol de los atropellos!

Y del mismo modo que los intereses creados no dejan nunca que el gobierno sea factor del progreso, del mismo modo los intereses de clase atan las manos á los gobiernos y éstos no establecen su equilibrio cuando se rompa. Tenemos de esto un buen ejemplo en la actualidad.

Urgen economías en el presupuesto de gastos para normalizar la vida del trabajo. El exceso de tributos lo dificulta no poco. La miseria se extiende y lo amenaza todo. El agricultor, el industrial, el comerciante, ponen el grito en el cielo gubernamental. La clase media se inquieta por su futura suerte. Hasta el presente sólo había pagado los platos rotos el último mono, el pueblo; pero parece que detrás de él hay mucha gente que está próxima á ser último mono, y su bolsillo no quiere más saqueos. Como aun no es populacho, puede y ejerce presión sobre el gobierno y pídele esto, lo otro y lo de más allá para que el presupuesto de gastos se reduzca. La prensa se encarga de ser su portavoz.

Tanteos gubernamentales. ¿Por dónde empezar? El clero amenaza con la guerra civil. El elemento militar no sé con qué amenaza, pero exige un aumento en el presupuesto para que no queden cesantes 8.000 jefes y oficiales, tanto de mar como de tierra. Las clases pasivas están dispuestas á dejar de ser *pasivas* si les tocan el bolsillo. Y así hasta el infinito, todo aquel que ocupa un puesto de funcionario amenaza con abandonar al gobierno que tenga la osadía de limpiarles un poco siquiera el comedero... El gobierno se *rasca la barba* y deja que corra el tiempo. ¿Por ignorancia ó impotencia? Por impotencia. Demasiado sabe que su vida depende de este triple apoyo del elemento civil, mili-

tar y religioso. Que se las apañen como puedan, estrujando un poco más al pueblo, la agricultura, el comercio y la industria. La cuestión es ir tirando del carro gubernamental, hasta que el pueblo, este pueblo imbecil que ha dado su sangre sin pedir nada en cambio, se canse del falso patriotismo de tírios y troyanos y haga una de pópulo bárbaro.

Que es lo único salvador que se vislumbra en lontananza, tanto para restablecer el equilibrio de los intereses de clase como para dar un empujón más al carro del progreso, que ningún gobierno sabe ni puede hacer caminar.

¿Y la libertad?

En nombre de la «sociedad» se *imponen* á los individuos, desde el nacer, determinadas nacionalidad, leyes, prácticas y costumbres... Y yo pregunto: ¿En virtud de qué? A lo cual responden los pontifices de la ciencia económica: «Porque los derechos de la «sociedad» son primero y superiores á los del individuo, y éste tiene que estar forzosamente subordinado á aquélla, porque es un ser sociable...» El argumento, á primera vista, parece que no tiene vuelta de hoja; pero, á mi juicio, la tiene, y es conveniente echar por los suelos respuesta tan doctoralmente emitida, y que tiene mucho de metafísica.

¿Quién fué primero, el individuo ó la sociedad? Creo ocioso responder. Si la sociedad es, pues, la resultante de una asociación de los individuos, mis derechos todos sobre ella son innegables y no le debo sumisión ni respeto. ¿Por qué, pues, la sociedad me exige esto, lo otro ó lo de más allá, desde el nacer, y sin esperar á consultarme á que tenga uso de razón? Hay aquí ó un cambio de papeles ó una farsa para arrebatarme mis derechos. Veámoslo:

¿Qué es la sociedad? ¿Es un Dios? ¿Es un monarca absoluto? La crítica los echó por los suelos; pero

la astucia humana ha inventado algo mejor para poder continuar la sacrosanta tradición de explotar al prójimo, y este algo es la «sociedad». Comparanla los economistas políticos á un organismo, ser con vida propia, obrando y desarrollándose bajo el impulso interior de su voluntad... Y puestos á comparar, á sacar analogías, estos fisiologistas de nuevo género creen ver en tal institución un aparato locomotor, en otra el circulatorio, etc., hasta el punto de que, á creerlos, el individuo únicamente sería la célula de este nuevo animal inclasificado, y una vez puestos en el disparadero, ¡claro! el organismo lo es todo y nada la célula; los derechos de la sociedad son, por consiguiente, superiores y primero que los del individuo.

La idea de sociedad y su consiguiente explicación arrancan, como se ve, de lejos: Dios, monarca, sociedad... y esclavos, siempre esclavos, nada más que esclavos. Error de los errores. Es una verdad en fisiología que el organismo no ha precedido á la célula; ésta es anterior al organismo que ha contribuido á formar. El organismo es una resultante y no un creador. Y los que explican la «sociedad» como un organismo, con cerebro—gobierno—y miembros que obedecen—individuos,—mixtifican la ciencia y engañan á las multitudes del mismo modo que los otros cerebros de la antigüedad, sacerdotes y monarcas, las engañaban con la cuenta y razón que todos sabemos.

El hecho de que el individuo sea sociable no dice absolutamente nada en apoyo de la pretendida superioridad de la sociedad sobre el individuo. Las células se asocian también para formar el organismo, y no dejan por esto de ser libres. Ciertamente que el ser humano puede alterar y restablecer el trabajo molecular que en él se desarrolla, pero no es menos

cierto también que de modo alguno puede modificarlo en su organización. Pero una cosa son las células que reemplazan á otras desaparecidas, como sucede en el organismo animal, para que no se interrumpa la evolución, y otra muy distinta es la tiranía que la célula-gobierno ejerce sobre las células-individuo, so pretexto de regular su buena marcha. Una célula que reemplaza á otra no significa poder de unas sobre otras, ni subordinación forzosa del individuo á la sociedad.

La célula humana se ha asociado para facilitar la buena marcha de la evolución del reino animal.

La actual «sociedad», supuesto cerebro-motor, ¿facilita la de los individuos? Dejemos la teoría y veamos los hechos.

El azar me hace nacer en España y la ley me hace español. ¿Dónde está mi libertad?

Bautizarme los que me dieron el ser, y hêteme cristiano. ¿Dónde está mi libertad?

Mándanme más tarde á la escuela, y la enseñanza, oficialmente regulada de antemano, me hace aprender esto, lo otro ó lo de más allá. Moldea, en suma, mi cerebro, y me convierte en un patriota, en un católico, en un ciudadano. ¿Dónde está mi libertad?

Al nacer encuentro un cúmulo de leyes que no contribuí á formar, pero que, llegado á los veinte años, me conducirán al cuartel ó al campo de batalla. ¿Dónde está mi libertad?

Mi razón se da cuenta del peligro individual; ¿habla en mí el instinto de conservación y protesto con todas mis fuerzas? La cárcel, cuando no el pelotón de ejecución, me enseñarán á obedecer. ¿Dónde está mi libertad?

Me siento con suficientes aptitudes para estudiar esto, aquello ó lo otro y ser un sabio; pero

como ni mis padres ni yo tenemos medios económicos y el estómago no tiene espera, he de malograr todas mis aptitudes y resignarme á un oficio manual. ¿Dónde está mi libertad?

Me siento débil físicamente. El trabajo manual me mata por excesivo; pero como el susodicho estómago no tiene espera, la tisis del taller ó el *grisou* de la mina acabarán, dándome yo cuenta de ello, con echarme á la fosa antes de los treinta años. ¿Dónde está mi libertad?

Siento en mí que la primavera de la vida sube lozana y pura. Hallo un individuo del otro sexo, simpatizamos y nos amamos; pero el nido no hay modo de hacerlo, porque apenas si entre los dos ganamos para la vida de uno. Demora más ó menos larga, pero demora al fin, que puede ser peligrosa para el organismo. ¿Dónde está mi libertad?

Si soy hombre y el organismo no tiene espera, hallo el lupanar á mi disposición, y entonces ¡abur pureza! Si mujer, sacrificaré exigencias fisiológicas y me consumiré en la castidad. ¿Dónde está mi libertad?

Logramos vencer los obstáculos de orden económico; pero entonces la religión, la ley, la costumbre, la preocupación del ¿qué diran? nos salen al paso y nos imponen la vicaría ó el juez. Parece que sin esta sanción el amor no es amor. ¿Dónde está mi libertad?

Riome de esta sanción, la burlo y cásome por «detrás de la Iglesia», como suele decirse. Pero entonces se me cierran las puertas de la sociedad decente, culta y quisquillosa. ¿Dónde está mi libertad?

El Estado me impone tributos. Hálos ya excesivos ó demasiado numerosos, y no pago. Embargo al canto. ¿Dónde está mi libertad?

Alcanzo la edad en que se tiene uso de razón. Doime cuenta de todas estas, para mí, imposiciones; ¿qué haré? Si soy partidario de la legalidad votaré á Fulano, que promete corregir las deficiencias de la organización social una vez llegado al poder, y Fulano me dejará con un palmo de narices ó me hará esperar tanto que muera yo de viejo. Esto amén de que el gobierno no escamotee antes el voto. Si no creo en legalismos recurriré á la revolución; pero como no puedo hacerla yo solo, he de hacer antes propaganda, y el gobierno la considerará peligrosa y me procesará, me encarcelará ó me fusilará. ¿Dónde está mi libertad?

Si cobardote, me resigno, la ley de la mayoría prevalece sobre mi opinión. ¿Dónde está mi libertad?

Acabo por odiar mi país, cambio de lugar y de nacionalidad, y me topo en otras partes con las mismas ó idénticas leyes, usos, tributos, farsas, miserias, impurezas, barrabasadas, religiones, costumbres que en mi patria... y como no soy un salvaje, como, según dicen, soy un ser sociable, he de acabar á la fuerza por serlo en otra parte de idéntico modo que en mi nación. ¿Dónde está mi libertad?

Y si, cansado de tanta coacción y embuste tanto, quiero pegarme un tiro ó colgarme de un árbol y por no tener pulso ó habilidad suficiente no logro quitarme del todo una existencia que se me hace pesada, la ley, ¡oh sabia previsión de la «sociedad-organismo»! me castiga después de estropearme malamente el físico. Ni suicidarme puedo. ¿Dónde está mi libertad?

He aquí lo que habéis hecho de la célula humana en vuestra «sociedad-organismo» con cerebro propio, ¡oh ilustres inventores de esta *sociedad*

que lo es todo! Decidme si cabe anulación más completa del individuo. Decidme si cabe protección menos eficaz. Decidme dónde tiene el individuo garantizados todos sus derechos á cambio de exigirle todos los sacrificios. Decidme, sobre todo, dónde está, qué habéis hecho de su libertad de acción. Decidmelo, pero pronto, porque yo me considero robado, grandemente despojado de todo, y si un minuto tardáis en contestarme os diré que el ladrón es vuestra «sociedad», esta sociedad basada sobre una mixtificada ciencia, en cuyo nombre perpetuáis la tiranía del Dios y del monarca de las pasadas edades.

Vuestra sociedad-organismo está basada en un error. No es la asociación de células humanas. Es la esclavitud material, moral é intelectual de la gran masa (individuo) en beneficio de los menos (sociedad-clases privilegiadas).

«Es—como recientemente ha dicho Henry Leyret en *L'Aurore*, de París—el triunfo de la hipocresía, de la violencia, de la mentira, del crimen... La sociedad nos lo roba todo, nos lo debe todo: nosotros no le debemos nada. El pacto social es un embuste. Nos lo imponen, por la fuerza, desde el nacer hasta el último suspiro. Los individuos ni siquiera lo suscriben. Lo aceptamos por ignorancia. Lo soportamos por cobardía. Debe desaparecer... La fuerza es la negación de la inteligencia. La idea debe ser la única regla del hombre libre. Es necesario defenderla.»

La salud pública

No hay verdadera Constitución en el país donde las leyes pueden ser infringidas so pretexto de salvación pública.

MALESHERBES.

Desde que cayó el poder absoluto de los reyes, han tenido y tienen los gobiernos de todos los países y en todas las épocas, una socorrida muletilla para salvaguardar sus actos y librarse de responsabilidades: *la salud pública*. ¡La salud pública! Entendámonos. ¿Qué se entiende por salud pública? ¿La de todos ó de una parte? ¿La de la mayoría ó de una minoría? Porque tal como van las cosas, de tal modo se desarrollan los sucesos y tan anormales son sus resultados, que antójase que esto de la salud pública lo interpretan los gobiernos en aquel sentido de *el Estado soy yo*. Y aun podríamos añadir que quien dice gobiernos, dice clases privilegiadas.

De hecho, la desigualdad económica que en todos los países divide á los hombres en pobres y ricos, demuestra ya por sí sólo que la salud pública es una alcahuetería tras la cual se escuda el interés de clase de una minoría.

Y de hecho también, la profunda ignorancia en

que están sumidos los trabajadores corrobora lo anterior.

En esta salud pública tócale por patrimonio á la gran masa todas las miserias y todas las ignorancias, todos los sufrimientos y fatigas de que cómodamente se eximen, escudados tras un derecho legítimo, los contados millares de zánganos de la gran colmena social.

No discutamos con los gobiernos lo injusto de este derecho que tanta desigualdad económica reporta á la gran masa. Los gobiernos no son, al fin y al cabo, otra cosa que los encargados de hacer respetar este derecho, este privilegio que se abrogan las clases poseedoras. El proletariado de todos los países ya lo discutirá en su día con los directamente interesados en detentar la riqueza social, que debiera ser patrimonio de todos.

Mi objeto, al escribir estas líneas, es demostrar principalmente que, en el terreno político, la socorrida muletilla de todos los gobiernos no es ni más ni menos que la careta que encubre todas las tentativas de despotismo y tiranía, exactamente como si aun estuviéramos bajo el poder absoluto de los reyes.

Claro que este despotismo y tiranía tiene por objeto el mantenimiento de aquel privilegio, pues los gobiernos no son nunca déspotas tan sólo por el placer de serlo. Sonlo con su cuenta y razón. Hay dos modos de estrujar á los pueblos. Por la fuerza ó por la farsa. Se adopta uno ú otro sistema, según conviene en un momento dado.

Los reyes absolutos tenían el mérito de la franqueza. Los pueblos creían, en su ignorancia, que al monarca tenía que respetársele, bueno ó malo que fuera, y al monarca le bastaba la fuerza para tenerlos sujetos en caso de rebeldía.

Pero el modo de pensar de las colectividades aquellas ha ido cambiando á medida que se han ido conociendo los derechos del hombre, y los gobiernos han tenido que apechugar con las leyes democráticas y presentarse como los más decididos campeones del interés de las colectividades democratizadas si han querido continuar esta secular tradición, consistente en el despojo de los más efectuado por los menos. De la fuerza pasóse á la farsa.

Todas las leyes vigentes de todos los países han sido fabricadas por los directamente interesados en detentar la riqueza social. El pueblo no hace las leyes; las aplaude si le parecen buenas, se resigna á la fuerza con ellas si le parecen malas. Y los que las han fabricado—y al fabricarlas se acordaron tanto del pueblo como yo del planeta Venus—las han hecho susceptibles de ser interpretadas á uso y beneficio del que está de turno en el mando. De aquí arranca el hecho de que cada artículo de una ley tenga tantas interpretaciones como abogados haya dispuestos á defender el pro y el contra, según convenga. De aquí arranca el hecho de que, mientras el país las interpreta en un sentido, el gobierno las interpreta al contrario. Cuestión de intereses opuestos. Y cuando la ley es bien terminante, que no deja lugar para la duda, y no favorece los intereses gubernamentales, siempre le queda al gobierno el derecho de saltar por encima de toda la Constitución. El sistema de la fuerza resucita. Verdad es que, actualmente, no tiene necesidad ninguna de dar este salto. En toda Constitución hay siempre un artículo, cuando no varios, que facultan al gobierno, so pretexto de salvación pública, para hacer lo que se le antoje sin que parezca anulada la Constitución. He aquí á lo que puede darse el nombre de farsa; á este último recurso gubernamental para

volvernos al despotismo antiguo siempre que con venga á sus intereses ó á los de la clase que representa.

¿Pero cómo conocer, entre este cúmulo de leyes que parecen democráticas y que en el fondo facultan el capricho gubernamental, cómo conocer, repito, lo que es despótico ó lo que es democrático?

«Hay tentativa de despotismo siempre que se quiere prohibir á los hombres el uso de la razón», ha dicho Mme. de Stael. He aquí la piedra de toque. Cuando un gobierno recurra á este medio, téngase por seguro que no defiende la salud pública, sino la suya. La democracia habrá desaparecido para ceder el lugar al despotismo. La libertad desaparece y el tirano resucita. Verdad es también que la democracia no es aún toda la libertad de los pueblos. Es el poder de los reyes, más ó menos absoluto, hecho extensivo á unos cuantos individuos que se lo reparten y turnan en él. Es el otro sistema.

Las leyes de excepción no son otra cosa que un despotismo legal. Montesquieu ha escrito que «hay tiranía de opinión cuando los que gobiernan establecen cosas que chocan con el modo de pensar de una nación». Y á Montesquieu me atengo para ir conociendo á los déspotas disfrazados de liberales. Es otra piedra de toque.

Y cuando un país pasa por este período de tiranía, tened por seguro que «los oprimidos reclamarán siempre la libertad de imprenta y los opresores la censura». (Georgel.) «Los déspotas—ha dicho Salgues—no son aficionados á la discusión.» Me fortifico detrás de estas citas, no para pasar plaza de erudito, sino para que se vea con sus autores que la comedia gubernamental es de suyo vieja y nueva la farsa de la libertad política.

Basta y sobra con estas citas para conocer á los

déspotas. La salud pública, tras la cual se escudan, no puede abonarles estos actos que chocan con el espíritu democrático del siglo. Ellos serán hijos de un interés de partido, de un interés de clase; pero no responden á un interés público desde el momento en que las ideas democráticas establecieron de modo fundamental este derecho de la colectividad á pensar en alta voz lo que se siente y á criticar libremente la obra de los llamados representantes del pueblo.

Con actos de despotismo y tiranía por el estilo demuestran de modo evidente que la muletilla de la salvación pública es simplemente una careta, un sofisma para engañar y sojuzgar á los pueblos, un trampolín cómodo, demasiado cómodo, para escurrir el bulto á la indignación popular, eternamente calmada con grandes frases de efecto.

Pero como la historia se renueva, yo me permitiré recordar á los déspotas de nuevo cuño la lección que les da un hombre de gobierno, sin perjuicio de que dicho hombre fuera más tarde uno de los autores de las *leyes de Septiembre* que en 1835 oprimieron en Francia la libertad de escribir. Es Thiers quien habla: «Conviene dejar que se diga todo: la libertad de imprenta puede ser *ilimitada* sin riesgo alguno; sólo la verdad es temible: ningún gobierno cae sino á impulsos de la sola verdad, y sobre todo, de la verdad comprimida.»

Se conoce que el uso del poder convierte en reaccionario al más furibundo demagogo. En España tenemos un ejemplar en la persona de algún político, de los llamados eminentes, que en sus mocedades fué condenado á muerte. El pueblo que quiera ser realmente libre tendrá que prescindir de ellos.

Y no hablo por España solamente. En las nacio-

nes democráticas de aquende y allende los mares hemos presenciado leyes excepcionales que han restringido la libertad de escribir y de reunión siempre y cuando ha convenido á los gobiernos. Y en esto veo y palpo el despotismo antiguo, el peligro que en su mismo seno lleva la vida de la democracia y el resucitar de la verdadera libertad, aquella que tendrá que fundarse en la igualdad económica, pues mientras el hombre no tenga asegurado el derecho á la vida no gozará nunca de libertad, será siempre el esclavo de aquellos que hayan acaparado la riqueza y con ella influyan de modo directo sobre los actos de los gobernantes, manejándolos en vista de sus particulares intereses.

Inmoralidad

Todo el secreto de la política está en mentir con oportunidad.

MME. DE POMPADOUR.

Si la Pompadour viviera, ¿qué diría de nuestros hombres de gobierno? Indudablemente diría que son los políticos por excelencia, los *non plus ultra* de los políticos. Porque ¡cuidado que hemos tragado mentiras los españoles desde los comienzos de la insurrección cubana! Las ha habido de todos calibres y para todos los gustos. Para los crédulos y para los incrédulos; para los optimistas y para los pesimistas. Lo blanco se ha vuelto negro y lo negro blanco en el espacio de dos telegramas oficiales. Lo mismo han servido para excitar los ánimos que para calmarlos; para hacernos reír como para hacernos llorar. Con ellas hemos abierto el pecho á la esperanza ó dado en él cabida á la desesperación.

Hemos tomado el chocolate con bizcochos de la fábrica Patñaña, comido trapacería por postres, nos hemos dormido por la noche con una rueda de molino entre dientes y soñado con los infundios que el gobierno ha tenido á bien sugestionarnos.

Esta conducta gubernamental será todo lo política que se quiera, la razón de Estado podrá obligar á los gobernantes á que nos traten como chiquillos;

pero todo esto no quita para que podamos decir que se nos ha engañado como á chinos.

Ahora bien: ¿la mentira es un acto moral ó inmoral? El decálogo la prohíbe. La ley pena al particular que de ella se sirve para declarar en falso, ó la castiga cuando causa daño al prójimo. En el trato particular llamamos informal al embustero. De todo ello se sigue que la mentira es un acto inmoral, digno de desdén cuando se ejecuta por hábito, de desprecio cuando es por interés.

Un Juan particular cualquiera suele mentir por interés ó por hábito. El gobierno mentirá siempre por interés, llámese de partido ó público.

Que haya un interés de partido en mentir se concibe. Pero que haya un interés público en ser engañado es inadmisibile. En ambos casos, un gobierno que incurra en semejante falta de sinceridad, está en desacuerdo con el decálogo de su religión oficial, con la ley y con las costumbres que la anatematizan.

La mentira es siempre una mentira. No puede haber una buena y una mala. Si la verdad es equivalente de bondad, la mentira ha de serlo de maldad. No hay escape.

Marmontel ha dicho: «En el trato de la vida la verdad es como una moneda que á nadie le es permitido alterar. La Naturaleza ha querido que la palabra sea la imagen del pensamiento, y en el orden social se une con ella la idea de la sinceridad. El que imprime el simbolo de la verdad á la mentira es, pues, un falsificador que abusa de la fe pública, y bajo este concepto general el embustero es un hombre infame.»

Convencionalizémonos un tanto; atenuemos la crudeza del calificativo hasta dejarlo reducido al de simple inmoralidad; pero siempre tendremos que

ir á parar á la siguiente conclusión: la de que la política es la fomentadora de la inmoralidad, puesto que mintiendo nos enseña á mentir, engañando nos enseña á engañar.

¿No se presta esto á amargas reflexiones? Hágalas quienquiera y caiga en el indiferentismo todo aquel que aun conservare un resto de confianza en el agente *gobierno*. Ya se cuidará el látigo de la miseria de quitarle de encima esta indiferencia sin necesidad de Silvelas que reclamen energías que ellos adormecieron con tanto embuste político. Lo que tenga que ser, será.

Los hechos dan la razón á Montesquieu: «la corrupción rara vez empieza por el pueblo». Y ¿cómo podría empezar por el pueblo si éste no es maestro de sí mismo y aun está habituado á creer en supuestas y sugestivas virtudes de los que lo dirigen?

Y mientras éstos sean unos trápalas—y lo serán siempre si hemos de dar crédito á lo que Max Nordau dice de la política—no busquemos los ejemplos de alta moralidad en los de arriba, pues ni la razón de Estado lo consiente, ni los intereses de partido lo permitirían.

Por algo diría Napoleón que «la libertad política bien analizada es una fábula de convención, discutida por los hombres que gobiernan, para adormecer á los gobernados», y este algo no puede ser el interés público. Está en la esencia misma de la política el engaño, lo está en los hechos; ¿cómo puede, pues, dar buenos frutos? ¿cómo podrá elevar la cultura moral de un pueblo lo que sólo sirve para esclavizarlo?

Todo el secreto de esta apatía popular está encerrado en esta eterna mentira política, en este continuo ser engañado, y todo el secreto de esta mentira y engaño tiene por objetivo secular sancio-

nar que unos cuantos vivan parasitariamente mientras la masa general trabaja para ellos. Desafío al que romper quiera este círculo de hierro.

¿Podrá ser, pues, factor de progreso humano lo que tiende á corromper las costumbres, lo que enseña á corromperlas? No; políticos y gobernantes no serán nunca este factor. Estacionarlo, detenerlo, cuando no obstaculizarlo abiertamente, vemos lo han hecho siempre; pero nunca han señalado el camino. Una ley relativamente saludable nunca la aprobó gobierno alguno que no estuviera ya desde larga fecha en la conciencia de todo el pueblo. Y es que el interés gubernamental está siempre reñido con el interés público. He aquí el por qué de tanto mentir y de embuste tanto.

Y si la política es la inmoralidad, si el gobierno no es el progreso, ¿dónde hallarlo?

«El que hace crecer dos espigas ó cañas de trigo donde antes sólo había una, es más útil á la humanidad—ha dicho Sterne—que todos los diplomáticos del mundo reunidos.»

Sterne tiene razón. El trabajo es el único que puede y debe hacer felices á los pueblos. Pero no el trabajo supeditado al capital monopolizado, diezmando al productor á beneficio de unos pocos, sino el trabajo libre, aquel trabajo que proporcione al trabajador la integral satisfacción de todas sus necesidades, sabiamente dirigido y administrado por los mismos productores y no por los parásitos que, además de comer holgando, viven mintiéndonos felicidades y acaban por sumirnos en la indiferencia de la cosa pública, que es la mayor de las inmoralidades, puesto que contribuye á formar esclavos allí donde sólo debiera haber hombres.

No hay peor sordo...

Vuestra ideal *sociedad libre*—nos argumenta la gente de orden—sería la confusión más espantosa que pudiera darse. Sin un poder que regulara las relaciones humanas, presidiera la organización del trabajo y distribución de sus productos, sin nada ni nadie que diera reglas é hiciera respetar todos los derechos, las pasiones humanas se desbordarían y el caos social sería su lógica consecuencia. Sin un poder que previniera y reprimiera los actos punibles, el hombre mataría á su semejante, no habría vida sociable posible.

Y después de haber argumentado en tono campanudo y grave del modo que dejo expuesto, creen haberlo dicho todo, rebatido todo... y no han dicho nada. Al argumentar de tal modo, desde el liberal hasta el republicano más avanzado no se fijan en que lo único que hacen es desconocer la influencia bienhechora de esta libertad de la cual se proclaman los más celosos defensores, y que ponen un límite á su progreso. Se llaman evolucionistas y truncan la evolución; hombres de progreso y defienden el *statu quo*; creen ser lógicos y se espantan en mitad del camino de sus deducciones. Puede en ellos más el atavismo, el hábito adquirido, que

todas las lecciones de la ciencia, de la filosofía, y lo que es peor aún, de los hechos, más elocuentes que todas las palabras. Me hace el efecto de un individuo que avanzara por un camino volviendo la espalda al punto donde quiere dirigirse.

Precisamente los males que ellos creen serían el resultado de una *sociedad libre*, no son sino los males engendrados por el autoritarismo que preside y regula la organización social presente. Qué males son estos, todos los vemos y á diario. La ley no previene el delito. Cuando por rara casualidad lo castiga, el escarmiento no evita que se reproduzca al día siguiente. No hay equidad en el reparto de los bienes naturales. Hay individuos que, después de haber trabajado y producido toda su vida, la acaban muriéndose de hambre y de frío al lado de los repletos almacenes. Millares de obreros hay que no desean otra cosa que trabajar, y el sistema de producción capitalista los arroja al arroyo, condenándolos á huelga forzosa. La maquinaria *ahorra* el esfuerzo muscular creando el pauperismo. La institución matrimonial necesita, como válvula de seguridad moral y garantía de su funcionamiento, que se prostituyan millares y millares de mujeres. Dicen que sin esto correría peligro el honor de casadas y doncellas, lo cual dice muy poco en favor de las pasiones del macho y de la influencia de las lecciones de nuestros moralistas de sacristía. Medra el ocio y es patente eficaz para escalar los altos puestos. La usura se enriquece. La explotación del hombre crea un fortunón á los hábiles. Es oficio el charlatanismo. Mendigando religiosamente hay quienes se construyen suntuosas moradas. La iniciativa individual queda ahogada por el rutinarismo. El arte se ha hecho lacayo de la riqueza. El miedo al palo ó á la miseria crea la mojigatería

religiosa, el convencionalismo en política y en las costumbres. La moral tiene dos caras, una pública y privada la otra. La libertad de acción tiene que consultar al estómago. De la del pensamiento no hay que decir. La fraternidad nos la dan en plomo en los campos de batalla. La justicia es... todo lo enumerado. ¿Se quiere más? ¿Otra prueba demostrativa de que el poder regulador de la organización social presente ni es ni respeta el derecho, antes al contrario, prepara el camino á la barbarie más brutal que darse pueda? Vamos á buscar esta prueba en los mismísimos labios de la gente de orden, en los labios de los que tienen por misión enseñar al público ignorante el respeto al principio de autoridad, en los propios labios de los que argumentan como deajo expuesto al principio, lo cual no quita para que tropiecen á cada paso con su mismísima lógica y acaben en la más cándida de las confesiones, que relevan de toda prueba á sus contrarios:

«París 13.—*Le Temps* publica un importante artículo acerca del tratado de paz impuesto á España por los Estados Unidos, y en el cual se dice que los tratados de paz concertados de cincuenta años á esta parte en Europa *no han sido otra cosa que contratos leoninos* en daño del vencido por la superioridad temporal de las armas. Todos estos tratados, según *Le Temps*, no son otra cosa que *gérmenes de revanchas y venganzas*, causa del mal-estar universal.

»La aparición de la República norteamericana —dice *Le Temps*— en la política internacional, acrecentará los gérmenes de discordia y abrirá seguramente una nueva era de odios y venganzas.»—(*El Diluvio*.)

De lo observado por *Le Temps*, reforzado por la

escritora Mme. Rattazzi en la *Nouvelle Revue Internationale*, y corroborado por infinidad de observaciones hechas y escritas por escritores de todo género (partidarios del principio de autoridad) en momentos de lucidez ó de sinceridad, de despecho ó inspirados por un sentimiento de justicia, no del todo atrofiado por una falsa educación oficial y que aquí podría citar, si no fuera tarea para volúmenes enteros, se desprende que la autoridad, vinculada en el gobierno, esta rueda de la gran máquina productora capitalista, no es el orden, ni el derecho, ni la fraternidad, ni la justicia, ni la previsión, ni la moral, ni la libertad, ni nada que se le parezca. Es, pura y simplemente, el defensor del privilegio, del capitalismo y de la propiedad privada; pero como la propiedad privada, el capitalismo, el privilegio, la religión, la autoridad, en una palabra, toda la presente organización social, engendra el cúmulo de horrores anteriormente citados, resulta que hay que ir á buscar la libertad, la justicia, la igualdad y la fraternidad en otra parte más... libre, interin los partidarios del principio de autoridad no sepan ofrecernos otra sociedad mejor que este su infierno de sufrimientos y miserias actuales.

Y el fenómeno es curiosísimo. Toda la gente de orden reconoce que los males que lamentamos son consecuencia obligada de una defectuosidad en la organización social; pero casi todos se oponen á cambiar de rumbo de modo esencialmente radical. ¿Por qué? Por interés, por avaricia, por orgullo, por amor propio, por rutinarismo, por ignorancia, por instinto de conservación individual reñido con el instinto de conservación de la especie, por atrofia de todos los sentimientos altruistas, por egoísmos del momento, ninguno porque esté fuertemente posesionado de la verdad y bondad del sistema so-

cial que defiende. Si pudieran salvar las cabras del presente y las coles del porvenir, ó sea respetar los intereses creados y alejar el peligro de las reivindicaciones populares que asoma la nariz en todas las naciones, entonces, ¡ah! entonces todos serian partidarios de un cambio; pero como esta posibilidad no la ven, se aferran sistemáticamente á todo lo viejo y caduco, dejando el venidero diluvio para sus sucesores.

Y lo más curioso del fenómeno es que la sistemática negativa á admitir como necesaria una sociedad de seres libres é iguales, lo mismo es patrimonio de monárquicos liberales—salvo las gradaciones que se conocen en su mayor ó menor espíritu de progreso y de tolerancia—que de los socialistas de Estado y de los demás partidos intermedios.

El principio de autoridad ofusca la razón hasta el extremo de no querer ver que el sufragio y el parlamentarismo son una farsa, lo mismo en monarquía que en República; que el Estado lo mismo atropella el derecho en monarquía absoluta que en monarquía constitucional, en República unitaria que en República federal; que lo mismo se vuelve absorbente y conquistadora la Rusia absolutista que los Estados Unidos, y que si no fuera por la oposición tenaz de los *sans-culottes* de todos los países, todos los diversos sistemas políticos acabarían en el más desenfrenado despotismo, que es lo que duerme y acecha siempre en el fondo, aun de la menor cantidad posible de gobierno...

Y no obstante, los hechos, la brutal realidad de los hechos está constantemente presente, dando con la badila en los nudillos á los partidarios del *statu quo* económico, á los cangrejos de la política, á los moralistas de sacristía y á todo su séquito de cerebros atrofiados por la rutina y un largo período de

servidumbre. No pueden ó no quieren concebir un más allá y llegan hasta el absurdo de lanzar el anatema! á los que lo conciben, sin fijarse en que todas las utopías de cualquier presente han sido la realidad del mañana.

A pesar de todo, el mundo marcha.

El conflicto americano-filipino

«Es preferible que las llanuras estén cubiertas de sangre, que habitadas por esclavos.»

WASHINGTON.

Perplejo anda el federal gobierno norteamericano al encontrarse con la inesperada resistencia del pueblo filipino, resistencia que lo pone en ridículo á los ojos de la vieja Europa, y que no sabe cómo vencer, si por las armas ó por negociaciones que le permitan no tener que soltar tan feraz suelo.

Si los pueblos supieran un poco más de historia de la que saben, y más aún, si supieran filosofarla; si los gobernantes de todos los países, atentos solamente á unos intereses de momento, no la olvidaran tan fácilmente, pueblo y gobierno norteamericano no debieran maravillarse de la—para mí—simpática actitud del pueblo filipino.

Ya que el pueblo americano, ó su mayoría, se ha dejado alucinar tan fácilmente por su gobierno, creyendo que eran habas contadas cualquier conquista que intentara, renegando así su tradición pacífica, bueno es que los filipinos recojan la bandera de la libertad, pisoteada por los descendientes del ilustre Washington, y la tremolen fieramente

desafiando al gobierno americano. Esta actitud tiene justificado precedente en la historia de los Estados Unidos. Cualquier resistencia que opongan, por desesperada que sea, no será sino imitar la conducta de aquellos puritanos ingleses, primeros colonos del Norte América, celosos guardianes y esforzados defensores de la libertad que, negada por la madrastra patria, fueron á fundar en aquel vastísimo continente. Los verdaderos descendientes de Washington, de Franklin, de Jefferson, de Lafayette, de Lameth y de Kosciusko, son, hoy por hoy, los filipinos. Y el gobierno americano, que con miras puramente comerciales pretende inaugurar en su país una era de conquistas, se ha encontrado en Filipinas con la horma de su zapato, mejor dicho, ha tropezado con su histórico ejemplo.

¿Qué ejemplo da á los pueblos la historia del pueblo norteamericano? El del culto á la libertad.

«...Para nosotros son verdades incontestables que todos los hombres nacen iguales; que á todos les ha concedido el Creador ciertos derechos de que nadie les puede depojar; que para proteger éstos se instituyeron, con el beneplácito y consentimiento de los hombres, los gobiernos que debían regirlos, y que cuando uno de aquélles llega á ser perjudicial, por no defender como debe las libertades de un pueblo, cuidándose de su felicidad, éste tiene derecho para modificarlo ó abolirlo, formando otro fundado en tales principios y organizado de tal modo, que pueda contribuir al público bienestar. La prudencia aconseja ciertamente que no se cambien por pequeñas causas los gobiernos que cuenten mucho tiempo de existencia, pues la experiencia ha demostrado que los hombres prefieren sufrir, mientras sus males sean tolerables, más bien que alterar las leyes á que están acostumbrados; pero

cuando una larga serie de abusos y usurpaciones, cometidos invariablemente con el mismo objeto, revela el designio de oprimir á un pueblo despóticamente, éste está autorizado y se halla en el deber de separarse del gobierno que tal haga, buscando nuevas garantías para su futura dicha y tranquilidad. Estas colonias han sufrido con paciencia mucho tiempo, mas ha llegado el caso en que se ven precisadas á modificar su primitivo sistema de gobierno. El rey actual de la Gran Bretaña nos ha inferido repetidos agravios, cometiendo usurpaciones cuyo único objeto era establecer una tiranía absoluta sobre estos Estados, y en prueba de lo dicho sometemos á la opinión pública los hechos que han dado lugar á nuestras repetidas quejas.» (*Declaración de la Independencia*, suscrita por trece Estados reunidos en Congreso, en Filadelfia, el día 4 de Julio de 1776.)

Cuando un pueblo tiene en su origen y en su historia documento de tal indole, santificado por trece años de lucha y sancionado por siglos, no tiene motivos de asombrarse si el pueblo filipino niega al gobierno americano el derecho de intervenir en sus asuntos. ¿Acaso el pueblo filipino no se halla en la actualidad en idénticas condiciones en que se hallaba el pueblo americano al suscribir su Declaración de Independencia? ¿Con cuál derecho, que no sea el de la fuerza, pretende el gobierno americano sojuzgar á un pueblo que quiere ser libre de sus destinos? Yo no veo ninguno.

Y no solamente el gobierno americano está olvidando este fundamental principio de libertad y de derecho que sus antepasados reconocieron á todos los pueblos, sino que olvida al propio tiempo que no es lo mismo combatir á un pueblo que á un ejército extranjero. Este se vence fácilmente; á un

pueblo no. Dígalo si no la titánica lucha del desarrapado pueblo americano victorioso en Septiembre de 1783 del poderoso ejército inglés. Dígalo también la lucha del pueblo español obligando á traspasar la frontera al ejército francés. Y tantos otros como podrian citarse.

No sé qué rumbos tomará el conflicto americano-filipino; pero sean cuales fueran, no puedo dejar de reconocer en los filipinos, natural, histórica y jurídicamente, el derecho que les asiste á gobernarse en su país como les venga en gana, del mismo modo que el gobierno americano así reconoció para el pueblo de Cuba apoyando la insurrección en detrimento del caducado derecho político-jurídico de España.

Y no se crea que en mí habla el patriotismo despechado por la derrota del ejército español, que quisiera ver sufrir idénticos reveses al ejército de aquella República. Abomino del patriotismo tanto como reniego de la patrioteria. Considero ésta perjudicial para una nación del propio modo que aquella eslo para la libertad humana. Es el espíritu de libertad, en mí fuertemente arraigado, y la lógica de los hechos, lo que me hace encontrar una contradicción monstruosa entre la conducta actual del gobierno americano, vis á vis de los filipinos y portorriqueños, y aquel culto á la libertad que flamea en la *Declaración de la Independencia* y que quedó grabado en letras de bronce en la campana que todos los años, el 4 de Julio de 1776, recuérdalo al pueblo repiqueteando alegremente desde la torre de la Casa Consistorial de Filadelfia.

Y bueno es recordar la historia para enseñar al pueblo lo absurdo de depositar sus destinos en manos gubernamentales, siempre interesadas en falsear y desvirtuar las libertades populares. En el

fondo de todo gobierno, por liberal y democrático que sea, se agita y acecha siempre la reacción, el absolutismo, esencia de todo autoritarismo. Ejemplo reciente de ello es esta abatida España, esta conducta del gobierno americano, este solapado jesuitismo que domina y mueve el militarismo de Francia en el asunto Dreyfus, cuyo gobierno ha olvidado su abolengo revolucionario para quedar reducido á ser el esclavo de un ejército ensoberbecido y despótico. Y tantos otros como podrian enseñarnos que el agente gobierno es políticamente enemigo de las libertades populares, que sólo tolera y finge acatarlas para mejor falsearlas y corromperlas el día que se sienta fuerte.

Y bueno es recordar también á los que caídos ahora del cielo de sus patrias ilusiones vuelven los ojos hacia la conducta colonizadora de otros países, que la historia enseña y nos muestra en el pasado trece años de despotismo inglés en el suelo americano, y presentemente una rebelión extendida á toda la India, la cual significa otra tiranía, que no otra cosa es la conquista de pueblos extraños, cuyo derecho natural desconoce siempre el colonizador, conquistador ó como quiera llamársele. Y quien dice la India, puede decir Madagascar, Abisinia, Tonkin, y así hasta el infinito. Los gobiernos se equivalen en todas partes; en todas búrlanse impunemente del principio de libertad, aunque disfracen la burla con leyes que á los ojos de la candidez parezcan, por comparación, mejores en unos países que en otros.

Y del propio modo que un Mac-Kinley no imita á un Washington, mañana un Aguinaldo sableará y burlará de los mismos que hoy acaudilla si éstos, perpetuando la tradición de la candidez popular, se empeñan en elevar á su gobierno por enci-

ma del derecho popular, único soberano que debiera reinar, y que sólo ha reinado, y aun á medias, únicamente en períodos de revuelta, concediendo al gobierno, después de éstos, atribuciones y poderes que son otras tantas abdicaciones del derecho popular. La soberanía gubernamental anula siempre la soberanía popular, porque los pueblos se han parado siempre en mitad del camino de su libertad. Dígalo si no la actitud del gobierno americano olvidando la historia, espejo en que debieran mirarse, para el porvenir, filipinos y no filipinos, en el interior y en el exterior. Pero ya irán aprendiendo á medida que les zurren la badana.

La fuerza

El último discurso pronunciado por el marqués de Salisbury es considerado por algunos como un himno á la fuerza; opinan otros que ha sido una nota de paz. Inclíname á creer lo primero más bien que lo segundo, en atención á que, digan lo que quieran diplomáticos y hombres de Estado, la fuerza fué, es y continúa siendo la que regula los actos todos de la vida nacional é internacional.

Pero entendámonos. Se trata de la fuerza material. La de la razón de la fuerza y no la de la fuerza de la razón, cosas ambas bien distintas. Podrá ser el discurso de Salisbury una nota de paz si lo juzgamos por la letra y no por el espíritu; pero como no siempre las palabras corresponden á los hechos, y como siempre, además, nos tiene acostumbrados la diplomacia á ocultar bajo la hojarasca de su palabrería oficial móviles é intenciones que andando el tiempo se truecan en sangrientas lides y descarados despojos, conviene analizar el discurso de Salisbury á través del prisma de los hechos y no de las palabras, para poder avalorarlos.

Y los hechos son brutalmente elocuentes en toda Europa, mejor dicho, en todo el ras del planeta. En su superficie, grandes y pequeñas potencias han

amontonado el combustible de modo enorme. Forja el yunque armas, no instrumentos del trabajo, con especial preferencia. Fúndense cañones y más cañones. La química les arrebató el humo en espera de arrebatarles el ruido para hacerlos más manejables á madama Destrucción. La enorme ballena huye á los mares polares espantada de los colosos de hierro y de acero que le disputan el dominio de los mares con miras nada pacíficas. No se puede dar un paso sin tropezar con un cuartel, cuando no con varios atestados de gente amaestrada para la matanza.

Las notas de paz de los discursos oficiales se truecan en otras tantas Cretas, Chinas, Fashodas, Egiptos y Filipinas, próximas á pasar de manos de un propietario débil á las del que sabe y puede maniobrar con más buques y soldados. Nos despertamos todos los días con el temor de que estalle el conflicto internacional. La brisa del trabajo no orea nuestras frentes ceñudas. Es el ciclón destructor quien nos arruga la frente. Se respira el hedor de la sangre coagulada ó próxima á coagularse en heridas incurables. Se habla de armamentos y movilizaciones con marcada insistencia.

Las naciones se preparan para la paz... y el Mac-Kinley internacional se queda con lo que quiere entre las uñas. El derecho, la propiedad, la justicia, son caretas y nada más con que se cubre el despojo. Verdad es que nunca hubo derecho, ni propiedad santa, ni justicia en la tierra, sino en estado de teoría. La historia es un continuo trasiego de hombres y cosas que pasan de mano en mano señorial. El despojado de hoy es el despojado de ayer. El despojador de hoy será mañana el despojado. Europa se quedó con América y pronto América se quedará con Europa...

En este galimatías internacional y bárbaro todo el mundo pretende que le asiste el derecho. Y este derecho es el de reventar al prójimo, en el interior y al exterior. La fuerza material lo apoya y hay que someterse á ello, so pena de quedar despanzurado.

Y lo más gracioso del caso es que los despanzurados son los que nunca poseyeron nada propio. Y lo más chusco aún es que ninguno de ellos sabe darse cabal y completa cuenta del por qué de esta matanza que dura siglos y más siglos, siempre en nombre del derecho, de la justicia y de no sé cuántas cosas más que ninguno entiende ni sabe definir.

Podrán ser los discursos oficiales notas de paz; pero los hechos no los abonan. Los hechos testimonian que son himnos á la fuerza. Santa, justa, noble, cuando la emplean los de arriba. Criminal, injusta, baja, cuando por rara casualidad la han utilizado los de abajo. Pero siempre fuerza, y fuerza material. Blanca ó negra, según el interés del momento. Legal ó ilegal, según quien la emplee.

El florete escribiendo el código y la navaja rasgándolo en el interior. En el exterior mister Krupp se patriotiza, alinea sus huestes y las revienta por un «dame acá este terreno» y no por un «quitame allá esta injusticia».

Conviene decirlo muy alto, para que así llegue á todas las alturas directoras. Es una mentira el derecho y la justicia de que nos blasonamos poseedores. El derecho y la justicia serán siempre barbaries mientras se argumenten con el fusil, con la fuerza material. Mentira una civilización pintada de sangre. No hemos salido aún del estado de barbarie, porque aun no hemos sabido eliminar esta fuerza material que preside el funcionamiento de la vida social.

La fuerza rige los mundos y los organismos... se dice. Sea. ¿Pero no hay más fuerza directora que la material? El hombre, ¿ha de ser siempre tan salvaje que recurra á los puños y no á la razón?

Emilio de Girardin ha dicho, no recuerdo dónde, que si queremos alejarnos de este estado de barbarie «debemos ocuparnos sin descanso en quitar en todo y por todo á la fuerza material cuanto sea posible, para añadirsele en todo y por todo á la fuerza inmaterial». Y tiene mil veces razón. Hay que transformar la fuerza directora.

Oigamos aún á Girardin:

»Llamo «fuerza material» toda potencia corporal, toda potencia numérica.

»Llamo «fuerza inmaterial» toda potencia intelectual, toda potencia científica.

»Llamo «fuerza material» toda ley ficticia para cuyo cumplimiento no basta la evidencia.

»Llamo «fuerza inmaterial» toda ley natural, toda ley para cuyo cumplimiento baste la evidencia de su necesidad.

»Llamo «fuerza material» la fuerza por la cual el hombre se asemeja al animal.

»Llamo «fuerza inmaterial» la fuerza por la cual el hombre es superior á todos los demás seres animados.

»Guerras, conquistas, autoridad, ¿qué sois? Sois el derecho del más fuerte, material y nacionalmente.

»Ciencias, descubrimientos, libertad, ¿qué sois? Sois el derecho del más fuerte, intelectual é individualmente.»

Y entre Salisbury y Girardin, entre el himno á la fuerza material y á la inmaterial, todo hombre razonable que no se pague de vanas palabras oficiales, de derechos escritos, de propiedades santifi-

cadas por una tradición de sangre y de intereses creados por el egoísmo de unos pocos, optará por Girardin.

Pasado y presente se inspiran y regulan sus actos con la fuerza material.

El futuro debe inspirarlo y regularlo la fuerza inmaterial.

Con el pasado están el sable y el hisopo, el legislador y el funcionario público, el rentista y el propietario... Deben desaparecer.

Con este futuro están el sabio y el filósofo, el trabajador y el hombre libre, la colectividad productora, consumidora y propietaria... Deben reinar.

El presente, que no es más que una continuación del pasado, nos da miseria y prostitución, guerras y rapiñas, adulterios é inmoralidades... Deben desaparecer.

El futuro, transformando la fuerza, ha de darnos las riquezas colectivas del trabajo libre y el bienestar; la moral sin sanción ni coacción, el amor y el arte... Debemos trabajar por que así sea.

Y cuando un Mac-Kinley ó un Salisbury nos hablen de paz y de justicia y de derechos, mostrémosles el resultado práctico de sus palabrerías engañosas. No ha de faltarnos, á título de prueba en descrédito suyo, un Fourmiés ó un Puerto Rico, un Chicago ó un Creta, un Milán ó un Madagascar, cuando no un Montjuich ó una Polonia.

Hora es ya de que cese la fuerza material en el interior y en el exterior de las naciones.

Lo reclama la razón de consuno con el sentido común, dos cosas que han desconocido y desconocen los directores del rebaño humano.

País de brutos

La España frailuna y ajesuitada, la España to-rera y tabernaria, la del chafarote y de la porra gubernamental, la marcada con el sello de la idiotez monárquica, es un país de brutos, revolcándose en su propia sangre.

La obra de la Restauración y de la estúpida complacencia democrática, va dando sus naturales frutos. Sólo para el mal, para la vuelta á la bestialidad, se han desplegado las actividades y las energías. Para el bien, para el progreso, la indiferencia más completa.

Y así estamos de atrasados, apuñaleándonos en romerías, acuchillándonos de aldea en aldea como en Galicia y en Asturias, lamiendo las botas á toreros, recreándonos con el hedor de sus cadáveres y riendo sus gracias de patán borracho desde las columnas de periódicos avanzados que quieren pasar por cultos; dejando que á nuestras mujeres las jo... robe la clerigalla entre coronación y coronación de vírgenes de madera ó entre una ida y vuelta de Roma; esquilados por estadistas granujas, burlados por borricos con patente de sabios, explotados sin compasión por un hato de listos merecedores de una horca, desangrados de cuerpo y de espíritu

después de una guerra injusta y fratricida, alcoholizados en las tabernas que sobran é idiotizados por falta de escuelas...

Si; toda la obra de la Restauración va saliendo á la superficie. El mal viene de arriba, procede de las clases impropriadamente llamadas ilustradas y educadas... con vistas á la chulapería y á la sacristía.

El pueblo, este pueblo que se acuchilla en Galicia y da espectáculos como los de Madrid cuando se entierra á un torero, no es bruto porque haya querido serlo. Es un pueblo que años hace había sabido batirse por la libertad, por la justicia, por el progreso. Si se ha truncado su generosa historia, si ha vuelto á la bestialidad, la culpa pertenece por igual á los reaccionarios que de él se han apoderado como á los demócratas que le han desamparado, haciendo consciente unos, inconscientemente otros, el juego de aquéllos. Salvo un puñado de consecuentes, en la gran familia democrática sólo ha habido indiferentes ante el avance de la embrutecedora reacción.

Digámoslo sin ambajes ni rodeos. Por egoísmo, por interés particular unos, por miedo al socialismo y al anarquismo otros, todos aquellos elementos intelectuales del campo liberal que debían ser los llamados á educar é ilustrar al pueblo, no han querido ni han sabido hacerlo. Entregados á sus mezquinas luchas por el poder ó por la jofatura, ufanos por haber estampado en el papel, solamente en el papel, un espíritu democrático que no se ha traducido en hechos prácticos en la vida social, han dejado transcurrir el tiempo haciendo metafísica política y economía de baratillo, mientras la reacción, siempre en acecho del momento oportuno, lo ha aprovechado apoderándose del pueblo y aun de

ellos mismos, arrojándoles de las barricadas que no debían haberse abandonado ni un momento. Y la obra de la Revolución ha quedado trunca.

Otro hubiera sido el cantar si no se hubiera transigido, por fas ó por nefas, con el pasado que zurraba; si se le hubiera continuado batiendo sin descanso en sus últimas trincheras, sin compasión alguna para su agonía; si no se hubiese hecho una inmunda componenda con él por miedo á un porvenir dudoso tan sólo para los espíritus apocados ó interesados con el presente.

No recriminemos más; pero corrijanse los que ahora principian á asustarse con esta vuelta á la bestialidad, con esta resurrección de unos tiempos que se creía para siempre enterrados. Convénzanse de que á la reacción sólo se la vence pisoteándole sus dioses y negándole hasta la sal y el agua, y no comerciando con ella como hace la descreída burguesía, aparentemente creyente por interés de clase.

El salto atrás ha sido formidable, pero aun tiene remedio.

Que los espíritus cultos, que los hay en la democracia, sean sinceros y tengan el valor de sus convicciones; que las opongan á las maniobras jesuiticamente monárquicas ó monárquicamente jesuitas, como se quiera, de la reacción; que sean lógicos y vayan hasta el final de ellas mismas.

Nos está ahogando la hipocresía y el acomodamiento interesado.

Que la prensa, sobre todo la prensa que se precia de culta, esta misma prensa que ahora se lamenta de tanta bestialidad, tenga menos apego al ochavo, producto de la información, y haga el vacío á las causas que producen aquella bestialidad. No combatamos á medias. Hágase, ya que no se

quiere prescindir de ella, una *información silbante*. Que sea bien estridente, agudo, el silbido á cada romería que nos anuncie la prensa clerical. Nada de hacerle la *reclame*. Que sea bien estridente, agudo, el silbido á cada arlequinesco paseo de la torería y el flamenquismo por las calles. Nada de tomarlo á broma. Que sea bien estridente, agudo, el silbido á cada exhibición monárquica. El respeto debe guardarse tan sólo para lo razonable y lo justo. Que sea bien estridente, agudo, el silbido para la autoridad que nos amordaza, para el sable que nos pega, para el universitario que va á misa y comulga, para la prensa engendro de monjas y de frailes, para el funcionario que roba, para el industrial que estruja, para el rentista que pasea su ociosidad, para el patrono que aplasta sin piedad al proletariado.

Con vanas jeremiadas, con simples lamentaciones no se va, no puede irse á parte alguna, téngalo bien entendido la prensa de gran circulación que medra con anuncios de estafas legalizadas y bombos á los farsantes del poder.

No á medias, por entero debe combatirse.

¿No queréis un pueblo de brutos? Pues trabajad para que se cierren tabernas y plazas de toros; dad, en cambio de relatos de crímenes é informaciones de lidias toreriles, ciencia. No llenéis columnas con prosa insulsa. Fustíguese la estupidez de arriba y la de abajo.

¿No queréis un clero abarraganado, una frailería sucia y avarienta? Pues derribad los dioses, enseñad al pueblo como es una farsa todo lo sobrenatural, y dejará de creer en alucinadas de villorrio y en sonámbulas de ciudad, nacidas y extendidas al calor de la farsa religiosa.

¿No queréis un pueblo de borregos sometidos á

la tiranía monárquica? Pues enseñadle como toda autoridad es tiranía, y el individuo, el pueblo, recobrará su personalidad, hoy ahogada en farrago de leyes y reglamentos inútiles.

¿Queréis un pueblo libre? Pues decidle como la adoración del sable, la adoración de la fuerza, acaba en cuchilladas de aldea; que el cuartel no es la mejor de las escuelas; que la adoración de la fuerza legalizada no es el culto de la libertad.

Y decidse lo bien alto, tampoco á medias. El pueblo no entiende de medias tintas ni de figuras retóricas. Decidse lo sacrificando vuestros particulares intereses, dejándoos encarcelar y aun matar si el despotismo gubernamental extrema sus medidas. Dad ejemplo de intransigencia con el error, y la razón imperará nuevamente.

El salto atrás ha sido formidable. Educad al pueblo para que dé el salto hacia adelante. No temáis; la extrema reacción sólo puede detenerse con una extrema revolución que lo barra todo y no deje ni residuos de aquélla.

Educad al pueblo vosotros los que tenéis saber y decid ser sus amigos. No esperéis que el gobierno haga esta educación. La pedís inútilmente al Estado. El Estado sólo da la realidad amarga que lamentáis, porque el Estado es la religión que falsea la ciencia, el militarismo que embrutece, la reglamentación que ahoga, la miseria que prostituye, la explotación que estruja.

Eduquemos al pueblo y él mismo se redimirá de sus brutalidades, sin esperar á redentores de guardarropía. La regeneración desde la *Gaceta* es siempre una farsa.

Y si así no lo hacéis, tanto peor también para vosotros. No faltará un puñado de combatientes que con menos acomodamientos y más lentitud per-

feccione y acabe la obra que abandonasteis, truncada desde que con el advenimiento de la Restauración dejasteis que la libertad sólo aprovechara á los elementos reaccionarios que nos han hecho retroceder á estas brutalidades.

Barbarie moderna

Recuerdo la emoción profunda que hace años prodújome la vista de un grabado que publicó la *Ilustración Artística*, reproducción del cuadro de J. Stallaert, *Los últimos gladiadores*. En la arena del anfiteatro romano, y ante los ojos de una multitud ávida de sangre, dos hombres, brutalmente desnudos y en la plenitud de su fuerza física, originarios de distinto país, gladiador el uno, reciario el otro, libran el bárbaro combate que tantos aplausos arrancaba á aquellas dos plebes que tenían por nombre señores y esclavos. Stallaert nos los presenta en el momento en que el tridente del reciario, hincándose en el robusto pecho del gladiador, derribalo en tierra y queda envuelto entre las mallas de la red. Empuña aún el vencido el mortífero cuanto ya inútil gladio, y en los rostros respectivos se lee la satisfacción de la bestia triunfante y la feroz resignación del vencido. La débil mano de un anciano de blanca barba y luenga cabellera detiene el fornido brazo armado del tridente que ha de rematar al vencido, y con la diestra levantada señala con el dedo aquel cielo que alboreaba con los comienzos del cristianismo.

El semblante del inerte cristiano, lleno de

bondad y dulzura, con aquella bondad y dulzura del «amaos los unos á los otros», contrasta con la ferocidad del de los esclavos del circo, atónitos y suspensos ante la osadía de aquel anciano que de tal modo desafia las costumbres sangrientas de su tiempo.

Envuelto entre las brumas de aquella barbarie y entre el salvajismo del pueblo romano, que con la sangre de los circoş forjaba los brutales conquistadores que más tarde se hicieron con la matanza dueños y señores de una buena parte de Europa, flotaba, sin embargo, un ideal más humano y noble que el de aquella época, y la diestra de aquel anciano veíala yo con los ojos de mi imaginación aureolada con el resplandor de todas las rebeldías generosas, y aprisionando en sus dedos una fuerza moral que siglos después debía ser la dueña de aquellos bárbaros y desterrarles sus sangrientas fiestas.

Estamos muy lejos de aquellos tiempos. Un mundo se hundía y un nuevo verbo surgía de aquellas ruinas. La buena nueva hacía prosélitos que desafiaban, con la muerte en el cuerpo y la sonrisa en los labios, las brutalidades de una civilización caduca y bamboleante. Morían, y con su muerte humanizaban á sus semejantes. Y á medida que se humanizaban, á medida que el cristianismo echaba raíces y se fortalecía en las conciencias, atónitas ante el arrojado de aquellos hombres destrozados por las fieras, el mundo nuevo se iba formando; pero ¡ay! que con él resucitaba también la solapada maldad de los ambiciosos del poder y de las riquezas, minando palmo á palmo la fe del mártir y del apóstol para poder trocarlos más tarde en el pontífice que dogmatiza. El cristianismo se había hecho católico. La buena nueva no bendice ya; excomul-

ga y quema. El circo resucita. El anfiteatro, atenuado, se convierte en una plaza de toros. Los señores son siempre los mismos canallas. La plebe es siempre la misma plebe embrutecida. El anfiteatro creaba los guerreros. La plaza de toros crea el valor brutal de los ejércitos.

Estamos muy lejos de aquellos tiempos, pero la historia se renueva con poca diferencia. España ha remedado groseramente todas las fases del imperio romano. Ni en la forma ni en el fondo hemos adelantado gran cosa. Ni siquiera hemos sabido imitar la tolerancia del paganismo griego, que abría la puerta á todas las ideas. Como los paganos romanos, el catolicismo ha torturado y quemado á los herejes. Como ellos, ha sido intolerante y cruel. No ha tenido leones y tigres, pero ha tenido toros y toreros. Nuevo Nerón, se ha complacido en embotar la sensibilidad del pueblo, lo ha lanzado á la conquista del mundo y creado de nuevo una legión de héroes que se han bañado en sangre de pueblos extraños. Y como el imperio romano, después de tanta sanguinolenta grandeza, España se apresta á caer, destrozada y vencida, envolviéndose, majestuosamente ridícula, con la capa de un torero.

Aquí está el pueblo de Vicálvaro, con sus treinta toros y con sus veintiséis heridos. Aquí está el espectáculo nacional para librarme de exageraciones. Aquí está un pueblo que se revuelca en su propia sangre en el anfiteatro moderno. Aquí está un ayuntamiento que no tiene médico ni maestro, pero tiene toros, muchos toros y muchos gladiadores. No hay nada nuevo bajo el sol de España.

Como en la antigüedad, tenemos señores y dueños, y hasta duques de Veragua que nos regalen fieras para solaz y recreo de la plebe aulladora. Como en la antigüedad, hemos tenido caudillos que

nos conduzcan á la victoria y á la derrota. Y como en la antigüedad también, aquí hay un pueblo que ni siquiera sabe el por qué y para qué lo hacen morir matando en los campos de batalla. No he visto nada más romano ni más bárbaro. Ni siquiera hemos carecido de divinidades protectoras y adversas. Nuestros sacerdotes han invocado al Dios de las batallas y puesto amuletos en el cuello de la soldadesca. Hemos remedado todo lo más malo de los antiguos tiempos, todo lo más irracional y bruto. Apenas si sabemos leer y escribir, pero llamamos *arte* al despanzurramiento de jamelgos y de hombres vestidos arlequinescamente. No sabemos dónde están las bibliotecas públicas, pero conocemos al dedillo la casa de préstamos que, á cambio de la capa y del mantón de Manila, nos dará la entrada de sol para el espectáculo nacional... mente vergonzoso y degradante, presidido por autoridades que tienen la ridícula pretensión de ser los directores intelectuales del humano rebaño. Y así está el pueblo de pobre y embrutecido. Divirtiéndose (?) en Vicálvaro mientras le quitan la camisa en Madrid. Pudriéndose en la manigua mientras los Elduayen amasan millones. Rezando á vírgenes y santos mientras las órdenes frailunas levantan sus señoriales moradas al lado de los tugurios. Chorreando sudor y sangre que se transforma en el oro de nuestros capitalistas, de nuestros propietarios, de nuestros amos y señores á la moderna.

Exactamente como en el imperio romano, he aquí el único objetivo de los autos de fe pasados y presentes, de las plazas de toros, de nuestras conquistas bélicas, de nuestros rezos, de nuestra ignorancia.

Y como en el cuadro de Stallaert, ¿no surgirá aquí un hombre de carácter, bastante osado, con

la osadía del que tiene fe en el porvenir y buena voluntad para trabajar por su advenimiento, que increpando á gladiadores y á la plebe de Vicálvaro les grite á plenos pulmones que son unos estúpidos, seres embrutecidos sin pizca de sensibilidad, y les señale los danzantes políticos y religiosos como únicos interesados en fomentar este embrutecimiento general para mejor á mansalva explotar al pueblo?

Ya que la maldad humana remedó todo lo más malo del paganismo romano, ¿no surgirá la humana bondad imitando el acto del anciano del cuadro de Stallaert, y en plena plaza de toros señale el camino de redención á la multitud brutalmente pagana que allí aulla cual manada de fieras?

Y si la fe del apóstol no tiene ya el valor del mártir para ofrecerse en holocausto expiatorio, ¿no podrían todos los hombres de buena voluntad agruparse y unirse para silbar estridentemente al toreo, al público, á la autoridad que los consiente, al literato y al pintor que con la sugestión de su arte (?) contribuyen á fomentar el sangriento nacional espectáculo?

Yo creo que podría crearse una saludable corriente de opinión en este sentido, y si alguien dijera que esto sería coartar la libertad del que se divierte tan bárbaramente, yo le responderé que nadie tiene derecho á ser imbécil, y mucho menos cuando esta imbecilidad acarrea la esclavitud moral, material é intelectual de los que queremos vivir como hombres y no como brutos.

La navaja

La celosa navaja hace de las suyas. En poquísimas semanas he leído de más de media docena de individuos que la han clavado en el corazón de sus amadas por no haber querido éstas atender á sus apetitos sensuales ó á sus requerimientos de noviazgo.

En una sociedad donde todo respira violencia, en que las instituciones todas resguardan sus derechos y sus privilegios detrás de una muralla de bayonetas, esto nada tiene de extraño. Lo brutal engendra brutalidades. Donde gobierna el mauser, la razón ha de quedar forzosamente excluida de las relaciones individuales. Si los gobiernos, para allegar recursos al Tesoro, cobran á tiros las contribuciones que les niegan los ya demasiado esquilados contribuyentes, ¿qué de extraño tiene que haya brutos, en este ejemplo educados, que pretendan por la fuerza recabar de sus amadas el logro de sus deseos amorosos? Si los gobiernos, como cualquier particular, se entregan en brazos del odio y castigan en sus súbditos el enorme delito de la desobediencia al poder, ¿qué de extraño tiene que los súbditos, imitando este ejemplo, se dejen arrastrar por la impulsividad y maten brutalmente á la mujer que no quiere amarles?

¿No corre por ahí como válida la teoría de que la mujer es inferior al hombre? ¿No la ensalzan y ponen en las nubes las lumbreras del saber oficial y los prelados de una religión de muerte? ¿Qué de extraño, pues, que haya hombres que traten á la mujer como á la *cosa* que ha de estar forzosamente sujeta á su mandato ó á su capricho? De la inferioridad á la esclavitud no hay más que un paso, y éste lo anda fácilmente un ignorante mal educado en semejantes teorías.

Hay brutos porque la escuela, la sacristía y el cuartel los educa para bestias.

Estos carifios que matan, engendros del alcohol de la taberna y del alcohol de una instrucción deficiente, reforzados por el ejemplo de un régimen social que sólo odio respira, son la lógica consecuencia de esta autoridad que las leyes y la religión conceden al macho dentro de la institución matrimonial.

¿Cómo es posible que no se produzcan, si el hombre, desde niño, se acostumbra á ver, en el propio hogar, á su madre y hermanas sin más personalidad que la que les concede la tolerancia ó el buen humor del marido y padre, siempre obedientes á la voz del «amo de la casa», efectivo propietario de ellas?

Todas las relaciones sexuales giran alrededor de esta «propiedad» de hecho y de derecho, por correcciones que á la ley bárbara de antaño hayan puesto legisladores más razonables. ¿Qué es la «fidelidad» sino la manifestación palpable de que el individuo se cree con derecho á la posesión absoluta y exclusiva del individuo de otro sexo? ¿Qué es la «virginidad» que el hombre exige de su futura consorte, sino la exclusión de todo otro poseedor que no sea el marido?

«Mía, sólo mía, y no de otro», dice el enamora-

do, celoso de que le arrebatan á la que ya considera como propiedad suya. Y si la «mujer-cosa» defrauda este deseo de propietario, ¿qué de extraño tiene que éste se sienta robado y mate?

«Mía eternamente», dicen los imbéciles educados por una Iglesia que soldaba matrimonios cual pudieran ensamblar maderámen para un mueble, sin tener en cuenta para nada la inestabilidad de los sentimientos y la variabilidad de los deseos. «Mía ó de la muerte», responden como un lúgubre eco de aquel matrimonio religioso, los que en su apasionamiento no tienen discernimiento bastante para saber dónde principia y acaba el derecho del macho.

Brutos y muy brutos son los que matan á la mujer amada, pero son brutos inconscientes, impulsivos *empujados* por la brutalidad de teorías y prácticas aceptadas como cosa corriente y moliente.

Vendrá luego la ley y condenará á presidio á estos impulsivos, sin tener en cuenta que una sociedad que, como la nuestra, acepta y fomenta la prostitución como un mal necesario para resguardar la virginidad y la fidelidad de hijas y esposas, no tiene ningún racional derecho á castigar á los individuos que violentamente quieren también ser propietarios de la virginidad y de la fidelidad de sus amadas.

Así como la «propiedad» introducida en las relaciones sexuales ha engendrado el lupanar, la «autoridad» ha parido la navaja.

¡Siempre el «privilegio» engendrando crímenes é iniquidades!

¡Casos raros y aislados, se me dirá, que nada tienen que ver con el principio de autoridad y la institución de la propiedad!

No, mil veces no, respondo. Estos casos que han puesto la pluma en mis manos, son los miles de ca-

sos que se producen á diario sin llegar á estos extremos de salvajismo.

Son á miles las *mujeres que el marido abofetea* todos los días por el más fútil motivo. Son á miles las *mujeres que lloran en silencio al ver la ninguna consideración moral* con que las trata su marido, su padre, ó su hermano. Son á millares las *resignadas á no tener voz ni voto en el hogar*. Son á millares las torturadas por la sospecha de sus esposos, las que sufren un día y otro los alfilerazos que, si no matan rápidamente como la navaja, demuestran cómo el «amo» en el hogar se yergue arrogante y altanero escudándose en la costumbre, en la ley y en la impunidad que le otorga la misma pasividad femenina, que calla temerosa de Dios ó del palo del macho.

La misma desigualdad que impera soberana en la sociedad, reina también en el seno de la familia. El marido, el padre, goza de «privilegios» que no tiene la mujer. Más que de la fuerza material del macho, la mujer es esclava del privilegio concedido al esposo y al padre. Y los varones que se educan en esta escuela del privilegio, salen del hogar bravucones como autoritarios y celosos como propietarios. A poco que la sangre hierva y tropiece con el primer rotundo «no» de la hembra ó de la novia, la autoridad se siente humillada, la propiedad escarnekida, y estallan entonces con furoros de navaja. He ahí la génesis de estos crímenes de la pasión empujada por toda una corriente de ideas político-religiosas verdaderamente antisociales, como demuestran sus resultados.

Y los que se escandalizan cuando los anarquistas hacen la apología del amor libre, no tienen una palabra de espanto ante el brutal estallido de una institución matrimonial que tiene por bases la su-peditación económica de la mujer al hombre, la ley

declarándola inferior á éste é incapacitada para el ejercicio de muchos derechos y la resignación servilmente cristiana ante el mandato del marido.

«Sálvese la fidelidad, resguardemos la virginidad de *nuestras* mujeres», clama la pudibundería religiosa, aun á riesgo de que se llenen los lupanares y giman los mártires del hogar. Ni una palabra de conmiseración siquiera para el calvario diario de la mujer en el hogar. Ni una protesta contra la causa jurídico-religiosa de este calvario. Verdad es que la costumbre atrofia los sentimientos humanitarios de estas gentes egoístas, que no les importa sacrificar la personalidad de la mujer y su dignidad en aras del santo principio que les concede privilegios de verdugo moral ó material, según los grados de instrucción recibida.

Siga, pues, la navaja agujereando el cuerpo de las infelices, que no ha de faltar una revolución moral que corte de raíz este egoísmo del macho educado por el Estado y la Iglesia. Siga rajando la piel de la mujer, que no ha de faltar un lenitivo á sus dolores mañana que hayamos podido dar cuenta de todos los privilegios y sobre las ruinas de una sociedad de violencias mil asentado la nueva sociedad de los seres libres, disponiendo como quieran de sus cuerpos y de sus pensamientos.

Sáciense el mono que aun llevamos dentro, hártese el bruto de repartir navajazos, que no ha de faltar un farol para colgar á los fabricantes de códigos del exclusivismo y para los sacerdotes de religiones embrutecedoras.

Es lo menos que podrá hacerse para dar satisfacción cumplida al llanto de la mujer.

Ni justos ni sensibles

Para el individuo que olvidó lo que leyó en el periódico de ayer, que distraídamente recorre las columnas del de hoy y que no cotejará nada de lo leído con lo que encuentre en la hoja noticiara de mañana, para este individuo, y son á millares, no hay una «filosofía de los hechos», porque holgó la reflexión. Y nada digamos de estos millares y millares de individuos que ni un periódico leen: si burgueses, porque los negocios les absorben y no les interesa otra cosa que las oscilaciones del mercado, y si obreros, porque ni leer saben.

Para todos estos individuos la noticia periodística, la información al público de los diarios sucesos, es letra muerta, porque apenas si son público. Masa ovejunamente resignada á todas las malandanzas, ó masa egoísticamente encerrada en sus bienandanzas, jamás brotó en ellos una chispa de saludable reacción, sin arrestos ante la injusticia social y sin sensibilidad ante el dolor ajeno. Andan por el mundo como fantasmas dolientes, unos en busca de las perras chicas que no bastan para cubrir sus miserias, en pos otros del millón que no sacia sus ambiciones, dejando á la media docena de idealistas que se afanan por escudriñar las cau-

sas de los males sociales la ardua tarea de arreglarles el mundo que habitan.

Y no obstante, del revoltijo informativo de la prensa pueden sacarse enseñanzas mil, sin necesidad de que se las den hechas de una pieza á estos pobres cacúmenes desmemoriados los escritores avanzados. Pero es aquello que dijo no sé quién ni hace su nombre al caso: hay gentes, pocas, que aprenden por si mismas, gentes que necesitan quien las enseñe y gentes, y son legión, que no aprenden nada en su vida. Dejemos correr la pluma, sin embargo, para que los pocos que aun leen, bien ó mal, en este país, que ni es más malo ni más bueno que otros países, esencialmente ni mejor ni peor constituido, diga lo que quiera la berlinesa *Deutsche Zeitung*, que contemplando el paisaje desde el punto de vista del interés de clase burguesa y olvidándose de que en Sajonia los obreros no pueden ya comer carne, llama vitalidad y superioridad nacional á esta expansión colonial que lleva á ciertas naciones á desangrarse patrióticamente para dar gusto al apetito de industriales y comerciantes ávidos de nuevos mercados, y decadencia al hecho de que una nación se deje arrebatada por una democracia tan rapaz como cualquier otro régimen.

Suelo yo tener buena memoria, ya que no tenga genialidad ni gran ilustración, y á mi memoria apelo para agrupar en estas cuartillas unas cuantas noticias de las cuales poder desprender que las sociedades actuales son bárbaras hasta la médula, más bárbaras que aquellas toscas sociedades de los primitivos, en las que la solidaridad estrecha que unía á todos sus miembros nos da la prueba, como hace resaltar G. Tarde, de un altruismo y de una sensibilidad que ya para si quisiera la mayoría que hoy se apoda civilizada porque va en automóvil y

se comunica á enormes distancias sin alambres conductores.

No hace muchas semanas la prensa nos contaba cómo cerca de medio millón de italianos han abandonado el patrio suelo en poco tiempo porque en él faltábales hasta lo más indispensable. Pueblos enteros, como aquí el de Boada, han quedado desiertos en la Sicilia. La patria *no pudo* arbitrar un mendrugo para aquellos infelices creadores de riqueza, pero *si pudo* hallar dinero para costear los grandes é improductivos acorazados que la colocan en el rango de primera potencia.

Unos tres millones de personas se mueren de hambre en el Norte del victorioso Japón, mientras las bancas europea y americana *si pudieron* hallar inmediatamente millones para sostener la horrible matanza manchuriana, desencadenada para dar gusto á las empresas industriales y comerciales que pagan á sus esclavos obreros, mujeres y niños, con salarios de siete céntimos.

En Andalucía la crisis agraria, con un cronicismo de todos los inviernos, problema siempre planteado, estudiado y abandonado por nuestros gobernantes, adquiere proporciones alarmantes, y mientras los obreros hambrientos asaltan tahonas y los tahoneros amenazan con no amasar pan si las autoridades no les garantizan su propiedad—¿qué le importa á la propiedad el hambre del paria!—se hallan en este país millón y medio de pesetas para equipos de boda palaciega y se construyen balandros de recreo con cascos de caoba y cubierta de álamo y herrajes de bronce, de un importe de cuatro mil duros, para que testas infantilmente felices puedan pasear sus regios ocios.

Las estadísticas sobre el pauperismo en Inglaterra revelan haber 869.777 individuos que necesitan

ser socorridos, con un aumento sobre estadísticas anteriores—¡oh progreso de las naciones más ricas!—de 33.314. En Londres solamente hay 138.279 pobres, representando un aumento de siete por ciento con relación al año 1904, y teniendo en cuenta la cifra de población de Inglaterra, resulta que hay un pobre por cada 39 habitantes en el país de los lores millonarios que han visto indiferentes cómo se les ha des poblado en una mitad la verde Erin. En cambio, este mismo país, que *no sabe* evitar sus pobres, pues el embuste de la beneficencia oficial ó privada es demasiado burdo para que vayamos á creer que puede curar tanta miseria, pudo despilfarrar sendos millares de guineas para obsequiar á la comisión de concejales parisienses—los burgueses saben obsequiarse mutuamente; su patriotismo no les lleva á *obsequiarse* á balazos como los obreros en los campos de batalla—que fué á visitarles no hace mucho tiempo y costear el viaje de otra de concejales londonenses que devuelve ahora la visita y banquetea de lo lindo en París...

Y la pregunta asoma en seguida á los labios: ¿Por qué, por qué esta sociedad, de muerte para unos, de regocijo y jolgorio para otros?

Países llamados de miseria como España, ricos como una Inglaterra ó una Francia, idéntico es el fenómeno. Variará la cantidad de riqueza social, variará el número de potentados del dinero y el de los indigentes, pero la naturaleza del fenómeno no varía.

Quienes digan que el régimen político, más absolutista aquí, más liberal allí, explica la diferencia de grado de miseria y de riqueza, no han dicho nada, no han ahondado nada para explicarse la causa de esta desigualdad en las condiciones de vida. A mí me basta una sola arbitrariedad, una

sola miseria, para sostener que hay injusticia social; no necesito montañas de cadáveres para abrir los ojos. Podría decirles más: podría enseñarles, con la autoridad de un economista como el norteamericano Enrique George, que la miseria es más extrema precisamente allí donde es más rica la burguesía. Decíame una vez un señor inglés, ingeniero director de un ferrocarril en construcción en el Sur de España, buen observador él, que la española miseria no era tan miserable como en Inglaterra, que aquí el misero hallaba siempre quien le diera un mendrugó para matar el hambre y un harapo con que cubrirse, mientras que en su país el individuo que desnudo nacía, desnudo se quedaba toda su vida si él mismo no se podía arbitrar recursos, y yo, que he visto el barrio de los judíos y el de Whitechapel de Londres, retengo el aserto de dicho señor por verdadero y demostrativo de que otros países, que el periodismo burgués nos pinta como más altruistas, dejan mucho que desear al respecto, y tal vez su decantada beneficencia oficial sea muy parecida á la de los curas párrocos de por aquí, que piden al menesteroso pruebas de fe para ser socorrido...

Dejemos con sus sofisticos distingos á los que pretenden justificar estas monstruosidades voceando por ahí no sé cuáles desigualdades naturales físico-intelectuales. Son éstas unas bases falsas para asentar el derecho á la vida que todos tenemos por el mero hecho de haber nacido. Mi razón y mi sensibilidad me dicen que tan hijo de madre es Juan como Pedro. Y me dicen más: me dicen que cuanto mayor es la debilidad físico-mental de los individuos, más potente tiene que ser mi solidaridad para con ellos, más intensa tendría que ser la solidaridad en el cuerpo social.

Va ya resultando perogrullada sostener que hay pobres porque hay ricos, pero es una verdad grande como un Himalaya, digan lo que quieran los economistas clásicos que tiene la burguesía á sueldo.

Hay cantidad inmensa de riqueza social. Generación tras generación, invento tras invento, esfuerzo tras esfuerzo, el hombre es rico en productos, y podríamos producirlos aún en mayor cantidad. ¿Por qué hay pobres, pues? ¿No dice ya por sí sólo nada en favor de mi perogrullada el hecho de que unos revienten de hambre al lado del derroche de otros?

El grano de trigo arrojado al surco produce una espiga llena de granos de trigo. Es ley natural. Así el esfuerzo físico-mental del hombre produce el doble de la medida de subsistencias necesaria para reparar en el organismo humano aquel gasto de energía. Carlos Marx ha demostrado de modo evidente esta verdad, y la conclusión se impone en seguida: hay una clase social que se apodera del fruto del trabajo de otra clase. Con tres pesetas de salario—insuficiente medida de subsistencias con que hoy repara el obrero su gasto de energía—pagado á sus obreros, la burguesía les hace producir y embolsa el doble y más aún. He aquí por qué el proletariado está *continuamente estacionado* en su miseria, y he aquí por qué la burguesía se hace cada día más rica.

Esta sociedad de muerte es un *hossanna* á la explotación y un himno al egoísmo. Ni justicia ni sensibilidad. Fuerte en su privilegio, encastillada en su régimen de propiedad privada, la burguesía, como escribió Anatole France en su *Fábula de año nuevo*, sabe perfectamente que *debe* á los pobres; pero incierta respecto á la extensión de esta deu-

da, prefiere permanecer en lo indeterminado, no averiguar cuánto le ha arrebatado, y se contenta con dar de tarde en tarde un pequeño óbolo á cuenta llamado *beneficencia*. Es muy cómodo, pero también es muy hipócrita. Y brutal.

Y es brutal este régimen político-económico que pretende paliar la explotación con la impotente caridad, porque impide que se desarrolle en los hombres la sensibilidad que los haría buenos para con el prójimo.

Duros de corazón ante el ajeno dolor, duros é insensibles llegamos á ser ante el propio. Nos alimentamos con ambiciones y con odios. Arriba, abajo, en medio. Educados para tiranos, el fuerte fusilará vengativamente, como ahora en Moscou, sin piedad, centenares de personas que hayan osado rebelarse contra la injusticia social de que eran víctimas. Educados para esclavos, acostumbrados á sufrir y ejemplarizados con las lecciones de los fuertes, seremos con éstos humildes y pisotaremos al vecino más débil que nosotros mismos, y valiéndonos de nuestra fuerza violentaremos la voluntad de la mujer, cortándole la hermosa cara á navajazo seco si nos niega sus amores, ó dispararemos el revólver contra el camarada de taller por un quítame allá esas pajas, crónica macábrica de todos los días.

No; moralmente la humanidad no ha avanzado gran cosa. El harapo encubre al esclavo contento con pan y toros: el frac al canibal que revuelve su flecha en la herida del enemigo. Todos pobres de corazón, pobres de mente, gracias á nuestro modo de convivencia social, que ha atrofiado á los de abajo é hipertrofiado á los de arriba.

Y así continuamos dando vueltas en un círculo vicioso, sin arrestos mentales y materiales para

romperlo. El salvaje, cuando tropieza con una piedra, la muerde furiosamente, creyéndola animada, y la deja luego en el camino. Nosotros hacemos peor; tropezamos á cada momento con las obstaculizadoras piedras de la propiedad privada que fabrica pobres y egoístas, de la religión que nos venda los ojos y nos enseña á resignarnos, del Estado que por toda protección nos amordaza y encarcela... y aun hay quien las adora.

Bestias que no sabemos ser hombres, nos envanecemos con un progreso material que no ha beneficiado por igual á todo el mundo y nos ha dejado moralmente peor que el hombre comunista é igualitario de las primitivas edades.

Las luchas de nuestros días

La manifestación que por las calles de Barcelona realizaron el otro día los elementos burgueses «más burgueses» de la condal ciudad, es bien significativa.

Estos hombres de «orden», que abominan del atentado político y salen por ahí rugiendo ¡muera! dirigidos á determinados jefes del partido republicano, nos dan la medida de la justicia—de esta «justicia» que les pide el *Diario Universal* de Madrid para «extinguir la violencia», sin decirnos en qué ha de consistir esta justicia, si en la justicia de la Edad Media, la justicia actual ó la justicia que se entrevé ya para el porvenir,—de la justicia, repito, que de ellos puede esperar el proletariado y del odio que sienten hacia todo aquel ó aquello que huele á liberalismo.

Criminológicamente hablando, aquellos ¡muera Lerroux! son un atentado político. No pasaron á vías de hecho porque les faltó valor; pero la intención, las ganas, el deseo, ya lo exteriorizan de sobra y ponen de manifiesto lo que sus corazones sienten y piensan sus cerebros. Si el liberalismo tuviere una sola cabeza, ya la hubieran cortado de un soberbio tajo.

Y hay que confesar que son lógicos. La burguesía más reaccionaria comprende que detrás de este liberalismo que amenaza el «poder político» que hasta el presente viene detentando, hay otro liberalismo que amenaza el «poder económico» que disfruta, y como la muerte de este último significaría la abolición de todos los privilegios que disfrutaban todos los que se juzgan á sí mismos «clase superior», de ahí que el instinto de conservación «de clase» los lance á pedir el exterminio de los que intentan modificar en sentido progresivo aquellos privilegios ó de los que quieren abolirlos en absoluto.

¿Fanatismos? ¿Egoismos? Sea; pero hay algo de fatal en estos fanatismo y egoismo. Miguel Artal y Maura han simbolizado estos días la enemistad determinada por dos intereses que se repelen, que batallarán sin cesar hasta la completa eliminación de aquel que constituye un obstáculo para la realización de la felicidad de la gran masa humana. Y erran quienes atribuyen exclusivamente al apasionamiento y á la ignorancia, sea arriba, sea abajo, la causa de esta lucha que comenzó con la desaparición del *clan* comunista de los primitivos, se agigantó con la aparición del Estado moderno, que fué arrebatando las libertades comunales, tomó vuelo con la extensión del capitalismo, y no terminará sino cuando los hombres eliminen el antisocial principio de la competencia y busquen en el «apoyo mutuo» una base segura en que asentar una sociedad de iguales, una nueva forma de convivencia social.

Sembrad cuanta cultura queráis en las clases bajas ó haced por que las altas sean más humanas, que mientras la «propiedad», es decir, toda la riqueza social, sea el privilegio de estas últimas, por

más que las primeras experimenten una mejora en su situación, los hombres se disputarán esta posesión peor que fieras.

La experiencia está hecha. Diez y nueve siglos de cristianismo, de amor al prójimo, de reformas mil en la legislación y en las diversas instituciones, no han podido cegar el abismo que separa á los poseedores y á los desposeídos de aquellas riquezas. Más aún: el abismo se ensancha cuanto más tarda en solucionarse definitivamente el conflicto. Cada nuevo cambio de postura agrava los dolores del enfermo.

Y los términos de esta enemiga son bien netos, bien distanciados, bien categóricos. Hlogismo buscar en las gradaciones, en el «justo medio» entre estos opuestos polos, la solución que ponga fin á la lucha social.

Me corrobora en esta opinión la misma actitud de los partidarios del justo medio.

Maura apuñaleado es para todos los partidarios de la propiedad privada y del Estado el «mártir» que se ha sacrificado en su defensa. Y esta corona del martirio han contribuido á tejerla lo mismo los carlistas que los republicanos, los catalanistas que los liberales que quieren democratizar la actual monarquía. Todos los que poseen ó aspiran á poseer una parte de propiedad, todos los que mandan ó aspiran á mandar se han agrupado, si no materialmente, porque la enemistad política les divide, no separa, por lo menos moralmente, en torno del «mártir». No hay un jefe, ni un periódico, ni una agrupación que represente intereses de clase burguesa, que haya dejado de condolerse públicamente.

¿Por humanitarismo? No lo creo. Tres cuartas partes de los que se conducen, deseaban, acaso

desean aún en su fuero interno, la muerte del Maura-político que les barra el camino del poder. Pero de ningún modo podían dejar de sentirse heridos, podían dejar de condolerse de la desgracia del Maura-autoridad, del Maura defensor de la propiedad privada, porque dejar de condolerse hubiera significado que se colocaban en las filas del anarquismo, entre los enemigos de estas dos instituciones, en el polo opuesto al que Maura representa. Los cuerpos caen, más ó menos tarde, del lado á que se inclinan.

Y así como el instinto de conservación de «clase» ha llevado en torno de Maura á todos los partidarios del Estado, de la Iglesia y de la propiedad privada, también el instinto de «clase» ha hecho palpitar en el corazón del proletariado la simpatía por el otro «mártir», con la diferencia de que el proletariado no sabe, no se atreve ó no puede exteriorizar esta simpatía de modo tan manifiesto y público como las clases altas han hecho, que no en balde pueden escurrirse unos detrás de la fuerza pública y los otros no cuentan con más garantía que los derechos escritos y siempre violados por los primeros.

«Tenemos en nuestro favor—argüíranme los partidarios del justo medio—que nosotros queremos hacer que esta lucha sea más humana, que los procedimientos que han de solucionarla sean menos violentos, menos brutales...»

Yo también lo quisiera. A mí no me falta corazón, estad de ello segurísimos. Pero yo no discurro con el corazón cuando trato de remontarme á las causas de las luchas de nuestros días. Y no es culpa de mi corazón si la observación y la experiencia me hacen ver y tocar con el dedo que esta lucha es fatal, que está determinada por el antagonismo de intereses que dejo apuntado; que, como con mucha

exactitud escribe Alfredo Calderón, «buenos y malos, todos somos en la vida lo que podemos ser, lo que de nosotros hacen en colaboración el temperamento, la herencia, la educación, las circunstancias. Nuestro albedrío, si existe, se halla supremamente condicionado por esos factores. Ni la virtud es en nosotros tan meritoria ni tan imputable la culpa como lo aparentan. La sociedad es responsable de nuestras acciones solidariamente con nosotros. ¿Por qué no aplicar á los poderosos esta atenuación de la responsabilidad que se acepta ya por todos como justa para los humildes?»

El medio, realmente, influye grandemente para formar el hombre. A los veintidós años, Napoleón discurría como un anarquista. Emperador, fué un bandido de coronas y un asolador de pueblos.

Maura monárquico, Maura provocativo, Maura vengativo, es el producto del medio en que vive y que representa, ciertamente; de un medio social que ama y defiende sus privilegios y odia al liberalismo que en política pretende cercenárselos y en lo económico quiere abolírselos; de un medio que para subsistir tiene que poner cortapisas á la entera vida obrera, clausurar sus sociedades de resistencia, encarcelar á los más activos, mandar á presidio á los más impacientes, torturar y fusilar á los más arrojados.

Pero Artal es también el producto de otro medio social en que la vida individual y colectiva están cohibidas; de un medio en que se adivina, ó se ve ó se toca de cerca, que, como escribe Marsillach, «las clases altas y medias de esta ciudad son reaccionarias, intolerantes, regresivas, que no ceden, no transigen, no evolucionan; cierran los ojos á la verdad, á la evidencia, al hecho consumado. Son como el hierro, que sólo con la acción del fuego y

del martillo se someten á nuestra voluntad». Es el producto de un medio que quiere vivir y no le dejan, que no quiere dejarse pisotear, perseguir encarcelar, torturar y matar en nombre de una responsabilidad legal que no existe para el medio contrario y porque así inhumanamente convenga al privilegio de una minoría.

¿Y qué se quiere que salga de estos dos medios sociales tan obstinados y antagónicos, sino el choque, el choque violento y brutal? Son demasiado débiles los lazos sociales que malamente les obligan á convivir juntos, tan débiles, que no contrabalancean la fuerza de las causas de discordia.

Y lo peor de todo es que no pueden robustecerse, que la solución del conflicto no se halla, no la halló yo al menos, en la fusión, en la compenetración de estos dos medios tan diferentes, *mientras* subsista la causa de orden económico que determina en los hombres que los representan ó constituyen á sentir como sienten, á pensar como piensan y á obrar como obran.

El «justo medio» de los partidos intermedios de estos opuestos polos es impotente para solucionar *definitivamente* el conflicto; no representa más que la *conciliación momentánea y aparente* de dos adversarios que buscan en el descanso de la lucha nuevos bríos para acometerse con más saña. Es un equilibrio inestable.

Riñen aquí todo el pasado y el porvenir del mundo social. Y no es tan sólo un presente que se defiende; es también un mundo nuevo que viene á la vida. La lucha del puñal y del pelotón de ejecución no son, desgraciadamente, más que armas de combatientes que agotaron ya todas las razones de concordia, no sé por qué llamada pacífica, del derecho.

Maura pasará, Artal pasará, pero este odio de arriba á la libertad queda, este odio de abajo á la autoridad queda también.

¿No os habéis preguntado por qué, escritores que en estos días con generosidad ó con saña habéis disculpado ó culpado hombres é ideas? ¿Por qué se odian los hombres de este modo?

No es seguramente porque las ideas los separen. Jamás llegarán todos los hombres á pensar de un mismo modo en un momento dado. Siempre habrá divergencias.

Observadores superficiales, vais buscando en la vida del derecho de otros países y para el nuestro un ejemplo de paz social que no existe en parte alguna. Esta paz social de otros países es aparente y transitoria. Es una paz que está incubando la guerra futura. A esta paz, momentánea y más aparente que real, podrá contribuir una mayor parte de derechos políticos, un mayor respeto á la humana vida, una mayor conmiseración para los desheredados; no quiero discutirlo: pero en el fondo de esta paz se vislumbra ya la guerra de clases. El aldonazo del hambre, más ó menos fuerte é impaciente, se da en todas partes. Aquí se precipita, allí comienza, más allá se retarda, según sea el grado de cultura del entero cuerpo social, el grado de avaricia de una clase ó la mayor ó menor resignación de otra; pero la guerra sorda ó manifiesta, brota por doquier.

Estallará, fatalmente, en todas partes, porque los hombres no hemos sabido eliminar el factor que la produce.

Y este factor es la propiedad privada. Los hombres se disputan su posesión, porque su posesión es lo único que facilita la realización de la plena vida con todas sus comodidades.

No es por el *derecho* por lo que batallan los hombres; es por adquirir la *posibilidad* de que el derecho sea un *hecho* real y efectivo; y esta posibilidad únicamente la da la posesión de las riquezas sociales, hoy *desigualmente* repartidas entre los hombres.

Acercarse más ó menos á esta posibilidad, como se pretende, no será nunca eliminar la *desigualdad*, y mientras esta desigualdad exista no habrá estabilidad social posible y los hombres se destrozarán.

¿Y qué hacer, pues, si la burguesía no quiere desprenderse de esta posesión y el proletariado quiere adquirirla? ¿Qué hacer, pues, si el egoísmo de unos no cede y la resignación de otros ha acabado? Y si los términos medios que podrían suavizar esta enemiga están fatalmente condenados á la impotencia á medida que con el tiempo aumenten las pretensiones de unos y crezcan las soberbias burguesas, ¿dónde hallar el remedio al mal?

En la misma lucha.

Se me dirá que predico la guerra de clases...

No predico nada. No hago más que explicarme *un hecho*. Esta guerra de clases yo no la he *inventado*, ya la hallé cuando nací. No es culpa mía si la determina todo un pasado.

Me limito á decir: es fatal, creo que no puede evitarse, como no hemos podido evitar, pese á todos los humanitarismos, del zar inclusive, que Rusia y el Japón se lanzaran una sobre otra; como no podremos evitar que una ú otra de estas dos naciones quede destrozada, á pesar de los esfuerzos de todos los espíritus generosos.

Y así como todos los esfuerzos de los contrarios de la guerra no han evitado, aun admitiendo que su acción haya podido retardarla, esta guerra de Rusia y del Japón, todos los esfuerzos de los que quieren *suavizar* las luchas sociales no evitarán

que la guerra de clases se desencadene más ó menos tarde y destroce á uno de los combatientes.

El paso de la propiedad privada á la propiedad común no se efectuará, ciertamente, de un salto, pero tampoco se efectuará sin dolor, digan lo que quieran los evolucionistas, que no saben ver que una revolución no es más que un eslabón, un momento, un detalle de la gran evolución de la humanidad, como la rebeldía individual no es más que un eslabón, un detalle parcial de la rebelión colectiva, tan inevitable como los dolores del parto de la mujer. Para llegar á su estabilidad actual, el planeta ha tenido que pasar por una serie de trastornos geológicos. Así la humanidad no alcanzará su estabilidad social sin pasar por la serie de trastornos sociales llamados revoluciones.

Se me dirá que hago la apología del atentado...

No aconsejo nada, vuelvo á repetir que no predico nada. Explico un fenómeno.

También se produce como un asesino la intolerancia, el reaccionarismo y la progresividad de las clases altas que con el funcionamiento de sus privilegios produce á diario miles de víctimas. Pídase también el cadalso. ¿O es que vamos á pedir únicamente el castigo para la intolerancia y la impulsividad de los de abajo y no para la intolerancia y la imprevisión de los de arriba? Seamos siquiera una vez imparciales en nuestros anatemas, que es mucho cuento este de que siempre se pida cordura y resignación á los desheredados y no á los directores del humano rebaño. Más aún: yo voy más lejos que algunos. Si las conclusiones de la escuela determinista son rigurosamente científicas y verdaderas, y por tales yo las tengo, si la irresponsabilidad no puede negarse, si todos vamos empujados, Artal tiene que ir á la calle. Porque una de dos: ó

la responsabilidad existe, y admitido ya por todos que la presente organización social produce víctimas, son responsables de ellas las clases directoras en las personas de sus representantes, y por tanto tendría que imponérseles el castigo á su imprevisión, egoísmo ó maldad, ó con la irresponsabilidad absolvemos á unos y á otros.

¿Dónde está el partido político *avanzado* que aspire al poder y se atreva á incluir en su programa esta supresión de todo el Código penal, lógico corolario del determinismo? No hay ninguno, porque esto significaría ir en redondo contra la propiedad privada, que todos defienden, y la vida del Estado se haría imposible. Pero esto también significa que en la propiedad privada reside la causa de todos los males, que todas las leyes que pesan sobre los pobres se han fabricado para defenderla. Y aquí salta á la vista el *atraso* de la institución Estado y el ilogismo de los deterministas partidarios de esta institución.

Dicen los partidarios del libre albedrío y de la responsabilidad que la sociedad—los individuos que la representan, estaría mejor dicho—tiene que defenderse de los ataques del individuo... Muy bien, pero decidme: ¿dónde está la institución que defienda al individuo de los males que le causa la sociedad?

Cuando la filantropía es impotente para evitar la miseria, cuando las crisis de la producción dejan semanas y semanas sin trabajo á la clase obrera, ¿quién defiende al individuo? ¿Qué de extraño tiene que el individuo se defienda por sí solo y reaccione brutalmente contra un tal estado de cosas que le deja indefenso?

A diario contemplamos la muerte lenta de individuos que carecen hasta de lo más preciso, y nadie

se horroriza. Hallamos un salvaje placer buscando en las peripecias de las batallas la victoria ó la derrota de los combatientes y en silencio pasamos sobre los tendidos en el campo de batalla. ¡Y un simple arañazo causado á un poderoso pone en conmoción á todo el mundo! ¿Por qué? ¿Será porque no estamos acostumbrados á presenciarlo todos los días? ¿Será porque nos adolora únicamente la calidad y no la cantidad de las víctimas? ¿Existe, pues, en el fondo de este gimoteo de toda la prensa burguesa ú obrera, vivo y palpitante, queramos ó no, un espíritu de clase más fuerte que el mismo sentimiento de humanidad de que alardeamos unos y otros?

¿Queréis que el animal llamado hombre deje de ser feroz, pertenezca á la clase que fuere?

Cambiad el medio social, civilizad este medio, que no lo está aún. Borrád esta ferocidad suprimiendo las instituciones sociales que la engendran. Cambiad el modo de ser de la convivencia social. Pero civilizad este medio de verdad, no con simulacros de justicia y de derecho que se estrellan ante este principio de la competencia en que descansa toda esta vida social nuestra. Atacad el problema en sus raíces.

Y el problema queda planteado del siguiente modo:

¿Podéis hacer que la humanidad retroceda hasta volver á ser lo que era antes del feudalismo ó más allá aún?

Si no podéis, derrocad, pues, los últimos privilegios, hasta los últimos vestigios de privilegio que de aquellas bárbaras épocas nos quedan, pues las multitudes, estas multitudes antes resignadas, hoy cansadas de pedir humildemente justicia y más cansadas de ver cómo nadie las escucha, han com-

prendido al fin que tienen tanto derecho á la realización de su vida integral como pueda el hoy más privilegiado de los mortales.

Matad esta esperanza, matad esta aspiración, ó realizadla por completo para todos los hombres instaurando un medio social que asegure á cada individuo toda la suma de felicidad adecuada en cada época al desarrollo progresivo de la humanidad.

La justicia está aquí. Lo demás son digresiones de los inevitables apasionamientos.

¡Y ojalá pudieran tener razón contra mi parecer los partidarios del justo medio!

|| !!

Sí, amigo Bonafoux. «¡Hay algo de lobo hambriento en todo eso!» Y aun un mucho. Es la extrema miseria... y también la extrema ignorancia lo que se agita en el fondo de todo *eso*. Es la eterna agonía de toda una clase que no se resuelve á morir resignada y defiende á dentelladas la vida. No es el instinto del mal, como algunos suponen, lo que resucita, sino la resignación al secular sufrimiento lo que se acaba.

Tiene usted razón, Bonafoux amigo. Aquí todo el mundo se va volviendo lobo. La sociedad actual es una inmensa guarida de lobos. Lobos que comen y lobos que no comen. Se ha perdido el instinto de conservación de la especie, y cuando se pierde, cuando los que debieran conocer y desconocen este factor pasan por encima de todos los derechos humanos y atropellan todas las justicias, no es extraño que el lobo hambriento aparezca. Y el lobo muere, rabioso entonces; pero no es suya la culpa, sino de los que obliganlo á salir de su cubil del hambre á fuerza de pincharlo día tras día.

Usted, como yo, como todos los que respetamos

la vida, este derecho de todos á la vida, lamentamos de veras verla desconocida y atropellada por los lobos hambrientos y por los hartos. Pero nos agitamos en el vacío. Los «burros malvados» no ahondan en todo *eso*. Tienen otros quehaceres más importantes. Los «Panamás» de todo género absorben su atención y no se fijan en el peligro que corren cuando exponen constantemente á la vista del lobo hambriento toda la «carne» que para si solos acaparan.

Los «burros malvados» no saben lo que es sentir hambre, y ni siquiera se dan cuenta de que otros puedan sentirla. Ellos no saben, porque no han querido verlo con sus propios ojos, todo lo que encierra de miserable y triste y abandonado este París tan bonito por fuera, este Londres tan *brumoso* en el barrio de los Italianos y en Witechapel, este Berlín imperial, este Madrid corrompido. Ellos sólo conocen la Castellana de estas ciudades y nada más. No han *vivido* en ellas con un *schelling* al día por todo recurso. No han trabajado diez y ocho horas diarias como los sastres judíos de Londres. No han paseado una huelga forzosa por las aceras de los bulevares. No han tenido que asfixiarse con carbón en las destartaladas buhardillas del barrio de Montmartre. No han adquirido la *pellagra* en los arrozales de Italia, como aquellos pobres campesinos chupados por las sanguijuelas de los pantanos. No se han visto obligados á secar sus miembros con el sol del Brasil y de los campos argentinos sirviendo de criados á la máquina segadora. No se han embrutecido prematuramente en ninguna mina de azufre como los tiernos niños italianos. No saben lo que cuesta arrancar la hulla que queman en sus estufas. No saben á lo que sabe el *bese* del alga cuando el mar engulle al pescador... Nada, nada

de todos estos sufrimientos saben, y se extrañan cuando por rara casualidad un lobo de estos muerde... por hambre y por ignorancia... lo único que sacan de esto que llamamos vida.

¡Ah! Yo lamento como el que más ver morder al lobo hambriento; pero también irrita ver cómo muerde, por el sólo placer de morder, el lobo harto. En esta carnicería no sé ver otra cosa que hambres y egoísmos. Es la más vulgar de las bestialidades lo que se agita en todo *eso*. ¿A quién la culpa? Yo he de responder como el legendario Cristo: «El que no haya pecado que arroje la primera piedra.» Yo creo que un mal es siempre consecuencia de otro mal mayor. Yo creo que el excesivo hartazgo de un lobo *determina* el feroz mordisco del otro lobo hambriento.

No; los «burros malvados» no saben ni quieren hacerse esta clase de consideraciones, las únicas que deben hacerse ante el espectáculo de esta carnicería, que está por debajo de todos los ideales; porque—y digámoslo con entera franqueza—en estas dentelladas de unos y otros lobos el ideal respectivo queda reducido á su mínima expresión posible; casi no hay ideal. No hay más que apetitos satisfechos ó por satisfacer. Cuando la *bestia triunfante* huella con sus patazas el ideal de justicia y de libertad, ¿qué de extraño tiene que la *bestia aplastada y vencida* lo interprete á través del prisma del hambre, de la impotencia y de la desesperación? Aquí hay más bien una excesiva acumulación de desesperación que estalla brutalmente por ignorancia mejor que por otra causa.

No es tan mala la naturaleza humana como juzgan los «burros malvados»; que de serlo, la resignación secular á tanta secular miseria no hubiera sido un hecho y la maldad de los menos no hubiera

prevalecido y entronizándose sobre este pedestal de miseria y abandono que dejó apuntado.

Lo que no quieren ver, amigo Bonafoux los «burros malvados» en todo *eso*, es que cuando en fuerza de ser bueno se llega á odiar, por un extraño proceso cerebral, el individuo casi deja de ser hombre y se vuelve lobo, lobo rabioso que halla todos los senderos de la vida material cerrados. ¿Es culpa suya si se los cierran? ¿Qué tiene que ver con todo *eso* el ideal? El ideal no odia, el ideal no mata; el ideal vivifica. Quien odia es el hambre; la desesperación es la que mata.

¡Ah! Como el que más, yo aborrezco y lamento las consecuencias de esta lucha que sostiene el hambre y la hartura, el harapo y la seda, el miembro triturado y el organismo satisfecho; pero no puedo incurrir en la vulgaridad de atribuirla á la «hidra revolucionaria», y en nombre del ideal de bondad, de libertad y de justicia, protesto de que se le acuse de semejantes desaguisados.

Pero ya verá, amigo Bonafoux, como á pesar de su atinada observación, volveráse nuevamente á acorralar al lobo hambriento; como en lugar de darle todo el pan que sobra le darán el plomo que mata... ¡siempre el crimen queriendo corregir el crimen!... Historia vieja...

Ya verá usted como nuevamente el lobo satisfecho no «preparará—según sabiamente aconsejó *El Progreso* de Madrid estos días—la conciencia social para que la evolución no tenga dolores supremos de entrañas desgarradas, para que el derrumbamiento del mundo antiguo no aplaste en una convulsión extrema á la humanidad esclava que procura su redención». No es ésta labor que puedan efectuar los «burros malvados». Es labor para almas generosas desapegadas de los intereses crea-

dos... y ¡hay tan pocas! que mucho me temo que sus predicaciones de fraternidad y justicia queden semiolvidadas por mucho tiempo...

Sí, amigo Bonafoux; «hay algo de lobo hambriento en todo *eso*».

Hay remedio

Siempre, en los grandes momentos de trastorno social, ha habido hombres que se han entregado al pesimismo más extremo, creyendo llegado el fin del mundo...

Y el mundo ha continuado marchando.

Pero siempre también ha habido hombres cuyo pecho no se ha cerrado jamás á la esperanza...

Y el abatimiento de los primeros ha sido ruda-mente sacudido por el ardor, la fe y el espíritu de proselitismo de los segundos...

Y la lucha ha continuado de nuevo, porque la lucha es la vida misma. No hay lucha sin ideal, y sin ideal la vida no es vida. Y como todo ideal, cuando es sincera y hondamente profesado, supone bondad, la vida no es vigorosa, fecunda, rica en sensaciones, sino á condición de que el individuo responda á esta sensación del ideal. «Obrad contra esta sensación—ha dicho un conocido revolucionario ruso—y sentiréis vuestra vida como se desdobra; habrá perdido parte de su vigor. Faltad á vuestro ideal y concluiréis por paralizar vuestra voluntad, vuestra fuerza de acción. *Sois un ser roto.*»

He aquí el pesimismo, y he aquí por qué me duele verlo reflejado en un periódico.

Males sin cuento azotan al hombre... Achácalo el articulista á la Naturaleza, que hizo malo al hombre. Culpó yo á esta defectuosa organización social. Muy distanciados estamos, pero no desconfío de acortar esta distancia.

¿Es usted malo, señor articulista? ¿Se siente usted malo, esencialmente malo? ¿Capaz de pegar una puñalada al vecino «porque sí», por el placer de matar? No lo creo. Aun considerándoles un mal, superficialmente observado, ¿siente usted los sentimientos de altruismo y abnegación? Es, pues, usted bueno, concibe la bondad, y esta concepción de la bondad, que en mayor ó menor grado de desarrollo hallaremos en todos los individuos, prueba que la bondad existe, y que el mal está perdiendo cada día más una parte de su intensidad.

La Naturaleza no ha hecho al hombre bueno ni malo, egoísta ni altruista, porque la Naturaleza no es ninguna providencia creadora. El hombre primitivo, al destacarse de la bestialidad, surgió sencillamente ignorante. He aquí la causa de todos sus errores y extravíos.

Dice usted que «el progreso y la libertad se han abierto camino», lo cual supone, contrariamente á su afirmación de que «el mal ha continuado cada vez más intenso y permanente», un decrecimiento de aquella ignorancia y un aumento de bienestar material y moral. Y no podía suceder de otro modo, porque el hombre no vino á detener la evolución del reino animal, sino á continuarla.

¿Cómo, en virtud de qué fuerza esta evolución se ha efectuado? Por el *apoyo mutuo*, por la bondad, por la abnegación estas que usted niega al hombre, y que son comunes á todos los animales sociables. Veámoslo.

Forel ha demostrado, con una masa de observa-

ciones y de hechos, que cuando una hormiga que ha llenado abundantemente de miel su papada encuentra á otras cuyo vientre está vacío, éstas pidenle inmediatamente de comer. Y entre estos pequeños insectos es un deber para la hormiga harta devolver una parte de lo que ha comido, á fin de que coman las hambrientas. Una hormiga egoísta que se negara, veríase tratada más duramente que los enemigos de su especie.

Pregúntese asimismo á los gorriones si está bien no advertir á la pequeña sociedad desde el momento que habéis arrojado algunas migajas de pan en el jardín, y si ha obrado bien robando del nido del vecino las briznas de paja, y los gorriones os responderán, con la muda elocuencia de los actos, que está muy mal hecho, arrojándose todos sobre el ladrón. Las marmotas no niegan el acceso á sus almacenes á las demás marmotas de la colonia.

Este apoyo mutuo que se observa en los animales, y que responde al *instinto de conservación de la especie*, se observa asimismo entre los salvajes y persiste á través de todos los obstáculos que la ignorancia humana ha creado inconscientemente.

El apoyo mutuo, la bondad, es, pues, la ley del progreso. Y si el hombre fuese esencialmente por naturaleza malo, habria desaparecido de la tierra, porque no hubiera podido vencer los formidables obstáculos naturales de orden material.

Y sin leer á Kant, ni á los Santos Padres, ni á Moisés siquiera, la hormiga, el gorrión, la marmota y el salvaje tienen la misma idea del bien y del mal. El instinto suple la ausencia de inteligencia.

Lo que hay, señor articulista, es que un puñado de hombres, en todas las épocas, han desconocido esta ley del apoyo mutuo, y todos sus actos de auto-

ridad—leyes, religiones—han obstaculizado, no detenido, esta marcha ascendente de la evolución. Pero los gorriones humanos se han echado continuamente contra ellos y á picotazos les han enseñado que no obraban bien, que sus actos eran contrarios al bien de la especie. Y estos picotazos se forman de millares de abnegaciones y sacrificios y de redentores. Anónimos y no anónimos.

Y aun las mismas leyes han explotado estos sentimientos de bondad del apoyo mutuo, utilizándolos á beneficio de una sola clase. Las nieblas de la ignorancia no permitían ver claro lo que hoy una serie grandiosa de observaciones y comprobaciones ha puesto en evidencia, ó sea que los actos son *buenos* cuando son *útiles* á la sociedad, y *malos* cuando son *nocivos*.

Esta verdad, que el instinto del animal, del salvaje, del hombre ignorante, ha practicado confusamente en todas las épocas, para conservar la vida de la especie, está aún desconocida por esta minoría directora del rebaño humano, empeñada en atender más á su individual conservación, sin comprender que en su aislamiento tócale desaparecer algún día arrollada por las multitudes, que en las revoluciones buscan el equilibrio que á su vida les niega aquel individualismo antisocial.

Y á través de estas hecatombes, no ha fracasado jamás este apoyo mutuo, esta bondad entrevista por Budha, Cristo, Mahoma y Lutero, que observaron muchos naturalistas y trataron de explicarse los filósofos, hasta que Guyan dió en el clavo.

«El origen del apoyo mutuo, de estas abnegaciones y sacrificios—ha dicho Guyan—es el sentimiento de su propia fuerza. Es la vida que rebosa, que busca extenderse. Sentir interiormente lo que se es *capaz* de hacer, significa adquirir la primera

conciencia de lo que tenemos el *deber* de hacer. El deber no es otra cosa que una exuberancia de vida que pide ejercerse, entregarse, darse: es al propio tiempo el sentimiento de un poder.»

Y «he ahí por qué—como dice Kropotkine—este sentimiento, esta práctica de la solidaridad, no esa nunca, aun en las épocas peores de la historia. Aun cuando circunstancias temporales de dominación, de esclavitud, de explotación, hacen desconocer este principio, subsiste, no obstante, en el pensamiento de la mayoría tan arraigado, que hace brotar un impulso contra los malos instintos, produce una revolución. Sin esto, la sociedad perecería. Es toda la evolución del reino animal que habla en nosotros.»

Esto á través de la historia. Y presentemente lo mismo.

En sí, los actos no son ni buenos ni malos, y si el hombre explota á su semejante, si el hombre mata al hombre, si miente, si *es malo*, eslo *por interés* individual contrario al de la especie.

Pero no todo el mundo roba, mata ni explota. La generalidad ni roba ni explota. Se deja explotar por ignorancia, lo cual supone exceso de bondad.

El interés colectivo se va formando y anula cada día más aquel interés individual; y este interés colectivo—solidaridad—no es sino una mayor práctica de apoyo mutuo—bondad.—El hombre de hoy es mejor que el de ayer; el de mañana será mejor que hoy.

No lo dude el articulista. Hay una distancia inmensa entre el hombre primitivo y el de las sociedades modernas, entre la tribu y las naciones. Y esta distancia la ha llenado el hombre, domando á la Naturaleza, satisfaciendo, creando y satisfaciendo

do de nuevo más necesidades materiales. Y si el hombre ha ido gradualmente creando el progreso material—aun beneficiando una clase más que otra,—gradualmente crea el moral y el intelectual del mismo modo.

Trátase, pues, de buscar en el «uno para todos y todos para uno» del apoyo mutuo una organización social en la cual *todos los individuos sean buenos por interés*, y para ello nada mejor que una sociedad en la que todos sean propietarios de las riquezas todas, para que todos tengan un interés igual en conservarlas, aumentarlas y distribuir las equitativamente. Nada más que productores y consumidores, produciendo según sus fuerzas y consumiendo según sus necesidades.

El día en que el hombre comprenda bien que perjudicando al vecino contraviene la ley conservadora de la especie de la cual forma inseparable parte y que se perjudica á sí mismo, dejará de ser ocioso, embustero y asesino. Habrá mejorado.

Pero una tal organización social supone también el derrocamiento de todo poder autoritario, hoy puesto al servicio de la minoría, porque sin la completa libertad de acción el individuo se expone á caer de nuevo en la esclavitud. No se trata de dar nuevas leyes al hombre, sino de hacerle comprender, interpretar, y dejarle que libremente practique esta ley natural del progreso para que más ampliamente se produzca. Nada de sustituir una clase á otra. Esto, además de ser injusto, crearía realmente nuevos odios y nuevos males. Interés común, apoyo mutuo, libertad, instrucción. He aquí el bienestar material, la bondad, la felicidad, la belleza y la sabiduría.

No sé si habré acertado á explicarme. Es tan

complejo el problema, que el poco espacio de un artículo apenas si da para bosquejarlo.

Además, al tomar la pluma no quise despejar su incógnita, sino con preferencia tratar de demostrar la existencia de la bondad en la humana naturaleza, que el articulista niega, y que yo hallo en la mayoría de los hombres, á poco que con la observación directa arañe su tosquedad.

Póngase en contacto directo con el proletariado y verá, como yo, qué tesoro de abnegaciones y bondades encubre la tosquedad de la frase, la rudeza de las maneras y el error de su ignorancia. Yo he aprendido á amar al prójimo entre esta anónima muchedumbre que los privilegiados tanto detestan, porque temen que despierte algún día olvidando su secular bondad, esta misma bondad pasiva que les permite acaparar todas las riquezas. Yo aprendí en ella cuánto vale este apoyo mutuo que remedia en secreto males que la caridad oficial no cura nunca ni puede curarlos. He presenciado rasgos de esto que llamamos altruismo, que no bombardeará la prensa jamás, y que me conmovieron profundamente, infundiéndome en mi ánimo la fe en esta bondad redentora.

Y si algo menguó esto que el articulista llama «ilusiones de los anabaptistas de hoy», fué precisamente este *exceso de bondad popular* que se deja arrebatar siempre el premio de sus esfuerzos por un puñado, un puñado tan sólo de bandidos, una infima minoría al lado de esta gran masa que trabaja y espera. Pero mi abatimiento fué siempre pasajero, porque sé que todas las paciencias han tenido un límite y las clarividencias han puesto un momentáneo alto á la excesiva bondad, para poder sacudir un yugo cuando pesa demasiado.

Y tarde ó temprano las masas se lo sacudirán

de nuevo, y si no alcanzan el imposible de una sociedad absolutamente perfecta, caminarán en cambio continuamente, progresando siempre, hacia este absoluto que no se alcanza, pero en cuyo camino se hallan las relativas felicidades que al hombre le sea dable fabricarse con sus propias manos.

Y el tiempo hará lo restante que no pueda la generación presente.

Libertad

Hay quien sostiene muy seriamente que el hombre es por naturaleza tirano... Afirmación menos ajustada á la realidad de los hechos históricos no la oí en mi vida, sólo perdonable en quienes desconociendo el hombre y su historia se empeñan uno y otro día vanamente en achacar á la pícara Naturaleza, comodín obligado de la impotencia moral y de la pereza intelectual, males sociales que sólo son hijos de lo imperfecto de las instituciones que un puñado de hombres han impuesto en todas las épocas á la ignorancia de las multitudes ó de los pueblos.

No me extraña, porque siempre hubo inteligencias forjadas al calor de todos los dogmas y sabidurías oficiales, que son los que sostienen las majaderías y los errores de que se alimenta la casi totalidad de las gentes.

¡Tirano por naturaleza el hombre! Afirmación semejante sólo puede ocurrírsele realmente á un cerebro predispuesto por educación á la tiranía, jamás al cerebro equilibrado por el estudio del hombre y la historia de la marcha progresiva de los pueblos aprendida fuera de las aulas universitarias, foco de donde emanan, por regla general, todos los embustes seculares.

¡Tirano por naturaleza el hombre! ¿Dónde ha-

brá aprendido la filosofía de la historia quien tal afirma? ¿En la historia *oficial* de los actos de los reyes, magnates y gobiernos? ¿En aquella historia en que los tales actos lo son todo y nada las aspiraciones y los sentimientos de las multitudes? Sólo así se comprende que se achaquen á todo el género humano defectos y maldades que sólo patrimonio son de los individuos... cuando ejercen poder y mando, absoluto ó limitado, sobre las multitudes.

¡Tirano por naturaleza el hombre! Está muy pronto dicha y nada demostrada esta afirmación, cuando se la funda solamente en el hecho de que los individuos que blasonaban de liberales han ejecutado actos de tiranía una vez constituidos en gobierno, y en el otro hecho de que los individuos los ejercen también en el hogar.

Esto sólo debe enseñarnos que el principio de autoridad, que ha sido el regulador de todas las instituciones políticas y religiosas, es y será despótico y tirano, convirtió y convertirá en tiranos á los individuos que lo representen en cualquier momento y lugar dados, tanto en la vida pública como en la privada del hogar, reflejo de aquélla.

Ante todo conviene siempre no confundir el hombre-pueblo con el hombre-autoridad para no exponerse á caer en generalizaciones un tanto atrevidas.

Es el medio el único corruptor de los hombres; pero los hombres han reaccionado constantemente contra el medio—autoridad y su influencia en la educación de los pueblos,—y de este medio corruptor han ido limando más cada día sus impurezas, y buena prueba es de ello que el progreso en todas sus modalidades existe, y que media una distancia enorme entre el poder *absoluto* de un autócrata sobre todos sus súbditos y el poder del gobierno en República federal *limitado* por buen número de

garantías individuales que no gozan los súbditos de aquél, como media también distancia enorme entre el derecho de vida ó muerte que el jefe de familia tenía en la antigüedad sobre los suyos, hoy defendidos por las mismas leyes, que en algunos países castigan en el padre hasta un simple manotazo dado á sus pequeñuelos.

Y este progreso, esta mayor suma de libertad colectiva é individual, debería enseñar á los que poco profundizan que aun dentro del mismo principio de autoridad, la libertad, el principio de libertad, evoluciona y se desarrolla y robustece más cada día, en detrimento y decrecimiento del principio de autoridad corruptora de los Cronwell, de los Robespierre, de los Gladstone, de los Rudini, de los Sagasta y de los Rochefort habidos ó por haber. Y esto ¿por qué? Porque es ley natural que el hombre, colectiva é individualmente, evolucione desde la *menos* libertad hacia la *mayor* libertad posible. Así como en física es una verdad incontrovertible que el frío no existe y que sólo hay una mayor ó menor cantidad de calor, lo mismo puede decirse del absolutismo. No existe sino como término de comparación. Hay individuos é instituciones más ó menos liberales. Desde el autócrata que sólo quiere la *libertad para él* hasta el anarquista que la quiere *para todos*, como corolario de la igualdad económica, hay una variedad de gradaciones representadas por otras tantas fórmulas autoritarias como se han disputado la dirección política de los pueblos. Y he aquí por qué pelagra constantemente la libertad como fin político; porque los hombres no han sabido comprender aún que libertad y autoridad son antagónicas, y que la mayor suma de libertad ha de hallarse en la ausencia del principio de autoridad.

No; el hombre no es por naturaleza tirano. El

hombre por naturaleza es libre, y buena prueba es también de ello, si no bastase lo antedicho, esta eterna aspiración de los pueblos hacia la mayor suma posible de libertad—la autoridad ha seguido siempre á remolque de estas aspiraciones populares—sacrificándose constantemente para obtenerla, dando continuamente su sangre. Y los millones de individuos que por ella se han sacrificado, y cuyos nombres no registrará la historia nunca, no pueden ni deben confundirse con los nombres del puñado de individuos que los *capitaneaban*, y más tarde, gracias al corruptor principio de autoridad, gracias al medio en que los colocó la rutina ó la ignorancia, se volvieron contra los pueblos.

Subrayo la palabra *capitaneaban* porque aun actualmente es error crasísimo creer que un pueblo tan libre como es el americano, lo sea por completo de sus acciones. Los pueblos políticamente libres son *aún* el juguete de la voluntad gubernamental y de los intereses de clase, no escapan por completo á su influencia. Sin las enseñanzas y voluntad gubernamental, siempre puestas al servicio del privilegio, el pueblo yanqui no se hubiera lanzado sobre ningún otro pueblo. En este caso es aún y siempre aún, el principio de autoridad quien ahoga la libertad de otro pueblo, valiéndose de la farsa patriótica inculcada como virtud nacional al propio. De los actos de tiranía ejecutados por todos los hombres de gobierno, desde el primer Nerón hasta nuestros días, no debe hacerse responsables á los pueblos, disculpados siempre por su ignorancia; como de la tiranía de unos cuantos no debe sacarse en conclusión que todos los hombres sean tiranos. Los pueblos no han ejercido tiranía sobre otros pueblos por cuenta propia, sino por cuenta de los que los *capitaneaban*, falseándoles previamente el

sentimiento de libertad. Determinar el conjunto por el carácter de las unidades Nerón, Luis IV, Enrique VIII, Fernando VII y Catalina de Rusia, es generalizar demasiado la tiranía. No insistiré sobre el particular, porque ya demostré abundantemente en anterior artículo, apoyándome en la ley natural del apoyo mutuo en los animales, cómo la maldad humana es consecuencia de errores político-económicos, y sería ocioso repetirme.

Contrariamente á lo que afirma alguno, la humanidad debe simbolizarse *precisamente* por sus libertadores, que no son tan contadísimos como se cree, y la *legión anónima* de sacrificados, cuyo eficaz concurso significa precisamente también que *sentían* la libertad para el prójimo por el cual se sacrificaron y sin cuyo sacrificio desinteresado la humanidad no hubiera podido avanzar por el camino hacia la libertad.

Esto es lo que enseñan los casos concretos cuando se interpreta la historia de los pueblos y de sus aspiraciones y sacrificios, y no cuando se estudia la marcha del progreso en la historia de los reyes y de los gobiernos. Y la historia de los pueblos no nos la han escrito los Lafuente ó los César Cantú. La historia de los pueblos está en los anónimos Espartaco de todas las épocas, en las luchas por sus independencias políticas, en las luchas de carácter económico que representan las hecatombes de Milán, en todas estas abnegaciones y sacrificios de las multitudes, en este calvario hacia la libertad de todos los millares de individuos que la han *sentido*, intuido ó vislumbrado. Precisamente porque las multitudes la han sentido mejor que la han comprendido es por lo que siempre se la han escamoteado los gobernantes, sin lograr empero detener su evolución.

Pero actualmente hay quienes hanla comprendido y sabido definir mejor que en otras épocas y dicen al pueblo: «¿Quieres ser libre? No pongas á nadie sobre tu cabeza, ni á mí mismo que te enseño á ser libre, porque si tuvieras ¡oh pueblo! la debilidad de conferirme poder sobre ti y yo la he aceptado, el tirano resucitaría de nuevo. No dejes que nadie se te imponga. La razón es tu única soberana. No la codigues de nuevo para que no surjan nuevos dogmas. La verdadera libertad es ilegislable. Y ten en cuenta que no serás libre mientras subsista la esclavitud económica, que es la peor de las esclavitudes. No persigas la libertad como fin político, sino como fin económico. La razón es la única reguladora de los actos humanos. Ajusta los tuyos de modo que tu libertad no atente á la libertad del vecino si no quieres que el vecino atente á la tuya.»

Dos palabras para terminar. Con lo dicho creo haber demostrado que hombres que así enseñan no podrían mandar y cometer exacciones, como sucede con los hombres de otras escuelas más ó menos afines. El calificativo de «enférmos que dicen cosas maravillosas» aplicado á los intelectuales me parece una vulgaridad propia de gentes dogmáticas, que siempre ven locuras y herejías en los que no comulgan con su modo de ver las cosas. Hereje Galileo, loco Colón ó «enfermos», es siempre lo mismo. Lo peor del caso es que los que así discurren en nuestros días son individuos que han contribuído á desterrar el dogma religioso y el dogma de la monarquía... ¡Lo que puede la influencia de una educación liberal... á medias!

Fe en el porvenir

No lloréis como chiquillos, y aprended á vivir como hombres.

Y yo, don Nadie, digo al pueblo, á este pueblo español que tirios y troyanos de todos los partidos consideran irredimible, muerto para el progreso:

No creas en sus augurios de proféta bárbaro, porque tendrían el tristísimo don de matarte de veras, acabando con las pocas energías que te han dejado siglos de lucha para robustecerles á ellos. El pueblo no muere, porque el pueblo es la especie humana, y ésta no se encierra únicamente en una España moribunda.

Lo que está muriendo aquí—como á su tiempo murió en Egipto, en Persia, en Grecia en Roma—es el organismo *nación*.

Y morirán también todos estos otros que, como Francia, Inglaterra, Alemania, Estados Unidos, etcétera, etc., los enseñan ahora como naciones superiores—y comparadas con la nuestra sonlo realmente—que han sabido evolucionar á tiempo y salvarse de un naufragio que á todos amenazaba á no haber cambiado de rumbo.

Fijate en una cosa:

Cuando las naciones actuales no estaban aún constituidas, lucharon entre sí los pequeños Estados que más tarde las formaron, y en aquella lucha hubo también Estados pequeños que nacieron, vivieron, hicieron su época y murieron, y con los individuos que los componían se formaron las actuales naciones. ¿Murieron, acaso, aquellos pueblos? No; moría tan sólo el *pequeño Estado*, porque el ideal de progreso de aquella época consistía en formar grandes naciones.

Y se constituyeron. Y el ideal de las grandes naciones, una vez constituidas, dejó de ser tal para convertirse en comercio. Todas ellas han querido ser la más fuerte, la más rica, la más sabia, y en esta nueva lucha que esta competencia engendró debía reproducirse de nuevo el mismo fenómeno que con los pequeños Estados: naciones que nacen, viven y mueren. Estamos aún dentro de este período de lucha por la supremacía de una nación.

Fijate también en otra cosa:

En el terreno de las ideas pasa lo mismo. Hubo pueblos paganos cuyo paganismo nació, creció y murió para ceder el paso al nacimiento del cristianismo-católico, que asimismo nació, vivió y muere para a su vez ceder el puesto al materialismo. Lo mismo en política, en este arte de desgobernar pueblos, nació, vivió y murió la barbarie, como nació, creció y murió el feudalismo, la monarquía absoluta y la democracia. Estamos asimismo dentro de este período democrático, y la nación que más lo sea mayores probabilidades tiene de realizar aquella supremacía que dejó apuntada. La que mayormente la realice, más tiempo de vida tiene ante sí; de reata seguiránla las demás; pero la *nación democrática* también desaparecerá, hará su época

y morirá. Todo se transforma, y cuando se transforma bruscamente damos el nombre de muerte a lo que desaparece y de vida a lo que nace; pero la materia, la *vida* no muere nunca. En esta transformación incesante, continua, eterna, aun le quedan millones de años de vida a la especie humana, y precisamente por esto repito que el pueblo no muere.

Hacer creer al pueblo español que se está muriendo, es querer enterrarlo. No hay que creer en las planiferas de oficio, cuyo propio ideal es lo único que se extingue en esta hecatombe que nos envuelve. Me explicaré:

Murió el salvajismo, la barbarie, el feudalismo.

Murió el paganismo, el espiritualismo religioso.

¿Qué ideales le sustituyeron? La democracia en política y un materialismo grosero para uso particular de economistas burgueses.

Ahora bien; ¿han de ser eternos ambos? No, sin duda alguna, y ya vemos, por todas las señales que nos rodean, que la democracia, casi antes de desarrollarse por completo, va camino de la tumba. Hay naciones republicanas que no viven tan prósperas, económicamente hablando, como alguna nación monárquica. Las hay, como Francia y actualmente los Estados Unidos, que a pesar de toda su riqueza, hija de un trabajo de varias generaciones que podría ponerlas a cubierto de toda ambición, se vuelven guerreras, están en camino de la dictadura militar, que es como si dijéramos: llevan ya en su seno el germen que se comerá toda su acumulada riqueza. Lo que equivale a decir que se gastarían y morirán.

¿Y después? ¿No hay más ideales? ¿Concluyó el progreso ya? De ningún modo.

Tomemos al azar una nación. Cada día mueren

en ella millares de individuos. ¿Muere por esto la nación? No; porque cada día nacen á millares.

Del sinnúmero de pequeños Estados murieron muchos; pero su desaparición dió vida á las grandes naciones actuales. De éstas, no cabe duda, hay algunas moribundas; pero ¿muere por esto la gran familia humana? ¿Deja la especie de caminar hacia el acrecentamiento de su perfección física, moral é intelectual? ¿Quién osará sostener lo contrario?

Y si esto es verdad, como lo es, ¿qué puede importar que un pueblo muera como nación, que su grandeza pasada ceda el paso á otra grandeza presente, que ésta anule, absorba, engulla totalmente á aquélla ó la deje reducida á su mínima expresión, si siempre queda pueblo, siempre queda masa para ir amasando el progreso de la especie?

¿Sabes lo que hay ¡oh pueblo! detrás de todo este lloriqueo de filósofos, políticos y economistas que filosofan y gobiernan al día? ¿Sabes lo que significan, de hecho, todos sus augurios, todas sus profecías de degeneración?

Pues sólo significan la muerte de sus ideales—por no decir otra cosa—mezquinos y raquíticos, como la menguada fe con que los sustentaron, como su propia actual desesperación.

Para el demócrata que ha hecho pactos y transigencias con el espíritu monárquico y religioso, enemigos suyos, es la intuición de que muere la democracia que, transigiendo en España, imperando en otros países, ha tenido sujeto y explotado á dicho rebaño humano.

Negra es su culpa, la culpa de no haber querido seguir las lecciones de la ciencia y puesto límites al progreso de la especie, obstaculizándola, deteniéndola, una vez en el ejercicio del poder y del mando, y la arrojan sobre el tejado de la ignoran-

cia y pasividad popular, como si ambas no fueran el producto de su inepticia, de esta inepticia de *malos pastores* que, en lugar de dirigir, mandan una nación al abismo.

Sí; todo este lamentarse es la muerte de un ideal: la gran nación-patria dominando y sojuzgando todas las demás. Se habituaron y nos habituaron en esta lucha de nación á nación, en esta competencia, mejor dicho, en la que el único sacrificado materialmente es el pueblo, y cuando la experiencia les enseña que en toda lucha hay un vencedor y un vencido, todo es volverse jeremiadas inútiles, todo se les va en imputar al pueblo la falta de *fuerza* que ellos no tuvieron, todo se les vuelve, á última hora, querer amaestrarle para la *revancha*... ¿y por qué?

Porque en una nación, los partidos, entiéndase bien, los partidos que directa ó indirectamente hayan contribuido á su total ruina, no se resignan á pasar á ser los súbditos de la nación vencedora; les iba muy bien en el machito del mando de su pequeño rebaño. Los partidos son siempre unos egoístas que prefieren luchar eternamente sobre las destrozadas espaldas del pueblo antes que confesar la decadencia de su particular ideal, cuando éste está en pugna con las lecciones de la experiencia y de toda la historia del progreso humano, que en su eterno caminar anula su pequeñez de mandones.

Y yo, don Nadie, digo al pueblo español, á todos los pueblos: Si los partidos reaccionarios te dicen y aconsejan que hay que volver los ojos hacia el pasado, no los creas; el pasado no se resucita. Si los partidos demócratas—que tienen por ideal la nación fuerte—te dicen que hay que imitar y sobrepujar la fuerza física, moral é intelectual de la nación vencedora, no los creas tampoco, porque

entonces tu poderío significaría la muerte del hoy vencedor, y este ideal lo es de destrucción del género humano y no de su grandeza. Esto es correr en pos de innumerables Sedán, esto es aún la barbarie, pero no es la civilización, con que adjetivarías tu grandeza.

La grandeza de las naciones que vencieron al Egipto, la Persia, la Grecia, la Roma, la Francia, la España, etc., es la grandeza de las castas guerreras y sacerdotales, es la grandeza de los autócratas, de los monarcas y sus nobles, en la antigüedad, y presentemente es la grandeza de la burguesía, que tiene por nombre democracia.

Pero no es nunca la grandeza moral é intelectual de la gran masa, mientras esté sujeta á tanto ideal religioso, político y económico con que hasta el presente hanla venido y están tiranizando.

Si; hay naciones moribundas; pero el pueblo no muere, *porque aun no ha vivido vida propia.*

Ríete ¡oh pueblo! de los llorones que te desaniman cantando sus funerales. Diles que se encierren en los mausoleos en que el tiempo guardará sus barbaries, sus religiosidades, sus ejércitos, sus monarquías, sus repúblicas... y que te dejen en paz.

Diles que tú tienes fe en el progreso, en aquel progreso de la especie que avanzó pasando por encima de tantos dogmas y pasará asimismo por encima de la idea nación, de la idea patria y fundará con los hombres que escapen á estos Molochs, la *gran familia humana*, regenerada por un trabajo dirigido por la ciencia, dirigido por la razón; pero no la razón y la ciencia estancadas en tal ó cual partido, sino por la *ciencia*, que enseña el aprovechamiento de *todas* las libres iniciativas individuales, y la razón, que enseña á armonizarlas con la práctica de una *libertad* que no se funde en el do-

minio del hombre sobre el hombre, y de una *igualdad* económica que permita la integral satisfacción de todas las necesidades.

Busca *la vida* en la amplitud de horizontes de fraternidad, no en las mezquinas luchas de esclavos que se destrozan en los campos de batalla, anfiteatro para solaz de dueños y señores.

Y cuando plañideras modernas, con apariencias de razón, entonen salmos sobre el cadáver de tal ó cual raza, de tal ó cual nación, con la franca risa de un corazón abierto á la esperanza y que tiene fe en el porvenir, diles: «El pueblo no muere. Quiero vivir mi vida; aquella vida que me habéis extrangulado tantos siglos rebosa aún en mis venas, la siento latir fecunda y joven á pesar de tantas sangrias. Yo la afirmo ante vuestro lloro de chiquillos. Ella redimirá al género humano de todos sus pasados errores, miserias é ignorancias. Quiero vivir y viviré la vida que yo quiera y no la que hasta el presente me han concedido todos los partidos desde el poder, que, dígase lo que se quiera, es siempre opresión y tiranía.»

Hacia el porvenir

«Desconocéis la realidad—nos dicen los más benévolos adversarios del anarquismo;—soñáis, y vuestro sueño no tiene otro mérito que el de una bella utopía.»

Es el cantar viejísimo con que ha sido saludada desdeñosamente la aparición de todas las grandes reformas sociales.

Desconocieron la realidad los reformistas religiosos que luego pusieron un freno al intolerante exclusivismo de la Iglesia romana. Desconocieron la realidad los partidarios de la abolición de la esclavitud, que con su tenacidad atajaron la explotación de la carne de ébano. Desconocieron la realidad los llamados petroleros republicanos, que hoy codean su institución con la de las testas coronadas. Desconocieron la realidad los socialistas autoritarios, á cuya forma de convivencia social hacen hoy concesiones los repúblicanos y los mismos monárquicos...

La historia está llena de estos «desconocedores de la realidad», heraldos de un porvenir cuya visión no cabe en la mollera estrecha de los adaptados y absorbidos por cualquier presente, prontos siempre, sin embargo, á manchar la «utopía» tan

pronto ven que pueden lucrarse con ella desnaturalizando su esencia y su finalidad.

Se nos dijera que no queremos adaptarnos á una realidad que hallamos insuficiente, y se estaría en lo cierto; pero desconocerla...

Cuando nuestra crítica, pujante y victoriosa, tan sólo refutada con calificativos más ó menos benévolos ó denigrantes, apoyada en la observación de los hechos, saca la conclusión de que la realidad actual es el triunfo de la estucia y de la violencia; cuando el análisis científico nos suministra la evidencia de la solidaridad que palpita y funciona en la vida de las células de los organismos y de todo el cosmos y vemos en las sociedades humanas las luchas del egoísmo y de la competencia desenfrenadas y el despiadado pisoteamiento de las mayorías; cuando por doquier dirigamos la mirada, presenciamos el innoble espectáculo de individuos y grupos de individuos que por todo ideal presente y futuro tienen la «sed de oro» que les abrasa y consume; cuando vemos que las sociedades se dividen y subdividen en clases y castas con intereses materiales antagónicos, entregadas á una lucha de bestias por la supremacía de unas sobre otras y de todas sobre la clase más numerosa que con su trabajo de forzados los mantiene en un ocioso bienestar... salir diciéndonos que desconocemos la realidad es decir una solemne tontería.

¿Pero es que se pretende significarnos que esta realidad actual es así y no puede ser otra y que tenemos que aceptarla quieras que no sin protesta, porque no está en la mano del hombre hacer que deje de ser así? ¿Qué idea tendrán de la evolución los que así discurren tan torpemente? ¿No se dan cuenta de que la vida es movimiento y transformación continuos, y que si es verdad que el hom-

bre es un producto del medio social pasado y del presente, también lleva en sí la fuerza suficiente para modificar el ambiente en que vive?

Es querer empeñarse en negar los indiscutibles factores inteligencia y voluntad, pretender que el hombre no puede llegar á crear otros modos de convivencia social en que la autoridad, la coacción material y la explotación económica del hombre por el hombre queden anulados del todo.

Si la democracia ha reducido la autoridad del autócrata á su mínima expresión, ¿por qué el hombre no ha de poder suprimir la autoridad de la democracia, afirmando la anarquía? Si la propiedad privada va siendo ya privilegio de mayor número de individuos, si no mienten recientes estadísticas, ¿por qué no admitir la posibilidad de que llegue hasta el comunismo, máxime cuando el comunismo ha sido ya un hecho en las primitivas sociedades humanas? ¿Tan profunda y esencialmente egoístas é inclinados á la violencia y al despotismo se sienten los partidarios del presente estado de cosas, que no puedan concebir el altruismo y la bondad y la libertad?

¿Queréis saber lo que os empaña la visión de un porvenir mejor y os aferra al presente? Es vuestra carencia de un ideal colectivo que sea propiamente tal, que tenga un real é igual interés para todos los hombres. Esto, esto es lo que os vuelve impotentes y desconfiados. Lo que hasta el presente habéis tomado por ideales colectivos, no han sido más que idealillos de casta ó de clase, á los cuales habéis subordinado la vida toda de las multitudes.

Habéis conocido á la perfección *vuestra vida* de particulares intereses, el interés de vuestro ó de vuestros grupos sociales predominantes, pero olvidasteis la *vida de la humanidad*, cuyo interés está

refido con el privilegio de vuestros intereses de casta ó de clase.

Cada uno de los ideales que habéis realizado, religioso, unidad nacional, patriótico, etc., en los cuales colaboraron las multitudes como comparsas mal pagadas, encierra y ha ocultado un interés de grupo social, pero no ha respondido á un interés verdaderamente general, común, porque la reforma ha dejado á las multitudes tan pobres y oprimidas como antes.

Por esto han luchado y se han destrozado los diversos intereses religiosos, los diversos intereses regionales, y ahora se destrozan los diversos intereses nacionales, por no haber sabido ver que el lazo de solidaridad que debía haberles unido tenía que consistir en que estos ideales dieran por igual sus frutos á las muchedumbres que os ayudaron á crearlos.

Cada uno se ha creído «centro del mundo», y no queriendo ó no sabiendo ver que el centro social, como el del cosmos, está en todas partes, ha lanzado sus huestes, la pobre multitud, sobre el vecino más débil, cuyo derecho á la vida ha sido siempre desconocido. Habéis convertido en campo de matanza una tierra que podíais haber utilizado fraternal é igualitariamente.

No me digáis que exagero y que la humanidad ha beneficiado *algo* con estos ideales que vuestra concupiscencia ha convertido en idealillos. ¡No faltaba más sino que la vida no torciera algún tanto el curso de vuestros yerros y á pesar vuestro! Ella se os impone, con cada nueva «utopía» que os presenta, ensanchando los horizontes mentales. Pero á vuestros idealillos no les ha salido del todo bien la cuenta, porque les ha faltado la base que dejo dicha.

Vosotros mismos ¡oh bien hallados con la realidad! estáis cansados de cantar la palinodia en los raros momentos de lucidez ó de sinceridad de vuestros escritores. No todo ha marchado bien en el mejor de los mundos que os augurabais.

Antes de la formación de los grandes Estados modernos destrozábanse las pequeñas nacionalidades. Se creyó que la unidad nacional pondría término á las sangrientas contiendas, y ¿qué ha resultado? Cambiar de forma y hacer más extensa la matanza. Unas fronteras cayeron y se levantaron otras. Luchan hoy los Estados modernos como pudiesen antes las ahora provincias. El resultado de muerte es siempre el mismo.

La soberanía de un autócrata es absurda; ¿pero deja de serlo, en sus resultados, la soberanía de la democracia? La ley del número es siempre ley de minoría, como antes era ley de minoría la que imponían el autócrata y su camarilla, y tan opresores de la libertad individual uno como otra. Autocracia ó república, barón feudal ó cacique moderno, ¿qué más da? Detrás de estos nombres hay siempre una clase que gobierna y otra clase que le es esclava.

Esto en el terreno político, que en el económico no digamos. Precisamente esta es la madre del cordero de vuestros idealillos.

«¡Enriqueceos!» decía Guizot á la burguesía, y lo habéis hecho sin freno, parapetados detrás de los idealillos, como antaño hicieron la casta sacerdotal y la nobleza, sin preocuparse un ardite de las «viles multitudes», que pisotearon indiferentes relegándolas á inferior condición.

He aquí la realidad que decís desconocemos. Realidad de mercader satisfecho de sus ganancias; realidad compuesta de astucia y de violencia que triunfa de la reflexividad y de la bondad; una rea-

lidad de sed de oro que mancha cuanto toca, hasta la vida de los más buenos; que ha corrompido todas las mismas grandes reformas sociales soñadas por nuestros padres, ¡pobres idealistas que no supieron ver el error colosal en que incurrian no eliminando de la vida individual y social este objetivo como premio del trabajo!

Pero también esta sed de oro que constituye el fondo de vuestros idealillos de clase privilegiada, acabará por matarlos. La plutocracia finirá con el régimen burgués. Esta sed de oro es el veneno, el microbio que roe los tejidos del organismo de vuestro grupo social.

Por de pronto, la ciencia ha matado ya teóricamente vuestros idealillos. La ciencia, que no sabe qué hacerse de vuestras religiones, de vuestros patriotismos, de vuestros nacionalismos, de vuestros politiquismos; la ciencia, que nos enseña la vida de solidaridad, de igualdad y de libertad, vida tanto más intensa cuanto más estrecha es la primera y más amplias las segundas; la ciencia, que nos revela la prodigalidad de la vida frente de vuestros cerrados egoísmos, nos dice también que la burguesía, como clase, está llamada á desaparecer, tal vez más pronto de lo que á todos nos parece.

Aquí están ya las «viles multitudes» pidiendo su puesto al sol de la vida, exigiendo su parte de las mieses del trabajo que acaparasteis para vosotros solos; las «viles multitudes» que tanto despreciáis en vuestro orgullo de clases directoras, y que aleccionadas por la experiencia, que es la ciencia de la vida, van cansándose de servir de escabel á vuestras innobles ambiciones y egoísmos disfrazados de intereses generales.

Y nosotros entre las «viles multitudes», van-

guardia de la *utopía* que ha de ser, que queremos sea realidad más pronto ó más tarde, fortificando vamos en su ánimo, no como fautores de desorden como nos llamáis, sino como fautores de un orden que sustituya á vuestro desorden, la esperanza en un porvenir de armoniosa igualdad y de fecundante libertad que tengan por base el derecho de todos á la vida integral, y no á parcelas de vida, como ahora.

Y ello ha de ser y será, porque está en la Naturaleza de las cosas que sea, y porque nuestra tenacidad es inagotable y profunda nuestra convicción de que, como dijo el republicano escritor italiano Juan Bovio, «anárquico es el pensamiento y hacia la anarquía camina la historia».

No; nada queremos con vuestra realidad presente. Es mezquina ya, es repugnante, es grosera, es inhumana, es antisocial. Mata la vida del mayor número para hacer vivir con exceso, hasta la hipertrofia, á una minoría de ociosos. ¿Y queréis que contribuyamos á perpetuar esta injusticia?

Jamás; fuertes con nuestra convicción, realizaremos el amplio ideal de vida para todos los humanos. Socializados los medios de producción, abolida la propiedad privada, anulada la autoridad, iremos desarrollando los sentimientos de sociabilidad y haremos de la humanidad una sola familia de hermanos productores y consumidores de abundantes cosechas.

No es el color, no es las creencias, no es el lenguaje, no es las costumbres, no es la situación geográfica, no es la diferencia de mentalidad de grupo á grupo social, lo que hoy divide á los hombres. No nos rebelamos contra estas naturales diferencias. Pero el privilegio, todos los privilegios, tengan la forma que tengan, por suavizados que estén, si que

tienen en nosotros irreconciliables adversarios. Y el privilegio es quien engendra estas insanas luchas por el puñado de oro que las premia. Nosotros no somos comedores de oro.

¿Sueños? La utopía de hoy será la realidad de mañana. El porvenir dirá si nos hemos equivocado. Pero de lo que ya estamos ciertísimos, porque todo el presente lo abona, es de que vuestros idealillos de privilegiados no han dado el bienestar ni una relativa felicidad al género humano, como prometían á las crédulas multitudes.

¿Y no cambiaríamos de rumbo?

FIN

INDICE

	<u>Pags.</u>
PRÓLOGO, por Ricardo Mella.	v
La sociedad de la muerte.	11
El orden burgués.	15
Las potencias revolucionarias.	20
¿Vivimos?	24
No nos estacionemos; marchemos.	31
Círculo de hierro.	86
Círculo vicioso.	44
Fracaso de la regeneración.	52
De la charca.	56
Intervención perniciosa.	61
Aire puro.	69
Dogmatismos de mercader.	73
Dioses para la canalla.	78
Todos ciegos.	84
Lo que perdemos.	89
Leyendas, rutinarismos y absurdos.	96
Espejos y espejismos.	101
Impotencia gubernamental.	108
¿Y la libertad?	115
La salud pública.	121
Inmoralidad.	127
No hay peor sordo...	131
El conflicto americano-filipino.	137
La fuerza.	143
País de brutos.	148

	Págs
Barbarie moderna.	154
La navaja.	159
Ni justos ni sensibles.	164
Las luchas de nuestros días.	172
¡¡.....!!	184
Hay remedio.	189
Libertad.	197
Fé en el porvenir.	203
Hacia el porvenir.	210

Obras de V. Blasco Ibañez

- Arroz y tartana** (novela).—*Una peseta.*
Flor de Mayo (novela).—*Una peseta.*
Cuentos valencianos.—*Una peseta.*
La Condenada (cuentos).—*Una peseta.*
En el país del Arte (Tres meses en Italia).—*1'50 pesetas.*
La Barraca (novela).—*Tres pesetas.*
Entre naranjos (novela).—*Tres pesetas.*
Sónnica la cortesana (novela).—*Tres pesetas.*
Cañas y barro (novela).—*Tres pesetas.*
La Catedral (novela).—*Tres pesetas.*
El Intruso (novela).—*Tres pesetas.*
La Bodega (novela).—*Tres pesetas.*
La Horda (novela).—*Tres pesetas.*
La maja desnuda (novela).—*Tres pesetas.*

HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

por J. MICHELET

Ilustrada con más de 1.000 grabados reproduciendo escenas de la Revolución, cuadros, estatuas, retratos, estampas, medallas, sellos, armas, trajes, caricaturas y modas de la época.—Traducida por primera vez del francés.

Traducción y prólogo de V. Blasco Ibañez.

Tres gruesos volúmenes encuadernados en tela, á 10 pesetas volumen.